

CENA DE GALA



F. CAROD

Cena de gala

F. CAROD

Copyright © 2019 F. Carod

Todos los derechos reservados.

DEDICATORIA

Para Camino. Eres como mi segunda mamá y te admiro y adoro. Tu originalidad y forma de ser me ha inspirado en formas que no te imaginas.
Gracias.

agradecimientos

Pao, sin ti estas hojas no tendrían sentido (literalmente, por tanto error). Agradezco a todos los valientes que abren mis libros y se dejan sorprender escena con escena. Gracias ma, Camino, Tita, pa, por hacerme segunda y tenerle fe a estas historias, nada me motiva más que escuchar sus teorías tan alejadas de la realidad y después escuchar su sincero: ¡no manches!

1

La calle Ocre tenía solo tres residencias. Dos de ellas eran habitadas por parejas mayores, que se habían mudado ahí al retirarse, y en la tercera vivían Abigail e Iñaki Gallardo. Las casas eran tan grandes como lujosas, y estaban a solo unos minutos de las montañas, alejadas de la ciudad y del caos. Desde los balcones de las residencias se podía ver el campo, una casa club y algunas cabañas que se utilizaban los fines de semana, por familias adineradas que buscaban el descanso de la ciudad.

Abigail dejó el celular sobre la cama y tomó su cámara de fotos. Tenía solo unos minutos para hacer la toma perfecta con el sol descendiendo sobre el campo.

–¿Sigues ahí? –dijo una voz por el teléfono.

–Sí, espera. Esta es *la* foto. –Enfatizó.

–Bueno, pues el lugar está quedando espectacular aunque no está ni cerca de estar listo... por ahora, –Germán se aclaró la garganta, –las velas iluminan de un amarillo turbio el salón. ¿Qué tal eh? Quizá quieras tomar nota de eso.

–Saco fotografías, no hago poesía, Germán.

–¿Quién dice que no hay un poco de poesía en las fotos?

Abigail disparó la cámara un par de veces y después ajustó el lente. Revisó la imagen, no del todo satisfecha, y volvió a levantar la cámara hacia el horizonte. Tras un par de disparos, gruñó irritada y dejó la cámara sobre la mesa.

–Espera un momento.

–Sí, –respondió Abigail tomando el vestido que usaría esa noche. Su esposo se lo había regalado para la ocasión. Era azul real, casi metálico, con los

hombros descubiertos, ajustado de la cintura y con una caída lisa hasta los talones. Un estallido al teléfono, la distrajo, como de cristales rompiéndose. – ¿Germán? –se acercó el teléfono al oído para poner atención. Alcanzó a escuchar a un hombre gritar algo de una lámpara de la entrada, y después el sonido de las copas de vidrio siendo transportadas en las charolas, los choques de los cubiertos metálicos, y las mesas y sillas siendo arrastradas, nadie más habló de la lámpara.

–Listo, ya está.

Abigail escuchó el Mustang acercándose en la calle y vio la hora. –Llegó Iñaki, nos vemos allá.

Se puso el vestido y los zapatos, después se maquilló y decidió que el cabello suelto estaría bien. Se sentó frente al tocador y se puso los aretes. Estaba muy ansiosa por el evento de esa noche, sus manos no habían dejado de sudar en todo el día, pero no era una opción faltar. De repente vio en el reflejo a Iñaki con su traje negro, recargado en la puerta con las manos en los bolsillos.

–Te ves hermosa, Abi.

–¿Me estás espiando? –bromeó.

Iñaki sonrió, sacó las manos de las bolsas acercándose a ella, y tomó el collar que estaba sobre el tocador. Abigail se alzó el cabello y lo miró por el espejo mientras le ponía el collar.

–Feliz aniversario. –Iñaki la tomó suavemente de la cabeza y le dio un beso.

–Ya casi bajo. –Abigail lo observó salir de la habitación.

Su relación, como muchas otras, había sido un paraíso en sus primeros meses, pero pronto había decaído y ninguno de los dos se imaginó que llegaría el día en el que festejaran su décimo aniversario.

Se habían casado jóvenes, cuando ambos tenían veinticinco años. Iñaki en ese entonces trabajaba para la firma de su padre, quien era un reconocido

abogado, y Abigail viajaba como fotógrafa profesional, pero para el final de su primer año de matrimonio, la relación de Iñaki con su padre se había complicado, por lo que se independizó, asociándose con su primo y mejor amigo, Marcos, abriendo su propia firma de abogados. Abigail no estaba viajando, pero su dedicación por la fotografía seguía siendo tan intensa, que en ocasiones Iñaki sentía celos de aquella pasión suya.

Iñaki estaba sentado en el pequeño bar que tenían junto a la sala. Al verla, bebió el whisky que quedaba en su vaso, y se levantó.

El salón estaba a veinte minutos, justo afuera de la ciudad, más cerca de su residencia que de la casa de cualquier ciudadano. Iñaki manejó en silencio. En ocasiones volteaba y sonreía al verla. La ansiedad de Abigail no disminuía.

–Todo saldrá bien. Luna sabe lo que hace. –Iñaki puso una mano en su rodilla, –será divertido.

Luna, la asistente de Iñaki, había preparado todo. Abigail ni siquiera había visto la lista de invitados, pero no necesitaba hacerlo, sabía que todos los clientes, familiares y conocidos de Iñaki estarían ahí.

–Podimos haber ido a cenar. –Dijo Abigail nerviosa al ver el salón iluminado.

–¿Estás loca? ¡Son diez años!

–Ni siquiera tus papás hicieron tanto alboroto cuando cumplieron veinticinco.

Iñaki alzó una ceja y se aclaró la garganta. –Mis papás no tuvieron tantas... dificultades.

Abigail soltó una risa, –¿eso es lo que estamos haciendo? ¿festejando que nos hemos aguantado tanto tiempo?

Ahora fue el turno de Iñaki de reírse, –Festejando que no nos damos por vencidos. –Dijo suavemente, mientras detenía el coche en la puerta del salón. –Disfrútalo.

Abigail asintió, –tú también.

–¡Bienvenidos! –un joven amable con un gafete que decía Pablo le abrió la puerta del coche.

Abigail le agradeció y esperó a Iñaki para entrar al salón. Miró hacia la fila de coches y parejas que caminaban tomados del brazo hacia el interior, no reconoció a ninguno de los que estaban afuera.

El interior del salón se veía espectacular. Abigail había asistido a muchos eventos elegantes pero la mayoría de las veces había ido de fotógrafa, jamás había sido el centro de atención de uno. Automáticamente evaluó la iluminación y sus ojos, como si fueran la lente de la cámara, analizaron toda la escena hasta llegar a los detalles. Su mirada se detuvo en los centros de mesa, cuatro pequeñas velas blancas flotando en copas de vidrio. Se lamentó de no haber llevado la cámara.

–¿Abi?

Abigail parpadeó, saliendo de la visión que tenía en mente. Iñaki la miraba con las cejas alzadas, y a su lado estaba su primo riendo.

Abigail rio apenada. –Hola Marcos.

–Te decía que te ves hermosa.

–Tú también te ves muy bien, –Abigail lo miró. –¿Te hiciste algo en el cabello?

Marcos sonrió tomando un mechón de su cabello, –lo estoy dejando crecer.

–Ay no puede ser.

Abigail y Marcos voltearon para ver lo que había irritado a Iñaki. Su papá y su hermano, el padre de Marcos, caminaban hacia ellos.

–Abi estás espectacular. –El señor Gallardo la abrazó cariñosamente.

–Qué gusto verte, Germán. –Abigail lo abrazó, alegre de verlo. Después se

dirigió a su hermano. –Hola Jorge.

–Papá, tío, –dijo Iñaki cortante, en forma de saludo.

–Felicidades, –Jorge le dijo alzando su copa. –Mira que aguantar a este hombre no lo haría cualquiera.

A Abigail le causó gracia el comentario pero Iñaki y Marcos se movieron incómodos. La relación de Marcos con su padre no era mejor que la de Iñaki y Germán.

–Estamos sentados por allá, –Germán señaló hacia las mesas del centro, –no nos dejes ahí abandonados, –le dijo a Abigail.

–Por supuesto que no. Ahorita vamos a saludar.

Germán y Jorge asintieron y caminaron lentamente hacia su mesa.

Marcos sacudió la cabeza. –¿Pueden creer que trajo a esa vieja?

Abigail e Iñaki voltearon a la mesa. Jorge se sentó junto a una joven con un vestido rojo, de la mitad de su edad.

Iñaki alzó las cejas, incrédulo. –¿Qué llevan? ¿seis meses?

–¿Gisela? ¿Isabela? –preguntó Abigail, intentando recordar el nombre.

–Isabela. *Dime Isa.* –arremedó Marcos en tono burlón.

Pasaron cerca de una hora saludando y conociendo a las parejas de los clientes. Marcos todo el tiempo a su lado. En ocasiones Abigail se quedaba observando algún detalle que sería una buena toma, y en otras pensaba en la lista de lugares en los que preferiría estar, que conociendo a esos aburridos sujetos que en su mayoría, parecían deberle favores a Iñaki o a la firma.

El coordinador del evento se acercó a Iñaki a las ocho de la noche. Iñaki diría unas palabras y después comenzaría la cena. Abigail se rehusó a hablar, pero lo acompañó al frente del salón, y se sentó en una mesa especial para los novios.

Iñaki tomó el micrófono y le guiñó un ojo a su esposa. –Primero que nada quiero agradecerles a todos por estar aquí, –dio unos pasos, –y decirles la razón por la que hemos hecho de esta ocasión un evento tan grande, más grande inclusive, que nuestra boda. –Iñaki sonrió, y algunos invitados rieron. – Y esa razón es, que diez años se dicen muy fácil, pero han sido diez... escalones, interesantes. Algunos tan empinados que parecían agotarnos, y otros tan fáciles de subir que se asemejaban más a una escalera eléctrica.

Abigail desvió la mirada, pensando en la interesante analogía que estaba usando su esposo.

–Una escalera no siempre es fácil de subir, pero siempre, siempre, te eleva. Y el lugar al que nos ha traído, es digno de festejarse, y de festejarse en grande. Abi,

Abigail lo miró.

–Estás tan hermosa como el día en que nos casamos, y todo esto, –señaló el salón con un dedo, –es solo para decirte que contigo subiría cien escalones más, y emocionado, porque sé que al llegar, a ese escalón final, serás tú quien esté a mi lado.

Los invitados aplaudieron y Marcos ofreció un pequeño brindis mientras se servía la cena. A todos les había encantado el discurso de Iñaki, el único que había hecho un chiste al respecto había sido su papá. Abigail por otro lado parecía haberlo disfrutado.

Al término de la cena se abrió la pista de baile. Iñaki quería asegurarse de que sus invitados estuvieran entretenidos pero Abigail insistió en que se sentaran un momento con la familia.

–Esta es nuestra familia, Abi. –Iñaki miró a Marcos, quien se estaba acomodando en una mesa con los principales clientes.

Abigail lo miró con reproche. Iñaki alzó la mirada durante un momento y suspiró. Después se agachó y dijo algo al oído de Marcos.

Marcos abrió los ojos incrédulo y movió ligeramente la cabeza señalando a

los clientes. La respuesta de Iñaki fue un movimiento de hombro y sacudir la cabeza como si no tuviera opción.

Marcos le echó una mirada exasperada a Abigail y se levantó de la mesa. – Caballeros, regresaremos en un momento.

Abigail no escuchó a los clientes responder, Iñaki y ella ya estaban caminando hacia la mesa familiar.

–Mi asistente intentó contactar a tus colegas.

–Alan y Paty están sacando fotos en un safari de África. –Abigail miró hacia la mesa más ruidosa, en donde se sentaban los primos más jóvenes de Iñaki.

–¡Ay hola! –Isabela exclamó al verlos. –¿Por fin nos acompañan?

–¿Cómo se la están pasando? –preguntó Abigail sentándose en una de las tres sillas vacías. Claramente apartadas para Marcos, Iñaki y ella.

–Todo está muy bien, Abi. –Respondió German. –La cena estuvo deliciosa.

–¿Dónde están tus papás? ¿hay otra mesa especial o algo así? –Isabela volteó hacia las otras mesas.

Germán miró a Iñaki. –Tu mamá se siente mejor, deberías venir a verla un día de estos. –Dijo, cambiando el tema.

–Sí, hablé con ella hace rato. Esta semana estaré muy ocupado pero quizá la semana que viene.

Germán asintió, mientras Jorge le decía algo a Isabela al oído.

–¿Bailamos? –preguntó Iñaki, con más ganas de alejarse de esa mesa que de bailar.

La familia de Abigail era pequeña. Se había distanciado de sus papás y de su hermano desde su boda. Primero se opusieron a la fotografía, y después se opusieron a Iñaki, y con el tiempo las visitas se convirtieron en llamadas, las llamadas en mensajes y los mensajes fueron tan esporádicos hasta que se

convirtieron en buenos deseos durante las festividades.

–Sé que las cosas no han estado muy bien entre los dos, –Iñaki la miró seriamente, mientras bailaban al ritmo de una canción romántica.

Abigail desvió la mirada, ese no era el lugar o el momento para hablar de sus problemas maritales. En una de las paredes cerca de la entrada había una lámpara a la mitad. La famosa lámpara que se había roto durante su llamada en la tarde.

Iñaki tomó su barbilla suavemente, –¿buscas algo?

Abigail sacudió la cabeza.

–Escucha, solo quiero decir algo.

Abigail suspiró y lo miró.

–Lo que hayamos vivido hasta ahora está en el pasado. –Miró hacia el salón, –esto es nuestro presente, y si tú quieres, es nuestro futuro.

Los ojos de Abigail se cristalizaron, como si hubiera escuchado algo muy feliz o muy triste. Se aclaró la garganta y se acercó a Iñaki, –cien escalones más, ¿cierto? –después acercó sus labios a los de Iñaki.

Las canciones románticas continuaron y la pista seguía llena. Iñaki tomó su mano, aún moviéndose al ritmo de una canción. –Te tengo una sorpresa.

–¿Otra? –Abigail alzó las cejas. –¡Guau! me gusta esto de cumplir diez años.

–Ven. –Iñaki la tomó de la mano y se dirigió a la puerta.

–¿Nos despedimos? –Abigail se detuvo antes de salir.

Iñaki miró a todos por encima de Abigail, y apretó los labios, moviendo ligeramente la cabeza. –No, al rato regresamos.

–¿Las llaves del Mustang? –le preguntó al joven que había recibido el coche. Podía ver el coche desde ahí.

–¡Se lo traeré!

Iñaki extendió una mano para recibir la llave. –No te preocupes, es más rápido así. Vamos, –apresuró a Abigail, emocionado.

–¡Espera! ¡Dejé mi bolsa!

–Traeré el coche. –Iñaki sonrió, –¡no corras!

Abigail regresó al salón apresurándose, y al salir ya estaba el Mustang en la entrada.

Iñaki manejó deprisa, eran cerca de las doce y no había tráfico. Abigail vio el letrero antes de que Iñaki se desviara, se dirigían hacia el mirador. Les tomó quince minutos subir la montaña. Finalmente, Iñaki apagó las luces reduciendo la velocidad, y dio una pequeña vuelta en donde las luces de la ciudad iluminaban el panorama frente a ellos.

Apagó el coche, y sacó un pañuelo de la guantera. –Voltea.

–¿Es en serio? –Abigail lo miró dudosa.

–No sería una sorpresa si lo ves venir.

Abigail rio nerviosa. –Está bien, –dijo volteando la cara hacia la ventana, dejando que Iñaki vendara sus ojos, y apretando con ambas manos la correa de su bolsa.

–Quizá debería quitarme los zapatos, –dijo al bajar. Los tacones la hacían tropezar entre las piedras.

–Son solo unos pasos. Deja la bolsa, no la necesitarás.

–Prefiero traerla.

Marcos caminó deprisa hacia las puertas. Un cliente intentó acercarse a conversar pero Marcos estaba muy concentrado en algo. Al salir, preguntó por el Mustang pero el joven le informó que ya se lo habían llevado. Con un

ademán de incredulidad, regresó al salón a un paso más lento y se sentó en la mesa que compartía con sus familiares.

–Se fueron, ¿pueden creerlo? Este es su evento, y se fueron... ¡Ni siquiera se despidieron!

Germán encogió un hombro. –Seguro regresan, Iñaki no se iría sin despedirse de ti. –Bromeó, haciendo a Isabela y Jorge soltar una risa.

Marcos hizo una mueca de irritación. –Supongo, –le hizo una señal al mesero para que rellenara su copa de vino.

Germán fingió desinterés, pero era evidente que estaba preocupado porque durante los siguientes minutos miró constantemente hacia la puerta y su reloj.

–Esa chica te ha estado viendo toda la noche. –Isabela le informó con un guiño.

A Marcos le irritaba estar cerca de ella, y mucho más que le dirigiera la palabra. Era prácticamente de su edad, y estaba seguro de que era una caza fortunas. Irritado, volteó a ver hacia donde le había señalado.

Dos mujeres estaban sentadas en una mesa, una de ellas alzó la mirada. Marcos se alegró de que fuera la pelirroja, le encantaban las pelirrojas. Confiado de sí mismo, se levantó y caminó hasta ella.

–Marcos Setién. –Le dijo extendiendo una mano.

–Sofía, –respondió ella con una sonrisa. –¿Bailas?

Marcos apretó los labios con una pequeña sonrisa, él hubiera preferido quedarse a charlar y beber con ella. –Claro.

En la pista, Isabela y Jorge bailaron hasta donde estaba Marcos con Sofía. Marcos alzó la mirada y cambió de lugar con Sofía, dándoles la espalda.

–¡¿Qué le pasó?!

Marcos siguió la mirada de Isabel, y encontró a Abigail en la puerta,

alarmada y llorando. Marcos soltó a Sofía y corrió a alcanzar a Abigail.

–¿Qué pasó? ¿en dónde está Iñaki? –preguntó mirándola a ella y hacia la puerta.

–¡No sé! ¡no sé que acaba de pasar! ¡no sabía a dónde ir y vine aquí!

Marcos la tomó de los hombros y respiró, –hiciste bien. Ven, siéntate.

Abigail lo siguió hasta una banca afuera de los baños y se sentó intentando controlarse, pero las lágrimas seguían cayendo incontrolables, y sus manos temblaban. Marcos le hizo una seña a algunos curiosos para que le dieran espacio.

–Tráeme papel, por favor. –Le dijo a un mesero.

–¡Ay Marcos! –Abigail sollozó acercándose a su hombro. –¡Iñaki se fue!

Marcos alzó las cejas, sorprendido. Cualquier historia que hubiera esperado, no era esa. –¿Qué? Cuéntame exactamente lo que pasó.

El mesero le dio un par de servilletas a Abigail, y ella más tranquila se limpió la pintura que se había corrido de sus ojos.

–Dijo que tenía una sorpresa. Me llevó al mirador y me vendó los ojos.

Marcos asintió tomando sus manos. –¿Y después?

–Me ayudó a bajarme del coche, y solo dimos unos pasos. Pensé que había regresado al coche, o que estaba preparando algo... y esperé ahí parada, como estúpida. –Abigail limpió las nuevas lágrimas. –Le empecé a llamar y no contestó, hasta que me quité la venda y ya se había ido.

Marcos entrecerró los ojos, –¿te dejó ahí y se fue?

Abigail asintió.

–¿Lo escuchaste arrancar el coche?

Abigail negó con la cabeza. –No se lo llevó. –Apretó la mano de Marcos, – Primero pensé que se había arrojado por el mirador, –dijo acelerada, –¡que se había tirado de ahí! –miró hacia sus manos, –pero no había ningún cuerpo y-

–Espera un momento. –Marcos se levantó y pasó sus manos por la cabeza. – ¿Me estás diciendo que Iñaki te tenía una sorpresa, y de pronto desapareció, y te dejó el coche?

Abigail entrecerró los ojos, tampoco a ella le hacía sentido ahora que lo escuchaba de Marcos.

–No, Abi. Iñaki no dejaría ese coche por nada del mundo.

Abigail lo miró irritada, –el coche no, ¿pero a mi si?

Marcos sacudió la cabeza, –no es lo que quise decir.

–Como sea, ¿qué estás pensando?

–No lo sé. ¿Viste algún otro coche? ¿había alguien más ahí? ¿alguien los siguió?

–No sé, apagó las luces antes de estacionarse, no se veía nada más que las luces de la ciudad... ¿crees que alguien se lo haya llevado?

–¿Caminando? no lo creo. –Marcos se mordió un labio, pensando. –No te hubiera llevado para allá solo para dejarte, Abi. Menos después de hacer esto. –Dijo mirando el salón.

–No sé, –Abigail alzó los hombros con nuevas lágrimas, –no hemos estado muy bien, pero últimamente las cosas han mejorado... al menos eso pensé. Pensé que el quería que mejoraran, me lo dijo hace solo un momento-

–Tranquila. –Marcos la abrazó, apretándola contra su pecho. –Lo vamos a resolver. Lo prometo.

2

–No sabemos si esto es una desaparición forzada. No podemos escandalizarlos a todos.

–Entiendo, pero a lo mejor alguien sabe algo, necesitamos activar un mecanismo de búsqueda urgente.

Germán y Marcos discutían la situación mientras Abigail esperaba impaciente. Marcos había insistido en acompañarla a su casa y ella llevaba más de treinta minutos esperando a que tomaran una decisión. Marcos quería informarle a los invitados sobre lo que había pasado, quizá alguien había notado algo sospechoso en la velada, si alguien sabía algo, era momento de averiguarlo. La posición de Germán era guardar discreción y averiguarlo de una forma privada. No eran dos familiares intentando llegar a una solución, eran dos abogados peleando un caso.

–Estoy de acuerdo con Germán. –Dijo Abigail después de pensarlo.

–Tenemos que llamar a la policía, tarde o temprano se van a enterar, no podemos quedarnos tranquilos como si nada-

–Conozco a mi hijo, –German interrumpió, –y debo admitir que no me parece un disparate que lo haya planeado.

–Tío, no puedes estar hablando en serio, –Marcos dio un paso atrás, escandalizado. –¡Todos sus conocidos están aquí! ¿A dónde pudo haber ido?

Abigail se frotó los brazos, no sabía si el frío venía de fuera o de su interior. –Hagan lo que quieran, son las dos de la mañana y no pienso quedarme aquí un minuto más. –Miró a Marcos, –iré a la policía, no me quedaré con los brazos cruzados, pero... creo que Germán tiene razón. Marcos, no había nadie ahí, ¡ni siquiera había una mesa o un regalo o nada! ¡No había ninguna sorpresa!

–Está bien, está bien. –Marcos suspiró. –Veré que los invitados se vayan

y nos iremos.

–Yo me encargo de esto, –Germán asintió, –váyanse. Te llamo mañana después de consultarlo con mi despacho.

Abigail asintió.

Marcos lo miró dudoso, pero no quería dejarla sola. –De acuerdo.

Germán se dirigió a los invitados y les informó que todo estaba bien, que había pasado un pequeño altercado pero lo estaban solucionando y si pasaba algo extraordinario se los harían saber. Algunos de los clientes se acercaron con él para que les diera más información, pero Germán se negó a profundizar en el tema. Le pidió a Luna, la asistente de Iñaki, que se encargara de concluir el evento y se marchó a pesar de la consternación de los invitados.

Al llegar a la casa, Abigail caminó directo a la oficina de Iñaki. Los cajones del escritorio estaban cerrados con llave. Abigail movió los papeles bruscamente, intentando encontrar la llave.

–¿Qué haces? –Marcos puso las manos sobre el escritorio.

–Voy a abrir esos cajones, si lo planeó debe de haber algo, ¿no? su boleto a Europa, la foto de su otra familia...

Marcos la tomó de las manos, –espera, espera.... Abi, entiendo cómo te sientes pero no puedes realmente pensar eso.

Abigail lo miró escéptica.

–Ve a descansar, te dije que lo solucionaríamos y eso haremos. Tú relájate, has tenido una pésima noche, yo me quedo a ver que encuentro. Deja que me encargue, sé lo que estoy haciendo.

–Germán dijo que lo consultaría con su despacho.

–Sí, yo lo buscaré para apoyarlo, en este momento no estamos pensando claramente, ni él, ni tú, ni yo, pero Germán y yo lo solucionaremos, trabajamos con gente que se dedica a esto Abi, tú no te preocupes por nada. Iñaki va a

aparecer.

–Entonces, ¿no hago nada?

Marcos suspiró, –probablemente tendremos que ir al ministerio, ahí determinarían si los hechos constituyen una desaparición, –se detuvo al notar la mirada de insatisfacción de Abigail, –German y yo tenemos acceso a importantes investigadores privados, no sé si recurramos al ministerio. Abi, en resumen no, no hagas nada por ahora.

Abigail lo pensó un momento y finalmente se alejó del escritorio. –De acuerdo, lo haremos a tu manera. Confío en ti. –Le dijo viéndolo fijamente antes de dar la vuelta.

Marcos suspiró recargándose en el escritorio, su noche tampoco había sido buena.

–¿Marcos?

–¿Sí? –Marcos salió de la oficina la vio a mitad de la escalera con sus zapatos en la mano.

–Gracias. Eres un buen amigo.

Marcos asintió con una pequeña sonrisa, y la vio subir hacia la habitación. Una vez que escuchó la puerta cerrarse, levantó la maceta de la esquina y sacó una llave. Se sentó en el escritorio y pasó la llave entre sus dedos, mirándola. Se enderezó, y metió la llave a la cerradura del cajón, le dio la vuelta pero no lo abrió. Dejando ahí la llave, se levantó y cruzó la sala para servirse una copa de vino intentando no hacer ruido.

Abigail aventó el vestido sobre su bolsa y se tiró sobre la cama con el celular en la mano. Pasó varios minutos observando las grietas en el techo y la funda que le había regalado Germán unos meses antes, bloqueando y desbloqueando el celular. Finalmente dejó el teléfono sobre el buró y se metió a las sábanas. Durante un largo rato dio vueltas sin poder conciliar el sueño.

Marcos sacó los papeles del cajón y los guardó en su saco. Después

cerró el cajón y metió la llave a su bolsa. Sacó su celular y llamó a un número que tenía registrado como capitán, se asomó para asegurarse de que Abigail no lo escuchara pero el número estaba fuera de servicio. Se levantó molesto, y buscó algo más fuerte en el bar. Analizó las botellas hasta que encontró el whisky y se sirvió una copa. Se quitó la corbata y se sentó en la sala a beber.

Desesperada de no poder dormir, Abigail se levantó y se puso una playera y unos pantalones, sin saber si Marcos seguía ahí.

Al bajar la escalera notó la luz prendida de la sala. Marcos estaba sentado con un vaso vacío en la mano y la camisa por fuera, al verla se enderezó.

–¿No puedes dormir?

Abigail sacudió la cabeza. –No. Iré a caminar.

–Te acompaño. –Marcos dejó el vaso en la mesa y se levantó.

–Quiero estar sola.

Marcos vio algo en su mirada que decidió no insistir. –Aquí estoy si necesitas algo.

Abigail asintió y cruzó los brazos al salir.

Marcos se puso su saco pero recordó que había dejado el coche en el salón. Suspiró llevándose una mano a los labios. Regresó al bar y sacó la botella de Whisky nuevamente.

Abigail despertó a las diez de la mañana. La última vez que miró la hora antes de dormir había sido a las cuatro cincuenta y dos. Se asomó por la ventana, el Audi de Marcos estaba estacionado junto al Mustang. Se dio un baño y bajó veinte minutos después.

–¿Marcos?

Entró a la sala buscándolo y vio su celular sobre la mesa. Con cierta curiosidad, se acercó al teléfono y vio veintidós llamadas realizadas a capitán.

La última había sido solo dos minutos antes. Eso explicaba que el celular estuviera desbloqueado.

–¿Marcos? –caminó hacia la cocina, sin escuchar respuesta.

Marcos salió de la oficina de Iñaki, casi tropezando con ella.

–¡Me espantaste! –Abigail gritó poniendo una mano sobre su pecho.

Marcos sonrió, –lo siento. Solo estaba- ¿dormiste bien?

–Sí. –Abigail exhaló, caminando hacia la cocina para prepararse un café.
–¿Dormiste en el sofá? –miró a Marcos mientras sacaba la segunda taza.

Marcos negó al ver la taza. –Me quedé en el cuarto de visitas... no es problema, ¿verdad? no quise irme por si necesitabas algo, aunque debí haberme quedado profundo porque nunca te escuché regresar.

–No, al contrario, muchas gracias. –Abigail puso la cafetera y se recargó en la barra. –Necesitaba aclarar mis pensamientos, y tú bebiste demasiado Whisky. –Alzó las cejas y miró hacia la basura en donde había puesto la botella vacía.

Marcos se tocó la frente como si pensar en el alcohol le estuviera dando dolor de cabeza. –Perdón por eso, ni siquiera recuerdo haber bebido toda la botella...

Abigail rio débilmente.

–Fui por mi coche hace un rato, no tenía efectivo así que tomé del dinero que estaba en la barra para el taxi.

–Claro... –Abigail sacudió la cabeza, –me hubieras despertado para que te llevara a recogerlo. Los taxis aquí son carísimos.

–Me pareció mejor dejarte dormir. –Marcos vio la hora en el teléfono y se fijó en la llamada perdida.

Abigail miró el teléfono. –¿Quién es...?

–¿El capitán? –Marcos guardó el teléfono riendo. –Un viejo amigo de la escuela. Iñaki lo conoce bien.

–Sí, también le llamaba seguido... –Abigail frunció el ceño, –¿estaba en la cena? ¿cómo se llama?

Marcos se tardó en responder, –sí, claro. Estaba en una de las mesas del centro.

Abigail asintió sin creerle del todo pero dejó pasar el tema, habían cosas más importantes que preguntar, aunque no sabía cómo hacerlo.

–Escucha, debo ir a ver a Germán pero me gustaría que te vinieras unos días a mi casa.

–¡A qué!

–Me preocupa que la persona que se llevó a Iñaki te pueda estar buscando.

–No sabemos si alguien se lo llevó. –Abigail respondió indignada, –¿por qué estás tan seguro?

–No estoy seguro de nada. –Marcos se distrajo al sentir vibrar el teléfono, el capitán lo estaba llamando nuevamente. –Quizá sí, quizá no. Pero mientras tanto no me quedaría tranquilo si te dejas sola.

–Dime la verdad, ¿sabes algo que yo no sepa?

Marcos puso una mano sobre su hombro. –Si supiera algo de Iñaki serías la primera en saberlo. Jamás te escondería algo así.

–Te creo. –Abigail respondió más relajada. –Pero prefiero quedarme aquí. Si regresa... o si alguien llama... quiero estar aquí, Marcos.

Marcos se pasó una mano por la cara, –claro. Sí, por supuesto... escucha, iré a ver a Germán. Si pasa algo, lo que sea, solo avísame, ¿sí? vendré enseguida.

Abigail asintió con una pequeña sonrisa, –gracias.

Marcos esperó a estar en su coche para regresar la llamada. El timbre sonó dos veces antes de que la voz de un hombre respondiera del otro lado.

–Estuve llamándote toda la noche, tengo algo urgente que decirte. Te veo en veinte minutos en el lugar de siempre. –Marcos miró el reloj, y aceleró mientras colgaba el teléfono.

Abigail se sirvió su café y se sentó en la sala a esperar la llamada de Germán. El café seguía caliente cuando escuchó motocicletas afuera de la casa. Al mover la cortina vio a dos policías acercarse a la puerta. Insegura de qué hacer, esperó a que tocaran el timbre para abrir.

–Buenos días, venimos a hacerle unas preguntas sobre el señor Iñaki Gallardo.

–Hola... –Abigail los miró cuidadosamente. –Aún no levanté la denuncia.

–Alguien más lo hizo. ¿Podemos pasar?

Abigail asintió, haciéndose a un lado. Les indicó que tomaran asiento en la sala y cerró.

–¿Les ofrezco un café?

–Gracias, no tardaremos mucho. –Uno de ellos respondió, –¿cuál era su relación con el señor Gallardo?

–Es mi esposo. –No le gustó que usara el tiempo pasado.

–¿Qué pasó anoche?

Abigail suspiró. Pensó que se había librado de esa parte del proceso pero parecía no tener alternativa. –Estábamos festejando nuestro aniversario de bodas. Iñaki me llevó al mirador que está en la montaña y me vendó los ojos porque supuestamente había preparado una sorpresa.

El policía asintió para que continuara, mientras el otro tomaba nota.

–Bueno pues me quité la venda de los ojos después de unos minutos ahí parada, y él ya se había ido.

–¿Unos minutos?

–Sí, dos o tres... no lo sé. Lo llamé varias veces pero no escuché nada.

–¿A qué hora fue esto?

Abigail lo pensó. –Salimos como a las once y media del salón, quizá un poco después, llegamos al mirador cerca de las doce.

–¿Qué hizo después? ¿al no tener respuesta de su esposo?

Abigail sacudió la cabeza recordando. –Me quité la venda y lo busqué por todas partes. Estaba desesperada, no sabía qué había pasado ni qué hacer. Quería regresar a casa pero por alguna razón manejé hasta el salón de eventos.

–¿En dónde buscó, exactamente?

–El mirador tiene una curva, seguí toda la curva, regresé al acceso del mirador y me asomé por el barandal, así que busqué en todas partes.

–¿No vio a nadie más en el lugar?

Abigail sacudió la cabeza. –No vi a nadie, no escuché nada y no vi ningún cuerpo.

–¿Por qué no acudió al ministerio?

–El papá y el primo de mi esposo decidieron contratar a investigadores privados para que se encargaran del caso.

–¿Le ha informado a alguien sobre la desaparición? ¿ha recibido alguna llamada?

–No, –Abigail cruzó una pierna. –Hasta ahora no ha habido noticias, pero

aún espero la llamada de mi suegro, me llamará en cuanto sepa algo.

Los policías intercambiaron una mirada. Abigail no sabía por qué, pero no le daban buena espina.

–¿Hay alguien más en la casa?

Abigail sintió un nudo en el estómago y se asomó discretamente para ver las motos en las que habían llegado, pero no lograba verlas desde la sala.

–¿Quién levantó la demanda?

–No ha respondido la pregunta.

–De hecho sí, respondí todas sus preguntas, si no tienen una orden les tendré que pedir que se marchen. –Dijo con voz temblorosa, descruzando las piernas.

Uno de los policías asintió, y se levantó. El otro se levantó detrás de él.

–Por ahora será todo. Regresaremos en caso de necesitar más información.
–Dijo el que parecía estar al mando.

–Con una orden. –Dijo Abigail valientemente.

–Con una orden, –repitió el policía, entretenido. –Vamos, –le indicó al otro policía.

–Capitán, –respondió el otro, dejándolo pasar.

Al escuchar esa palabra, un escalofrío recorrió su espalda hasta el cuello. Esperó a que salieran para acercarse a la puerta y cerrar con llave. Corrió a la cocina, desde donde pudo ver las motos, y confirmar sus sospechas, esos hombres no eran policías. Pero no sabía si ese hombre era el mismo capitán que Iñaki y Marcos conocían.

Tras recorrer toda la casa verificando que las puertas y ventanas estuvieran bien cerradas, Abigail salió al balcón de la habitación y observó el campo. Para su sorpresa, el timbre volvió a sonar. Sin saber qué hacer, puso el seguro de su habitación, pero lo pensó mejor y podía tratarse de algo importante y no

de una amenaza. Bajó la escalera intentando distinguir la silueta detrás de la cortina. Tomó un palo de golf del closet y abrió la puerta despacio, escondiendo el palo detrás de su espalda.

Con un fuerte suspiro dejó el palo de golf. –¡Señora Judith, qué susto!

–Discúlpame, Abigail, no me imagino por lo que debes estar pasando. – Respondió la señora con su cabeza cubierta de canas.

–Pase, –Abigail sacudió la cabeza, reprochándose por casi atacar a su vecina.

–Gracias. –La señora se sentó en el sofá. –¿Cómo estás?

–Un poco desesperada, la verdad. –Abigail rio nerviosa.

–Mira, pasé a verte porque Humberto y yo vimos algo raro anoche.

Abigail se acercó interesada, –¿qué vieron?

–La luz de la tercera cabaña se encendió en la madrugada, pero esta mañana que fuimos a la casa club, nos encontramos con el señor Ramiro y nos dijo que no hay nadie hospedado.

Abigail la miró extrañada. –Pensé que el señor Ramiro ya no trabajaba en las cabañas.

–Sí, lo volvieron a contratar.

–¿Y está segura de que vio la luz encendida? ¿No vendría de la casa club? A veces hacen eventos ahí. –Abigail intentó encontrar una explicación lógica.

–Estamos seguros. Humberto me dijo que viniera a hablar contigo.

–Gracias, señora Judith, pero... no entiendo. ¿Qué tiene que ver con nosotros?

–A mi esposo y a mi nos pareció extraño pero no pensamos nada al respecto, hasta ahorita que nos enteramos de la noticia de tu esposo. –La

señora Judith juntó sus arrugadas manos, –¡Abigail! ¡Ahí podrían tener a Iñaki!

Los labios se le secaron al momento de comprender lo que la señora venía a decirle.

–¿Estás bien?

–Sí, –Abigail se levantó, llevándose una mano a la frente. –No sé qué me pasó, lo siento.

–Es un momento difícil para ti, Humberto y yo queremos que sepas que puedes contar con nosotros. –La señora Judith se levantó. –En verdad esperamos que lo encuentren sano y salvo.

Abigail asintió de forma ausente, –perdón, ¿puedo ofrecerle algo?

–Gracias, solo vine a decirte lo que vimos, y espero que esa información le ayude a la policía a encontrarlo.

–Muchas gracias. –Abigail la acompañó a la puerta.

Abigail regresó al balcón y fijó su mirada en las cabañas, aún seguía nerviosa por la visita de los dos sujetos. Después de un rato sintió un hueco en el estómago y miró el reloj, ya eran casi las dos. Bajó a la cocina, pero se detuvo afuera de la oficina de Iñaki. Dejando pasar el hambre, entró a la oficina y encendió la computadora, pensando en todas las posibles contraseñas que podría haber usado Iñaki.

Después de varios intentos fallidos, optó por prepararse un sándwich. Llevó el plato a la computadora y miró su teléfono. Solo había una forma de entrar, y no le gustaba en lo absoluto.

El timbre sonó cinco veces antes de que una voz ronca contestara el teléfono.

–Hola Mau.

–¿Abi?

–¿Cómo estás? –Abigail preguntó, intentando sonar cortés. No podía llamarle a su hermano después de seis años y solo pedirle un favor.

–¿Pasó algo? –respondió extrañado Mauricio, en el fondo sonaba música electrónica.

Abigail suspiró, tendría que contarle o no la ayudaría. –Iñaki desapa-

–¿Abigail?

Abigail apretó los labios, no podía decirle que su esposo la había dejado o solo le cantarían que ya se lo habían advertido. –Iñaki fue secuestrado. –Dijo finalmente.

Mauricio se quedó en silencio, y la música dejó de sonar. –No sé qué decirte, lo siento...

–Me están pidiendo una información pero no tengo la contraseña de la computadora, ¿me podrías ayudar?

–Sí, claro.

Mauricio la guió durante todo el proceso. Abigail pensó que sería más complicado pero una vez que inició con modo seguro pudo acceder a la cuenta de usuario y quitar la contraseña.

–¡Ya! ya pude entrar.

–Qué bien. –Dijo Mauricio casual. –Este.. siento mucho lo de Iñaki.

–Gracias. Y... de verdad gracias por la ayuda. –Abigail no supo qué más decir.

–¿Quieres... venir a mi casa?

Abigail sonrió, era obvio que su hermano buscaba un no por respuesta, pero al menos había preguntado. –Gracias. Te llamaré cuando sepa algo, ¿está bien?

–Sí, seguro.

–Nos vemos. –Abigail suspiró y miró la foto de su hermano en la pantalla antes de colgar.

–¡Abigail!

Abigail regresó el teléfono a su oído.

–Cuídate.

–Tú también, Mau.

–Eso fue interesante. –Murmuró Abigail mientras revisaba las carpetas y los archivos. Le dio una mordida al sándwich sin dejar de leer la lista de archivos guardados. Todas las carpetas que abría contenían más carpetas, se imaginó a las muñecas rusas que siguen apareciendo una debajo de otra.

Seguía recorriendo los archivos cuando sonó su teléfono.

–Hola Germán.

–Abi, ¿cómo estás?

–Pues...

–Qué estúpida pregunta. Perdón por no haberte llamado antes pero hasta ahora tuve un poco de privacidad. Por aquí las cosas han estado muy movidas. ¿Estás sola?

–Ahora sí. Pero hace rato vinieron dos sujetos haciéndose pasar por policías.

–¿Cómo?

–Llegaron en moto, me hicieron preguntas sobre anoche y, pues les dije todo lo que sabía, pero cuando me preguntaron si estaba sola... no sé, me pareció que algo raro estaba pasando. Los vi alejarse en motos normales, no en motos de policías.

Germán suspiró. –¿Le contaste a Marcos?

–De hecho pensé que estaba contigo. ¿No fue a verte?

–No. No lo he visto para nada.

–Estaba preocupado. –Abigail dijo tras una pausa. –Ayer se quedó aquí, durmió en el cuarto de huéspedes.

–Me extraña que te haya dejado sola.

–Sugirió que me fuera a su casa, ¿puedes creerlo?

–Sí, –Germán suspiró, –puedo creerlo. Como dije, se me hace raro que te haya dejado como están las cosas.

–Vi unas llamadas en su teléfono, estuvo llamando al capitán toda la noche, pero se ve que no le contestó. Estábamos en la cocina cuando le regresó la llamada pero no le contestó en frente de mi.

–Iñaki hacía lo mismo. –Germán suspiró.

–Sí. Le pregunté a Marcos si había ido a la cena.

–¿Y qué dijo?

–Que sí, pero se tardó en contestar. Dijo que estaba sentado en una de las mesas del centro.

Germán rio, –lástima, si fue así me hubiera gustado conocerlo finalmente.

–Creo que lo conocí hoy.

–No... espera, no estás diciendo que el capitán llegó a tu casa disfrazado de policía.

–Creo que sí.

–Abigail-

–Espera. –Abigail lo interrumpió, –acaba de llegar Marcos, te llamo más

tarde. –Terminó la llamada y apagó la computadora deprisa.

–¿Abi? –Marcos entró a la casa sin tocar la puerta.

Abigail esperó impacientemente a que la pantalla se apagara. –¡Aquí estoy!
–gritó al terminar.

–¿Qué haces ahí? –Marcos se asomó a ver la computadora, y parecía aliviado de verla apagada.

–Seguro tú sí tienes la contraseña de esta cosa.

Marcos negó con la cabeza, –Abi, ¿para qué quieres la contraseña de tu esposo?

–¿Para averiguar? –Abigail lo miró como si su pregunta hubiera sido ridícula.

–No, no la sé. Pero no creo que encuentres nada importante. De hecho, sí, cosas importantes sí, pero no lo que tú crees. Si alguno de nuestros clientes llega a enterarse de que su información puede hacerse pública, nos meteríamos todos en un grave problema, así que estoy muy seguro de que no podremos acceder fácilmente.

–Lástima, me hubiera gustado entrar.

–No encontrarías nada.

Abigail recogió el plato y se levantó. –¿Cómo te fue con Germán?
¿averiguaron algo?

–Aún nada, –respondió quitándose la corbata. –¿Quieres que vayamos a comer?

Abigail alzó el plato en respuesta, mientras lo llevaba a la cocina.

–Si quieres puedo preparar algo, ¿lograste descansar?

–Marcos... ¿no te ha llamado?

–¿Iñaki? No Abi, lo siento.

Abigail asintió y se dio la vuelta para lavar su plato. –Vinieron dos policías en moto, –dijo casualmente.

Alzó la mirada al no escuchar respuesta de Marcos, pero no volteó a verlo.

–¿Ah sí? ¿qué dijeron?

Abigail alzó un hombro. –Al parecer alguien puso la denuncia, y vinieron a hacerme preguntas. Les dije lo que pasó anoche y ya.

–¿Eso fue todo?

–Dirás que estoy loca pero no estaba de humor para hablar con ellos, les pedí que consiguieran una orden si querían hacer más preguntas.

–¿Te mostraron su placa?

–No se me ocurrió pedírselas.

–¿Dejaron algún número de reporte? –Marcos se acercó y bajó el plato de sus manos.

–No. –Abigail lo empujó suavemente y dejó el plato escurriéndose. Después volteó a verlo. –Eso fue todo.

–¿No dijeron nada más? ¿hicieron alguna pregunta extraña?

–¿Cómo qué? –preguntó Abigail fingiendo inocencia.

–No lo sé, ¿por qué no me llamaste? ¿te parecieron policías normales?

–¿Hay alguna razón por la que no lo fueran? –preguntó seriamente.

Marcos dio un paso atrás, –no, supongo que no. Pero me hubieras llamado... Quiero decir, no tienes que hacer esto sola.

Abigail sonrió cortésmente. –Creo que me voy a acostar, no dormí bien

anoche y odio esto de no tener noticias de él. Si fuera un secuestro ya nos habrían buscado para pedirnos dinero, ¿no? ¡Pero tú dices que no te ha llamado! Así que-

–Solo han pasado algunas horas... alguien se pondrá en contacto con nosotros. Abi, entiendo como te sientes, –Marcos tomó sus manos, y acercó su rostro demasiado al de ella. –De verdad.

Abigail bajó la mirada, pero no liberó sus manos. Por su mente pasaban muchas cosas y todo tipo de sentimientos. Se aclaró la garganta y dio un paso atrás.

–Iré arriba. Avísame si sabes algo.

–Por supuesto, –respondió Marcos en voz baja.

Abigail salió al balcón y observó la tercera cabaña. No habían coches pero no alcanzaba a ver si había gente cerca. Dejó su celular en el buró y tomó su cámara para mirar a través de la lente. No había nadie alrededor, ni siquiera veía a Ramiro en la entrada. Dejó la cámara y bajó la escalera. Marcos no estaba a la vista y la oficina estaba cerrada otra vez.

–¿Marcos? –tocó la puerta antes de entrar a la oficina.

Marcos estaba revisando unos documentos, la pantalla estaba negra pero el botón estaba encendido.

–Solo estoy revisando algunos temas del trabajo. Ya sabes como es esto, no puede esperar.

–Claro.

–¿Necesitas algo?

–No, nada importante.

–¿Estás segura?

–Sí, sí. –Abigail extendió una mano para que no se levantara. –Sigue

trabajando, alguien tiene que hacerlo.

Entró a la sala de televisión y se recostó con el control en la mano. Cambió los canales hasta que sin darse cuenta se quedó dormida.

El ruido de un infomercial la despertó cuando estaba oscureciendo. Apagó la televisión y se frotó los ojos, orientándose. Como si hubiera recordado algo, se apresuró a su habitación y salió al balcón con su cámara. Observó la cabaña nuevamente, aún no había señales de movimiento cerca.

Bajó la escalera y encontró una nota amarilla pegada a la puerta de la oficina. *“No te quise despertar. Regreso en una hora. M.”*

Su teléfono sonó en la habitación, pero Abigail ya se dirigía a la cabaña. En lugar de llevar el carro, decidió cruzar por el sendero que rodeaba el campo. Lo habían hecho para la casa club pero era el que Iñaki y ella utilizaban cuando paseaban por las cabañas.

No daba más de diez pasos sin mirar sobre su hombro. Nadie utilizaba ese sendero, pero no podía evitar pensar que la estaban siguiendo. Veinte minutos después, llegó a la recepción. En el centro del escritorio encontró un letrero que decía cerrado por mantenimiento. Las luces estaban apagadas, ni siquiera la cabaña del vigilante estaba encendida. Eran las seis de la tarde y la poca claridad que quedaba, la acompañó hasta la puerta de la cabaña tres. Respiró profundamente y giró la manija, haciendo la puerta crujir al abrirse.

El interior estaba oscuro y había un olor fuerte a humedad que la hizo arrugar la nariz. Pronto escuchó los gemidos que venían del piso de abajo, de alguien que intentaba gritar.

3

Las tablas de madera crujían al pasar sobre ellas. Abigail miró hacia la entrada, asegurándose una vez más de que no hubiera nadie allá afuera. Caminó hacia la puerta que daba a la bodega y bajó por la pequeña escalera tanteando las paredes, en completa oscuridad.

Abajo, las ventanas dejaban pasar la poca luz que quedaba del día, ayudándola a distinguir la silueta en el rincón de la bodega. Los gemidos se silenciaron al verla. Abigail se acercó a su esposo y rápidamente le quitó la tela que le impedía hablar. Sus manos estaban atadas detrás de su espalda, recargado en la pared de una sucia ventana, con su hombro izquierdo tocando la otra, y sus piernas estiradas frente a él. Una cadena rodeaba su tobillo izquierdo anclándolo al piso.

Iñaki respiró agitado, —¿por qué?

El despacho de Germán estaba en el quinto piso de un moderno edificio en el centro de la ciudad. Marcos subió el elevador con la mirada en la gente que entraba y salía del edificio pero sin realmente verlos. Su mente estaba aferrada a lo que había encontrado en la computadora de Iñaki. En modo automático entró a la oficina, ignoró a la secretaria y abrió la puerta de Germán, sorprendiéndose al ver a su padre con Isabela en el sofá junto al ventanal.

–Me dijiste que estabas disponible. –Le reprochó a Germán. –No tengo mucho tiempo pero si quieres espero a que terminen.

–Están aquí para lo mismo que tú.

Jorge cruzó los brazos, –Iñaki es mi sobrino. Por supuesto que quiero saber qué le pasó.

–Claro, tú tan preocupado por la familia.

Germán sacó las manos de los bolsillos al ver que Jorge se levantaba del sofá. Isabela volteó hacia la ciudad, ignorando el pleito entre padre e hijo.

–¿Cuándo vas a dejar de culparme por tus problemas?

–¡Si te culpo de mis problemas es porque tú eres el causante de ellos!

–¡Y vamos otra vez con lo mismo!

–Jorge, calma. –Germán extendió una mano intentando tranquilizarlo. Mientras que el carácter de Marcos era bien conocido por todos, Jorge no solía engancharse en pleitos.

–No, esto es importante, te pasaste de la raya Marcos, no solo me has evitado toda la vida, presentándote con el apellido de soltera de tu madre, ahora también me mientes descaradamente.

–Jorge, –Isabela lo tomó de la mano.

Jorge la miró, parecía haber hecho efecto el toque. Respiró un par de veces y regresó al sofá.

Germán miró a Jorge, y esperó a que asintiera tranquilo para empezar a hablar.

–Tengo a dos investigadores privados buscándolo ahora mismo pero todo esto es un complejo acertijo, por no decir un maldito desmadre. –Germán alzó las manos y se recargó sobre el escritorio. –Dijiste que querías verme... ¿asumo que tienes nueva información?

–Lo que tengo son preguntas. –Dijo Marcos, aún agitado por el coraje. Miró a su papá de pies a cabeza y después se dirigió a Germán. –¿Por qué le preguntaste a Iñaki sobre Santa Lucía? ¿qué sabes de ese caso?

–No sé de qué hablas. –Germán respondió tranquilo. –Pensé que vendrías por la desaparición de Iñaki, ¿o es que acaso apareció y nadie me dijo nada?

–Le escribiste un correo hace dos meses, claro que sabes de qué hablo. Y sí, efectivamente estoy aquí por su desaparición. –Marcos golpeó la mesa con el puño.

–Marcos, necesitas tranquilizarte. –Isabela se acercó a él. –No lograremos resolver nada si-

Marcos le empujó la mano que intentaba ponerle sobre el hombro. –¡No me vengas a decir cómo resolver asuntos familiares! ¡Sé lo que eres, Isabela!

Jorge se había levantado para defenderla, pero se detuvo en seco al escuchar a Marcos. Germán también se quedó pasmado.

Isabela se aclaró la garganta, –¿y qué es lo que soy, Marcos?

Marcos caminó hacia el otro lado de la oficina y de regreso, con cada paso crecía más su desesperación. Finalmente se detuvo frente a ella. –Mi madre seguía viva cuando tú ya estabas olfateándolo. –Marcos arrugó la nariz viendo a su padre. –Eres una maldita zorra.

–Una zorra... –repitió Jorge.

–Mi mamá te soportó todos esos años, tus supuestos viajes de trabajo, tus groserías, las groserías de tus amigos, ¡todo! ¿y acaso el cáncer te detuvo? –

Los labios de Marcos temblaron de rabia al hablar, –¡Estabas con esta mujer mientras le daban quimioterapia! –Marcos se sentó en el sofá, temblando ante las palabras que no había pronunciado antes. –¡Estaba ahí en el maldito funeral!

Germán bajó la mirada. Jorge cerró los ojos y suspiró derrotado. –No lo entiendes, Marcos.

–No me interesa entenderlo. –Marcos se limpió los ojos y respiró con la oficina en absoluto silencio. –Ahora, –miró a Germán, –¿me vas a decir lo que sabes de Santa Lucía para que pueda recuperar a la única persona en la que confío en este mundo?

Isabela cruzó las piernas y miró hacia la ciudad. A pesar de haber sido ofendida, permanecía tranquila y parecía decidida a quedarse.

Jorge y Germán la miraron y después se miraron entre ellos. No podían juzgar a Marcos por sentirse así, ni reprocharlo por sincerarse finalmente.

–Le escribí a Iñaki al enterarme de que le habían llevado el caso. Quería advertirle que se mantuviera alejado.

–Te lo preguntaré una vez más, Germán, –El desahogo no lo había calmado, seguía tan enfurecido con ellos como antes. –¿Qué sabes del caso?

Germán exhaló irritado y se sentó en la silla de su escritorio. –¡Sé que Federico Gaitán está involucrado en el crimen organizado! –dijo alzando las manos, como si no supiera nada más.

Marcos entrecerró los ojos, –eso es solo un rumor.

–¡Quizá! –Germán encogió los hombros, –pero no quería que mi hijo tuviera nada que ver con ellos. ¡Santa Lucía era un caso que parecía involucrar más de lo que decían los papeles!

Marcos lo miró considerando su respuesta.

–Un empleado de Federico Gaitán vino a visitarme hace algunos años. Me mostró los papeles del caso y lo rechacé por lo que te acabo de decir.

Después, cuando me enteré de que habían acudido a Iñaki, lo advertí. Eso es todo.

–Leí tu correo, tío. Eso no es lo que escribiste. No lo estabas advirtiendo, precisamente.

–¿Mi correo? –Germán resopló, –eso fue hace mucho tiempo, no sé que dije en un correo.

–¡Dos meses no son mucho tiempo! –Marcos exhaló. –Mencionaste algunos puntos confidenciales sobre el caso, ¿no lo entiendes? ¡Hay cosas que simplemente no deben saber! ¡Ni tú, ni Abigail, ni nadie! ¡saber esas cosas solamente los ponen en riesgo!

–Ya veo, entonces eres tú el preocupado por la familia... –Germán se puso de pie. –¿Siguió con el caso? ¿es eso? ¿son ellos los que están detrás de esta desaparición?

–¡No lo sé! ¡si no me dices lo que sabes no puedo averiguarlo! –Marcos se jaló el cabello frustrado, –¡se nos está acabando el tiempo!

–¡No insinúes ni por un momento que no estoy haciendo todo lo que está en mi poder para encontrarlo! –Respondió Germán agitado. En contadas ocasiones se le veía tan alterado.

Marcos asintió apretando los dientes, –bien. Ya encontraremos a la persona detrás de todo esto. –Se dirigió a la puerta y la azotó al salir.

Abigail se puso en cuclillas frente a Iñaki. –Lástima que no traje la cámara. Me imagino la cantidad de artículos que te querrían así para su portada.

–¿Qué estás haciendo? ¿por qué no me lo dices y ya?

–¿Y ya? –Abigail frunció el ceño con la intención de una sonrisa.

Iñaki recargó la cabeza sobre la pared.

Abigail inclinó la cabeza, sin saber por dónde comenzar. –Me sorprendí mucho al ver el acuerdo postnupcial. ¡Ni siquiera sabía que existían!

Iñaki soltó una pequeña risa, –¿hiciste esto por dinero?

Abigail entrecerró los ojos.

–¡Estás loca! ¿lo sabías? –sacudió la cabeza, –te diré algo, si me quitas esta cadena, te daré el dinero que quieras y desapareceré de tu vida. Nadie sabrá lo que pasó aquí. Tú dime cuánto quieres y ya.

–No hablas en serio... ¿me pides que confíe en ti?

Iñaki la miró condescendentemente, –¿qué harás, Abi? ¿matarme? –negó con la cabeza, –nunca pensé que te atreverías a hacer algo así. ¿Te imaginas cómo están mis padres? Marcos debe estar desesperado.

–¿Por qué? ¿por qué estaría desesperado Marcos?

Iñaki no respondió.

–¿Por lo mucho que te quiere? ¿eso lo tiene así?

–Te recuerdo que también es mi socio. No tienes idea de la cantidad de problemas que estás causando al hacer esto.

–Comienzo a tener una idea... –Abigail se levantó. –Te traeré algo de comer, espero que la comida de aquí no esté echada a perder, la traje hace ya unos meses... espera, creo que hay atún...

–Meses... –repitió en un susurro Iñaki, incrédulo. –¿Cuánto llevas planeando esto?

Abigail ignoró la pregunta. –Disculpa que no prenda la luz pero Judith está muy pendiente de lo que pasa en estas cabañas... y por cierto, yo en tu lugar no me preocuparía por Marcos, sus conflictos laborales serán pronto su menor preocupación.

–¿Qué? ¡Abigail! ¡¿qué quieres decir con eso?!

Abigail bajó con tres latas de atún, pero Iñaki negó con la cabeza al verla. – Olvida la comida, ¿qué quisiste decir con eso?

Dejó las latas en el suelo junto a Iñaki y suspiró. –Luego te cuento. Tú tranquilo. Contrataron a Ramiro otra vez así que intenta no hacer ruido. – Abigail lo miró fijamente. –No pienso matarte Iñaki, pero no creas que dudaré en hacerlo si es necesario.

–¿Le hiciste algo a Marcos? –preguntó alterándose, mientras Abigail se alejaba.

–Aún no. –Contestó Abigail desde la escalera sin voltear a verlo.

–¡¿Hasta cuándo piensas tenerme aquí?! ¡Abigail!

Abigail cerró la puerta y caminó deprisa hacia el sendero, pegándose a la pared para evitar que la vieran desde algún balcón. Al dar la vuelta para entrar a su casa, alcanzó a ver el Audi de Marcos. Se relajó sabiendo que llegaría antes de él. Subió a su habitación y al ver su teléfono vio dos llamadas perdidas de Germán y un mensaje de texto. En el mensaje, un número no registrado le informaba que ya tenía el nombre que le había pedido: Ernesto Paredes Luján.

Marcos entró a la casa mientras ella bajaba la escalera con el teléfono al oído.

–¿Cómo estás? –Marcos se acercó al pie de la escalera y recargó el codo en el barandal.

–Intentaba regresarle la llamada a Germán pero no me contesta. –Abigail suspiró y se detuvo en el segundo escalón, cerca del barandal en donde estaba recargado Marcos. –¿Alguna novedad?

–No, lo siento. –Dijo en tono desesperado, sin quitar la mirada de ella. – Estaba con Germán hace un momento. Tampoco él sabe nada de Iñaki.

Abigail bajó al primer escalón, su cabeza quedó a la altura de Marcos y ambos permanecieron un momento en silencio. El celular de Abigail la hizo quitar la mirada.

–Germán. –Respondió en el teléfono.

Marcos se movió, dejándola pasar.

–Sí, no te alcancé a contestar. ¿Cómo están sobrellevándolo?

Marcos tragó saliva, preguntándose qué rayos acababa de pasar entre ellos. Miró de reojo a Abigail mientras hablaba por teléfono, había algo extraño en ella. Se sacudió la cabeza ahuyentando los pensamientos, Abigail estaba confundida, su esposo corría peligro o en el mejor de los casos la había dejado. Que Iñaki se hubiera marchado no era una posibilidad en su cabeza hasta que habló con el capitán. Marcos no lo quería creer, se rehusaba a siquiera pensarlo, su amigo jamás lo traicionaría de esa forma. Pero todo apuntaba a que se había marchado. Si ese era el caso, Marcos tendría que tomar una decisión sobre el negocio y su posición estaría comprometida. Lo que le daba más razón para pensar que Iñaki no se había ido por su cuenta. Iñaki sabía el tipo de problema que enfrentaría Marcos con su partida.

–¿Qué estás pensando?

–Lo mismo, intentando encontrar una pista.

–Hay algo que quiero que veas.

Marcos la miró y asintió. De nada le serviría seguir ahí sentado pensando lo mismo. Se puso de pie, y siguió a Abigail hacia la puerta.

–¿A dónde vamos? –Marcos se extrañó al ver que Abigail se metía entre los

arbustos.

–Ya lo verás.

–Abi, no podemos ver nada. –Dijo tropezándose con una raíz.

Abigail lo ignoró. Rodeó la casa y jaló una cortina metálica. El ruido asustó a Marcos, pero Abigail encendió la luz del interior.

–¿Y esto? –Marcos se sorprendió al ver la bodega.

Un foco amarillo colgaba del techo, alumbrando las cajas apiladas. No había espacio para dos personas en el interior.

–¿Qué es todo esto? –Marcos insistió alarmado, observando la caja abierta en el centro con papeles que tenían el logo de su despacho.

Abigail se llevó las manos a la cintura, observando las cajas. –No tengo idea, lo encontré hace un rato. Pensé que tú sabrías pero ya veo que no.

Marcos sacudió la cabeza boquiabierto. –¿Es de Iñaki?

–Marcos... creo que Iñaki no te estaba diciendo todo.

–¿Por qué? –Marcos arrugó la frente mientras recogía los papeles del piso.

–Bueno, yo no sabía que el despacho estaba teniendo tantos problemas hasta que encontré eso.

Marcos ya lo estaba leyendo, el título lo decía todo: carta de insolvencia económica.

–¿Pensaban declararse en quiebra?

–No sé qué está haciendo todo esto aquí Abi, y me da mucha pena pedirte esto pero, ¿me darías un momento?

–Claro, –Abigail sacudió la cabeza, –estaré adentro.

Marcos asintió, y comenzó a bajar las cajas. —¡Abi!

—¿Sí?

—¿Viste algo además de esa carta?

—No, supuse que tú estarías más interesado en eso que yo.

—Bien.

Abigail cerró la casa con llave y se metió a la oficina de Iñaki. Estaba segura de que le tomaría al menos un par de horas a Marcos darse cuenta de que la mitad de las cajas tenían solo papeles triturados.

Encendió la computadora, y en la barra de búsqueda escribió el nombre de Ernesto Paredes, quince coincidencias aparecieron en una ventana. Leyó la lista de archivos que contenían ese nombre, hasta que encontró el que estaba buscando, un correo con todos sus documentos adjuntos.

Un doble clic le mostró el pasaporte, identificación y acta de nacimiento del supuesto Ernesto Paredes Luján. En el mismo correo venían los mismos documentos de Josué Lavalle Campista. Abigail se recargó en el respaldo observando la pantalla con sentimientos encontrados. Estaba satisfecha de encontrar la información pero decepcionada de lo que la información implicaba. Salió de la oficina y se asomó por la cocina hacia la parte de atrás de la casa, la luz de la bodega seguía encendida. Subió por su cámara, y tomó varias fotografías de la pantalla. Le pareció ridículo no imprimirlo pero no quería que hubiera ningún tipo de evidencia que la relacionara con esa información.

Antes de subir, Abigail quitó el seguro de la casa, eran las once y Marcos seguía atrás. Dio unos pasos hacia la escalera pero cambió de opinión y salió a buscar a Marcos.

Marcos estaba metiendo papeles a una caja, de espaldas a ella, no la había escuchado acercarse. Abigail lo miró desde la oscuridad, pensando en lo poco que Marcos realmente sabía. Le pareció irónico que Iñaki y Marcos, tan

confiados y siempre tan en control de todo, tuvieran tan poca noción sobre su futuro, y nada qué hacer para mejorarlo.

Abigail suspiró y movió las ramas para hacer ruido. Marcos volteó a verla.

–¿Necesitas ayuda?

–No, ya terminé. –Marcos se sacudió las manos.

–¿Revisaste todo eso?

–No todo, –Marcos sonrió, –no sé para qué lo guardaría Iñaki, pero al menos lo tenía aquí escondido.

–¿Encontraste algo interesante?

–De hecho no, fuera de esa carta que admito no haber visto antes... todo lo demás son archivos de clientes. Los destruiré mañana. Por lo pronto será mejor que descansemos.

Abigail se preguntó si pensaba irse a su casa o quedarse nuevamente ahí.

–Me muero de hambre, ¿quieres ir a cenar? –Marcos comenzó a caminar hacia la casa.

–Prefiero quedarme.

–Sí, claro.

–¿Qué está pasando con el despacho, Marcos? Pensé que les estaba yendo bien.

–Es una larga historia.

Abigail esperó a que continuara.

–Es tarde, te la contaré mañana, ¿está bien? –Marcos entró a la casa detrás de ella.

–No tienes que quedarte. –Abigail lo miró apenada.

–Siento que sí. Iñaki querría que me quedara.

–¿Estás seguro? –Abigail intentó hacer una pregunta inocente pero su mirada delató su escepticismo.

–Quizá estás muy segura de que Iñaki se fue, y no te culpo por pensarlo, pero si su vida corre peligro, es posible que la tuya también.

–Si su vida corre peligro es por su trabajo, ¿no? yo no tengo nada que ver con eso, en tal caso el que corre peligro eres tú, y al quedarte me estás poniendo en peligro a mí.

Marcos sonrió parpadeando perplejo. –Entiendo tu razonamiento... pero hay algo que no estás considerando. En caso de que haya un culpable, más allá del trabajo, su estilo de vida sería la verdadera causa. Es una ciudad insegura, ¿qué sería más probable? ¿el secuestro de un abogado? ¿o el secuestro de un rico?

Abigail asintió, –tienes razón, no sé por qué pensé que si fuera el caso, sería por su trabajo.

–Yo tampoco sé por qué asumiste eso.

–Me voy a acostar... fue un largo día.

–Descansa, Abi.

–Por cierto, Begoña no sabe que su hijo está desaparecido.

–¿Ah no?

–Te digo porque el domingo es la comida en casa de Germán, y no quiero que se te vaya a salir algo.

–¿Cómo es que no le han dicho?

–Iñaki siempre está ocupado, y ahora que Begoña se está recuperando de la

cirugía, Germán no la quiso preocupar.

–Como sea, no pensaba ir a la comida. De hecho, pensé que tú tampoco irías.

Abigail encogió los hombros, –nunca has faltado.

–Iñaki me arrastra a esas comidas, que es otra cosa.

–En estos momentos nos necesitan tanto como nosotros a ellos.

–¿Quiénes?

–Germán... tu papá...

–Mi papá tiene quién lo consuele.

–No seas tan duro Marcos, sin darnos cuenta terminamos siendo igual que ellos.

–Nunca seré como él.

Abigail apretó los labios. *Te pareces más a él de lo que crees.* Pensó. – Buenas noches.

Un ruido despertó a Abigail. Al abrir la cortina entró la luz del sol, no había visto la hora pero debía ser tarde. Al igual que la noche anterior, dio vueltas durante horas antes de poder dormir. Se asomó por la ventana y vio a Marcos hablando con dos sujetos. Ambos usaban gorra y anteojos oscuros, Abigail no pudo distinguir si eran los mismos supuestos policías que la habían visitado.

Marcos alzaba las manos y hablaba de prisa, alterado. Abigail abrió despacio la ventana para que no la escucharan, pero no logró distinguir lo que decía. Se vistió rápidamente y prácticamente corrió por la escalera para alcanzarlos, pero al abrir la puerta vio al automóvil arrancar.

–¿Quién era? ¿saben algo de Iñaki?

Marcos tenía la cara roja. –¡Me lleva! –dijo golpeando la pared con el puño.

Abigail le dio espacio, y se sentó en el sofá a esperar a que se tranquilizara para que pudiera explicarle.

–Dame un minuto. –Marcos alzó un dedo y se metió al baño.

Abigail se asomó por la ventana y después cruzó las piernas, dando pequeños golpes en el descansabrazos con los dedos.

–¿Malas noticias? –preguntó levantándose cuando Marcos salió del baño.

–Algo así... –se sentó en el sofá de enfrente.

Abigail volvió a tomar asiento. –¿Y bien?

–Si Iñaki no aparece en veinticuatro horas...

Abigail frunció el ceño, –pensé que lo habían encontrado.

–No... no ese tipo de noticias.

Abigail se llevó la mano a los labios y se mordió una uña. –¿Qué? ¿qué pasará si no aparece?

Marcos sacudió la cabeza. –No es una opción. Iñaki tiene que aparecer.

Abigail tomó su mano, –Marcos, háblame. ¿Qué está pasando?

–El despacho estaba teniendo algunos problemas,

Abigail se levantó, –las cosas iban mal entre nosotros y mal en el trabajo, ¿aún crees que no decidió marcharse?

–Las cosas iban a mejorar, –Marcos negó con la cabeza, –teníamos un plan. Iñaki habló con un contacto y tenía un plan que literalmente arreglaría todo... y la fiesta del aniversario era algo simbólico, a partir de la fiesta todo iba a cambiar. –Marcos pasó una mano por su cara. –Pero no puedo llevar acabo el plan porque me llega gente de todos lados pensando en que Iñaki cambió de

parecer.

–¿Quién es el contacto con el que habló?

–Juan, Pedro, el nombre da igual, no lo conoces. Él es el principal problema ahora, las cosas que arregló Iñaki con él... no pueden deshacerse tan fácil, no puedo solo echarme para atrás y seguir con el despacho como estaba.

–No entiendo mucho de procesos legales, pero... ¿no eres tú el que puede tomar decisiones en ausencia de Iñaki?

–Para que se expida una declaración de ausencia tienen que pasar dos años, y cuatro ó seis más para una presunción de muerte. –Marcos sacudió la cabeza, –tenemos estatutos claros, el tema legal no es el problema. Si no puedo seguir sin él, no es por normas jurídicas, es por normas morales.

Abigail asintió lentamente, como si intentara comprender. –Entonces...

–Estoy entre la espada y la pared.

–¿Esto pasa en todos los negocios?

–Estamos en una situación crítica. Te decía que Iñaki hizo el evento como algo simbólico, no había vuelta atrás.

–Marcos, de verdad estoy intentado entender.

–Perdóname, –Marcos soltó una risa de pronto. –No sé que estoy diciendo. Olvida todo lo que dije, –se levantó del sofá, –tengo que salir, pero regresaré más tarde, no le abras a nadie.

Abigail asintió y lo vio subir al coche desde la ventana. Una vez que se marchó, envió un mensaje de texto avisando que se había ido.

Todos se sorprendieron al ver a Marcos llegar a la comida familiar del domingo. Abigail estaba sentada entre Germán e Isabel. Junto a Germán estaba su esposa, Begoña, y al lado de Isabela estaba Jorge. Compartían la mesa con doce personas, los hermanos de Begoña, y los primos de Germán y Jorge.

Marcos cruzó el jardín, deteniéndose en algunas mesas a saludar.

–Viene de buen humor, –dijo Germán.

Abigail y Jorge asintieron extrañados. Marcos había estado actuando extraño desde el viernes, cuando se peleó con los dos tipos afuera de la casa y le intentó explicar a Abigail lo que sucedía. Esa misma tarde, Marcos había regresado con un semblante distinto, más tranquilo. Si Abigail no supiera el paradero de Iñaki, pensaría que lo había encontrado. No habían vuelto a hablar sobre Iñaki, el negocio, o lo que preocupaba a Marcos. En la mañana del sábado encontró a Marcos observando la foto de su boda que estaba en la pared. Lo escuchó preguntarle a Iñaki en dónde se había metido pero al ver a Abigail había sonreído. Abigail no sabía la razón de su calma, pero no le gustaba.

–Hola, –dijo acercando una silla al lado de Abigail. Germán se recorrió para darle espacio. –Lamento llegar tarde.

–Pensé que no vendrías.

–Tú misma lo dijiste, nunca he faltado.

La sonrisa de Abigail no tocó sus ojos. Su preocupación crecía conforme mejoraba el humor de Marcos. Iñaki había desaparecido el miércoles, para el domingo ya tenía que estar desesperado, no en un buen humor, compartiendo la mesa familiar.

–Discúlpeme un momento.

–¿Abi? ¿estás bien? –Marcos la tomó de la mano.

Begoña sacudió el hombro de su esposo, al ver la muestra de afecto de Marcos. Los demás pretendieron no ver nada.

–Sí, –Abigail se puso el cabello detrás de la oreja, –ya regreso.

No había regresado a la cabaña y no tenía pensado hacerlo ese día, pero tenía que asegurarse de que el humor de Marcos no tuviera nada que ver con haber encontrado a Iñaki. Aún si no lo hubiera liberado, Abigail sabría si lo encontró con solo ver a Iñaki.

Recargó las manos en el lavabo, y se miró en el espejo. Quizá ya había llegado el momento de actuar. –*Ese imbécil no va a echarlo todo a perder.* – Dijo apretando los ojos.

–¡Abi! Llegas justo a tiempo, justo les iba a recordar del evento del treinta. –Marcos miró a Jorge y después a German.

–¿Qué evento? –Abigail preguntó sentándose.

–No estarás hablando en serio. –Germán lo miró con las cejas alzadas. – Iñaki lo canceló desde Junio.

–¿La recaudación?

–La recaudación sigue en pie. –Marcos asintió. –Como todos ustedes saben, –se dirigió al resto de la mesa. –El último viernes de Agosto de cada año hacemos una recolección de fondos a beneficio del orfanato ULAP. Este viernes treinta de agosto, será el octavo evento, y lo haremos en el salón Montaña Azul.

–Marcos, ¿en verdad crees que es buena idea hacerlo ahí? –Jorge miró con reproche a su hijo.

–El lugar es perfecto. De hecho Iñaki ya lo había apartado, le gustó tanto que quiso festejar ahí su aniversario.

–¿Podemos hablar a solas? –Germán se levantó. Marcos encogió los hombros y lo siguió hasta el fondo del jardín.

–¿Qué rayos estás haciendo? Abigail acaba de perder a su esposo, mi hijo desapareció de ese lugar, y ¿quieres que regresemos todos ahí en dos semanas para hacer donativos?

–Tío, –Marcos dijo tranquilo, algo inusual en él. –Iñaki se fue hace solo unos días, fue tan repentino y la forma de irse fue tan extraña que todos actuamos como si se tratara de su muerte. Iñaki está bien, estoy seguro, es más, estoy seguro de que regresará antes del evento.

–¿Por qué estás tan seguro? ¿averiguaste algo? Cuando fuiste a mi oficina estabas bastante alterado, ¿acaso ya no te preocupa?

–Cuando fui a tu oficina estaba seguro de que se lo había llevado alguien, pero este fin de semana tuve respuestas positivas. Ninguno de los casos que hemos estado manejando tuvieron nada que ver con su desaparición. –Marcos rio, –¿entiendes lo que eso significa? Ellos están ayudándome a encontrarlo, y ellos tienen métodos... contactos, ¡vaya! Tienen todo para encontrarlo.

Germán asintió lentamente. –¿Y si él no quiere ser encontrado?

–Debe haber una explicación para eso. –Marcos sacudió la cabeza, –no sé lo que estaba pensando, pero seguro fue un malentendido. Ahora que regrese aclararemos la situación y podremos seguir como si nada de esto hubiera pasado.

–Me alegra que creas eso. Sé lo inseparables que han sido desde niños, así que si tú crees que él está bien y estás tan seguro de que aparecerá... yo pensaré lo mismo.

Marcos asintió. –Es por eso que el evento es tan importante. Los clientes lo están pidiendo, sabes lo que este evento significa para algunos de ellos.

–Pues no, no lo sé, pero está bien, Marcos. Falta poco tiempo pero, ahí estaremos.

Marcos sonrió complacido.

–Por otro lado, no pude evitar ver que estás muy... cercano a Abigail.

–Los dos atravesamos un difícil momento y temía que corriera con la suerte de Iñaki.

–Pero ya que él no está en riesgo, asumo que ella tampoco.

Marcos tardó en responder. –Exacto. De cualquier forma quiero estar cerca de ella hasta que aparezca Iñaki. Siento que es lo que Iñaki querría.

Germán rio, –si eso quisiera estaría aquí, ¿no lo crees?

Marcos sacudió la cabeza, –estoy seguro de que tiene sus motivos. Y también estoy seguro de que al final habrá una buena explicación para todo.

Al regresar a la mesa, Marcos recalcó la importancia del evento, dirigiéndose inclusive, a Isabela.

–¿No estás molesta? –le preguntó a Abigail al salir, mientras se ponía el saco.

–¿Por qué habría de estarlo?

–No sé, tal vez pienses que no es el lugar o el momento...

–Tonterías. –Abigail lo interrumpió. –El lugar es perfecto, solo me preocupa que tengas tan poco tiempo para organizarlo.

–Alguien más se está encargando. La misma ULAP se encargó de distribuir las invitaciones.

–Ah pues muy bien. –Abigail abrió la puerta del coche, pero Marcos detuvo la puerta a la mitad.

–¿Vendrías al evento?

Abigail se rio, –no sé a qué... o si sea bien visto, –dijo arrugando la frente. –Yo ahí sola en un evento que organizaba mi esposo... no lo sé.

–No irías sola. –Marcos recorrió la puerta del coche hasta llegar a la mano de Abigail.

–¿Me estás pidiendo que vaya contigo? ¿cómo tu acompañante? –el tono de Abigail era alerta.

El silencio de Marcos respondió por sí solo. Abigail se aclaró la garganta, sonrojada y se subió al coche. Una vez que lo encendió, bajó la ventana.

—¿Te veré más tarde?

—Por supuesto.

4

La Fiscalía del Estado desmanteló una banda delictiva que operaba en el municipio de Sibano. Se presumen que los siete detenidos también fueron identificados como miembros de una célula del crimen organizado que opera en este y otros municipios del país.

Abigail subió el volumen del radio.

Los siete integrantes de esta banda fueron también vinculados al robo de la joyería Diamante al sur de la ciudad, acontecido a principios de este mes. En otras noticias, se anunció la creación de la Agencia Nacional de Ciberseguridad....

Apagó el radio y miró por la ventana. Un accidente de tránsito había dejado el carril prácticamente parado. Mientras algunos se aventuraban a cruzar por el carril contrario, Abigail decidió aprovechar el tiempo para planear sus próximas acciones. Lo primero que haría al llegar sería cerciorarse de que Iñaki estuviera donde lo dejó y hablar con él, pero había tantas mentiras en su cabeza, que comenzaba a confundir lo que debía decir y lo que debía mantener en secreto. Pero no todo eran malas noticias, la cena a beneficio había caído del cielo, en ese evento se reunirían una vez más, los involucrados en el negocio de Iñaki y Marcos. Tenía diecinueve días para echar abajo todo lo que Iñaki y Marcos habían tardado años en construir. Iñaki, Marcos y todo lo que habían creado, tendría su clausura en ese evento.

Al llegar a la casa, Abigail sacó del closet de la oficina un paquete de memorias USB y encendió la computadora. Comenzó a pasar la información pero una ventana anunció que tardaría dos horas en guardarla. Miró el resto de las memorias, no podía esperar tanto tiempo. Dejó los archivos guardándose y cerró la puerta con llave al salir. Al menos Marcos no podría entrar.

Marcos apretó el volante y miró el semáforo como si pudiera hacerlo cambiar a verde con su mente. El mensaje que había recibido del capitán había echado a perder sus planes de reunirse con Federico Gaitán. En esos

momentos no se podía dar el lujo de plantar a ninguno de ellos dos, pero el mensaje del capitán parecía urgente y lo había llevado a la decisión de hacer esperar a Federico.

Cuando el semáforo cambió de color, Marcos podría haber estado en una carrera de autos, esquivó los coches de adelante deseando llegar al lugar en donde quizá recibiría la mejor noticia que podría recibir.

–¿Hasta cuándo me piensas tener aquí? –Iñaki sabía que era Abigail bajando la escalera.

–No por mucho tiempo.

–¿Podrías al menos explicarme lo que buscas? ¿dinero? ¿venganza? ¿qué hice, Abi? ¿¡Qué hice!?

Abigail jaló una silla y se sentó frente a él, pensando. Sus tobillos y muñecas estaban rojas con algunos puntitos de sangre, de tanto esfuerzo por liberarse. Había estado caminando. Abigail vio las cajas de cartón tiradas en una esquina, quizá las había aventado en su desesperación. Abigail miró la cadena, no tenía espacio suficiente para llegar a la esquina, quizá se había aventado contra las cajas, eso explicaría el daño físico.

Iñaki rio débilmente, sacudiendo la cabeza. –Cuando intentaste matarme pensé que lo lograrías, pensé que ese era tu objetivo. No traerme a este estúpido lugar y dejarme aquí para-

–No intenté matarte.

Iñaki la volteó a ver, escéptico.

–Una descarga eléctrica no te mata. Lo averigüé antes de usarlo.

–Si no querías matarme, ¿¡qué chingados quieres?! ¿eres mi esposa, por el amor de Dios! –Iñaki respiró profundamente, –podemos hablarlo. Podemos arreglar lo que sea. Háblame, Abi.

Sus pómulos se arrugaron mientras respondía. –No puedo dar vuelta atrás.

Aunque quisiera Iñaki, no puedo.

–No, no digas eso. Lo podemos resolver. Lo que sea. ¡Me conoces! Dime, por favor, te lo suplico, ¿qué quieres de mi?

Abigail entrelazó los dedos de sus manos, después de unos minutos en silencio, su mirada cambió mientras recordaba algo. –Háblame del capitán.

Iñaki alzó las cejas sorprendido, –¿mi amigo? ¿qué quieres saber de él? ¡oh! Ya veo, –de pronto soltó una carcajada, sorprendiendo a Abigail.

Abigail lo miró expectante.

–Entiendo.

–¿Qué es lo que entiendes?

–¡Estás paranoica!

–¿Lo estoy?

–Todos estos años me has visto trabajar en casos complicados y guardarte secretos... Siempre supe que estabas interesada en lo que hacía, no te culpo. Pero llegar a estos extremos... Muy bien, Abigail tú ganas. Hice el acuerdo postnupcial a tus espaldas y te oculté información que quizá creas que te afecta, pero no es así. Todo lo que te oculté fue por un beneficio.

–Un beneficio tuyo.

–¿Acaso no te di una gran vida?

Abigail volteó la cabeza reprimiendo una sonrisa. –La gran vida nos la dio mi carrera de fotógrafa... al menos en un inicio.

Iñaki se movió incómodo. –Quizá ayudó a un inicio, hasta ahí. Fui yo quien nos trajo a la calle Ocre, quien nos ha mantenido en un estilo de vida que difícilmente habrías llegado a conocer siquiera.

–¿Cómo lo lograste, Iñaki? ¿cómo pudiste darnos esa gran vida? Tu papá es

un exitoso abogado y él no vive así.

Iñaki se quedó en silencio.

–¿Suerte?

–Marcos y yo hicimos las cosas mucho mejor que mi papá. Será famoso y lo que sea, pero no es un hombre de negocios. No sabe cómo tomar las oportunidades que se presentan.

–Tú sí. A expensas de quien sea.

–¿A expensas de quién? –respondió apretando los dientes.

Abigail lo miró.

–¿Tuya? –frunció el ceño con una sonrisa. –¿Qué crees que te hice, Abigail? Por favor, dímelo, –Iñaki preguntó con curiosidad.

–Esperaba que me lo dijeras tú.

–No sé con quién has estado hablando o qué tipo de ideas trastornadas tengas en la cabeza, pero no soy quién tu piensas.

–Eso me queda claro.

–Necesitas ayuda.

–¿Tuya?

Iñaki rio inclinando la cabeza, –de un profesional.

Abigail apretó los labios y se levantó.

–¿A dónde vas?

Abigail se dirigió a la escalera.

–¡Ey! ¡¿A dónde vas?!

Con una mano sobre el barandal, volteó a verlo. –¿Quién es el capitán?

–No te quieres meter en eso. Créeme.

–Creerte es lo último que haría. –Abigail subió la escalera y cerró la puerta de la cabaña con demasiada fuerza. Caminó deprisa, conteniendo el coraje. En esos momentos ni siquiera le importaba que alguien la viera. Solo quería destrozar algo.

–Vine lo más rápido que pude. –Marcos se quitó el saco y tomó asiento en un taburete del restaurante.

El señor sentado frente a él tenía las manos cruzadas sobre el menú. Vestía de traje azul marino y tenía puesto un sombrero del mismo color. Marcos observó el sombrero que caía sobre sus pronunciadas cejas.

–¿Qué novedades hay? –preguntó el señor sin alzar la vista del menú.

–Pensé que tú me lo dirías. Tenías prisa, supuse que habías averiguado algo, vine corriendo porque creí que lo habías encontrado. –Marcos lo miró con rabia.

El señor abrió su saco, mostrándole el arma que portaba.

–Capitán, –Marcos rio, –¿no me estás amenazando o sí? ¿qué significa esto?

–Tuve una reunión bastante tensa esta mañana. Algunos de los... socios, comienzan a sospechar que Iñaki desapareció por una buena razón.

–¿Qué quiere decir eso?

–Marcos... me caes bien, en verdad. Y sé que eres inteligente, así que contéstame algo. ¿Qué hace la gente cuando nos traiciona?

–Iñaki no desapareció porque los traicionó. La propuesta que nos hiciste fue la mejor opción que teníamos, ya habíamos tomado la decisión.

–Y el mismo día que llevaríamos acabo el plan desaparece. ¿No te parece extraño? Dime Marcos, ¿se arrepintió?

–No, ¡por supuesto que no!

–Quizá alguien más le hizo una oferta... Algo que no podía rechazar, quizá algo muy bueno, o algo muy malo.

–Iñaki no tuvo ninguna otra oferta. Los dos tomamos una decisión, si estoy aquí sentado contigo es porque esa decisión sigue en pie.

–En la reunión nos informaron que ninguna de las otras organizaciones conoce su paradero. Quizá esa fue la gota que derramó el vaso. En este negocio no podemos tener cabos sueltos, lo desconocido no nos sienta bien, y todo respecto a Iñaki es desconocido.

–Capitán, no es así. Si tú no lo vas a seguir buscando entonces déjame a mí hacerlo, dame tiempo, ¡es todo lo que te pido!

–La oferta ya no está disponible, Marcos. Y sabes lo que eso significa.

–¡No! –Marcos golpeó la mesa con el puño.

El capitán miró hacia las demás mesas, asegurándose de que ningún curioso los continuara observando.

–Solo dame unos días, lo voy a encontrar-

Una mesera se acercó con el menú bajo el brazo. –¿Están listos para ordenar?

–Aún no. –Respondió el capitán.

–Regresaré en un momento. –Respondió incómoda, alejándose.

–El treinta de agosto es la cena a beneficio de la ULAP. Dame hasta ese día.

El capitán lo miró, considerándolo.

–Ya está organizada, será en el salón Montaña Azul. Tus socios verán que todo sigue igual y podrán aprovechar la ocasión para concentrarse en sus negocios.

–¿De cuánto estamos hablando?

–Nueve millones.

–¿El señor Pratt estará ahí?

–Sí.

–Bien. Me interesa hacerle una propuesta. –El capitán asintió, –estaré ahí. Y por tu propio bien, si Iñaki no está, será mejor que tú tampoco.

Marcos asintió ocultando su nerviosismo.

–Eso es todo, Marcos. Si no te importa me gustaría disfrutar de mis alimentos en paz.

Marcos se levantó, –Iñaki va a aparecer.

–Estoy seguro de que sí. Pero por si las dudas, sería conveniente que planees un escape igual de perfecto que él.

Marcos se alejó sin mirar atrás.

–¡Marcos! –Isabela se apresuró hacia él. –¿Qué tienes? ¿estás bien?

Marcos miró las mesas, Jorge no estaba ahí. –¿Qué estás haciendo aquí?

–Estoy esperando a tu papá, debe estar por llegar, ¿nos acompañas?

–No lo creo. –Dijo seriamente y siguió caminando.

Federico Gaitán, un hombre alto y delgado, vestido de pantalones de mezclilla y una polo roja, le hizo una seña con los dedos a Marcos para que entrara, le dio una bocanada a su puro y puso el vaso de whisky en la mesita.

–Llegas tarde. –Dijo cruzando una pierna.

–El caos de la ciudad, –Marcos cerró la puerta de cristal detrás de él y caminó por el jardín hasta la mesa en donde Federico estaba sentado.

–No importa, hablemos de negocios.

–Te tengo una buena noticia, llegamos a un acuerdo con el fiscal para evitar la condena de Tavo López.

–Roro y su gente están detenidos.

Marcos se recargó en el respaldo y cruzó una pierna, imitando a Federico. – También están vinculados al robo de la joyería. Eso complica el caso.

–No pueden hablar.

–No creo que sea la persona indicada para estos temas. El despacho puede defenderlos pero no callarlos.

–No me interesa defenderlos. En el momento que decidieron el asalto quedaron fuera de Santa Lucía. Ellos lo saben. Si planearon el robo fue porque pensaban dejar la organización.

–¿A dónde quieres llegar?

–Me pregunto si Iñaki participó en el robo.

Marcos soltó una carcajada, –es broma, dime que es broma.

Federico le dio un sorbo a su bebida y lo miró fijamente.

–Lo que insinúas es ridículo.

–Ustedes tienen abogados laboristas, penalistas, mercantilistas... saben lo que hacen. Durante tantos años confié en ustedes dos, pero ha habido rumores, Marcos. Rumores que no me gustan para nada, y seamos honestos, solamente puedes ser traicionado por quien menos esperas.

–¿Qué rumores? –Marcos tragó saliva.

–Escuché que Germán Garrido le dio información sobre Santa Lucía a las autoridades, y con eso pudieron localizar el cuartel de la banda de Roro. Iñaki y tú estuvieron en ese cuartel... ¿no es demasiada coincidencia de que el padre de Iñaki libere información de Santa Lucía unos días después de la desaparición de su hijo?

–¿Crees que lo está protegiendo?

–¿No lo haría un padre?

–Germán es mi tío. Si hubiera ayudado a su hijo a escapar para actuar contra ustedes yo lo sabría.

–Nosotros.

–¿Cómo?

–Actuar contra nosotros, no ustedes. No te confundas Marcos, ustedes son parte de Santa Lucía tanto como Roro. Quizá Iñaki olvidó que es una relación de por vida, entre nosotros no hay... divorcios.

–Estoy seguro de que Iñaki aclarará todo este malentendido.

–Por su propio bien espero que así sea. –Federico le dio un trago a su bebida. –Don Jaime, sírvale una copa de ese vino que le gusta.

Un señor mayor, parado junto al bar, sirvió una copa y se la llevó a Marcos.

–¿Arreglaste lo del evento?

–Será el viernes treinta de agosto. –Marcos tomó la copa y le dio un sorbo.
–Está todo arreglado.

–Todos querrán ver al dueño de la ULAP.

–Hablé con Owen Pratt, está confirmada su asistencia.

–¿Altos funcionarios?

–Aún por confirmarse. Es posible que esté el presidente municipal de Síbano, algunos regidores... Oh, el coordinador de asesores de la Secretaría estará ahí, él respondió esta mañana.

Federico asintió complacido. –¿Quién tiene acceso a la lista de asistencia?

–Solo yo.

Federico descansó la mirada en su vaso. –Es una gran suma de dinero... y ni siquiera estoy hablando de las entradas.

Marcos bebió de su copa.

–¿No estarás pensando en seguir los pasos de Iñaki, verdad?

Marcos alejó la copa de sus labios sin quitar la vista de Federico. –Iñaki aparecerá.

–¿Qué dice Germán sobre Iñaki? Imagino que ha de estar desesperado.

–Confía en que Iñaki va a aparecer en cualquier momento.

–¿Vendrá al evento?

–¿Germán? Sí.

–Bien, lo necesitamos en las fotos. –Federico sonrió. –Entonces arregla todo y envíame la lista cuando la tengas completa.

Marcos asintió levantándose.

–No te pierdas.

Marcos ignoró su comentario, y salió apresurado. Al llegar al coche le llamó a Abigail pero no respondió. –Ha sido un buen día, –dijo mientras arrancaba el coche. Ni el capitán ni Federico serían un problema. Al menos no hasta el evento. –Diecinueve días, –suspiró, –¿en dónde estás güey? No te

podiste haber arrepentido, estabas más listo que yo.

Al llegar a su casa, Marcos encontró a Abigail sentada en la sala.

–Te estuve llamando,

–Salí a caminar.

–¿Estás bien? Te noto tensa.

Abigail alzó los hombros, –supongo que extraño a mi esposo, eso es todo.

Marcos se sentó junto a ella. –¿Nadie ha llamado?

–No.

–Estoy tan desesperado como tú. Ninguna de las personas que están investigando tiene novedades. –Marcos frunció el ceño y se levantó. – Háblame otra vez sobre esa noche...

–Ya te dije todo.

–Lo sé, pero quizá antes no estaba pensando claro. –Estiró las manos frente a él, –Iñaki manejó hacia la montaña, ¿cierto? Tú ibas en el asiento de al lado.

–Sí...

–Y al llegar al mirador, te vendó los ojos y...

–Y desapareció. –Abigail moría por saber lo que Marcos estaba pensando.

–No puede ser, –Marcos sacudió la cabeza, –te vendó los ojos... –caminó hacia el bar con los ojos cerrados, imaginándose esa noche. –Y sin ningún ruido, ninguna señal... no es posible.

–Marcos,

–Te creo, Abi, solo estoy intentando seguir la lógica de esto. ¿Dijo algo

antes de llegar? ¿te habló del trabajo o algo?

–No.

–Nada, ni sus planes, ni de la sorpresa, ni nada.

–¿Por qué la interrogación? –Abigail se levantó incómoda.

Marcos la miró en silencio.

–Te dije que se había ido. También a mi me parece ridículo que se lo hayan llevado sin darme cuenta.

Marcos asintió lentamente.

–¿Debo preocuparme? –Abigail se frotó los brazos.

–No, –sonrió mientras se acercaba a abrazarla, pero su sonrisa no tocaba sus ojos. –No te quise incomodar, tranquila. –Marcos la abrazó con la mirada ausente.

El abrazo era distinto, Abigail sabía que Marcos estaba pensando en una teoría que no estaba compartiendo con ella. Sabía que tenía que tener mucho cuidado con lo que venía después.

5

Germán estaba concentrado en la pantalla, mientras Abigail caminaba de un lado a otro de su oficina.

–¿Nuevos clientes? –Abigail tocó los papeles que estaban encima de su escritorio.

–Empresas fantasma. –Germán los miró de reojo, y regresó la vista a la computadora.

Abigail se sentó frustrada en el sofá. Diecinueve días, repetía en su mente.

–Ya está. –Germán volteó la pantalla de la computadora. –¿Esto es lo que estamos buscando?

Se acercó a la pantalla y asintió satisfecha, –espera, tomaré una foto. – Sacó su celular y se aseguró de tener todos los nombres de los invitados de la cena del año pasado. –Gracias, me voy corriendo.

–¡Abi! Te quería preguntar... ¿Marcos sigue en tu casa?

–Sí, esta mañana vi una maleta en el cuarto de visitas. Creo que no piensa irse a ningún lado.

Germán asintió lentamente. En su rostro se reflejaba consternación y curiosidad, pero no hizo más preguntas.

–Te veré pronto.

–Sí hija, cuídate.

Marcos vio a Abigail salir del edificio y subirse a su coche. Pensó en seguirla, pero prefería averiguar lo que había estado haciendo ahí. Se acomodó la corbata y subió el ascensor hasta el quinto piso.

–¡Marcos! No esperaba verte. –Germán le abrió la puerta indicándole que pasara. –Tengo una reunión en unos minutos, así que dime, ¿qué te trae por aquí?

–Vi salir a Abigail, ¿qué quería?

Germán lo miró extrañado, –¿pasó algo?

–Tengo algunas dudas sobre todo el tema con Iñaki... bueno, pienso que quizá ella tenga algo que ver con su desa-

–No te atrevas. –Germán interrumpió seriamente. –Ni siquiera lo pienses.

Marcos se sentó en el sofá, frustrado. –¿Tú no lo has pensado?

–¡Pero qué rayos estás diciendo! ¿perdiste la cabeza?

–Ya sé cómo suena. –Marcos lo miró entrecerrando los ojos. –Pero debes admitir que es una posibilidad-

–Vete de aquí, Marcos. –Germán se levantó sin dejarlo terminar. –Si eso es lo que estás haciendo pegado a ella, será mejor que te alejes. Te lo advierto, tú serás mi sobrino, pero Abigail es como mi hija.

Los labios de Marcos se alzaron en una sonrisa fingida. Caminó hacia el elevador sin decir palabra alguna. Sabía que Germán era un hombre cerrado pero esperaba que su posición fuera más abierta si se trataba de su hijo. Quizá él era el único al que realmente le afectaba la desaparición de Iñaki. Por un momento se preguntó si él estaría igual de tranquilo si no estuviera en esa posición, ¿seguiría desesperado por encontrarlo? ¿era a su amigo al que estaba buscando, o solo al socio que lo había metido en problemas?

En el sendero que llevaba a la casa club y a las cabañas, Abigail se encontró a su vecina paseando a un maltés. La señora Judith tenía un vestido blanco esponjado, y un sombrero del mismo color.

–¡Señora Judith! ¿Ha visto a Ramón?

–Alto Fifi, –le dijo la señora a su perra. –¡Ese holgazán no debería de regresar!

–Pensé que lo habían vuelto a contratar.

–Sí, y al ver el mantenimiento que había que hacerse se volvió a ir. ¿Puedes creerlo? Ya están buscando a alguien más, espero que encuentren a alguien menos vagabundo. –La señora Judith se aclaró la garganta, –bueno, a mí me da lo mismo, que los Hernández lo arreglen, ni siquiera ponen pie en ese sitio pero son sus cabañas, ¿no? Ya me imagino el dinero que están perdiendo por tenerlas en esas condiciones y sin rentarlas...

Abigail apretó los labios, asintiendo.

–¿Alguna novedad de tu esposo?

Abigail sacudió la cabeza, –me da pena admitirlo, pero parece que se ha ido del país.

–No me digas, –la señora se llevó una mano a la barbilla. –¡Qué escándalo! No me imagino lo que dirán en el club.

–Supongo que le puede pasar a cualquiera...

–No lo creo. –La señora Judith arrugó la frente, por supuesto que esas cosas no le pasarían a ella. –Tengo prisa, pero lamento mucho tu vergonzosa situación.

–Lo sé. –Observó a Judith marcharse, seguramente tenía que apresurarse a contar el chisme. Abigail sabía que los hombres que habían ido a la cena habían sido los primeros en contarles a todos en la casa club al día siguiente. No había pasado ni siquiera un día cuando los vecinos y todos los que iban a la casa club se habían enterado. Al menos podría caminar tranquila, la

desesperación de Judith había hecho que ni le preguntara lo que estaba haciendo ahí.

Abigail percibió el mal olor al abrir la puerta de la cabaña. Llevaba varios días cerrada y la humedad se había concentrado. Se preguntaba si las demás estarían en la misma condición que esa, y si seguía siendo seguro tener a Iñaki ahí. Hasta ahora había estado al pendiente de Ramón, de haber aparecido, ya habría tenido que inventarle alguna excusa para que no intentara entrar a la cabaña.

–Regresó la asesina...

Abigail se sorprendió de escucharlo aburrido. –No soy una asesina.

–Me apuntaste con un arma.

–No pensaba cargarte hasta aquí.

–¿No te daba lo mismo secuestrarme en nuestra casa? –Iñaki miró la bodega irritado. –No tenías que haberme arrastrado por esa escalera y tirarme en este basurero.

–Marcos te habría encontrado. No ha salido de la casa desde que te fuiste.

–¿Desde que me fui?

–Eso piensa él.

Iñaki la miró incrédulo, –no... no te creo.

–¿Te imaginas si supiera que esa noche mientras bebía como estúpido en la sala tú estabas en la cajuela? –Abigail soltó una pequeña risa.

Iñaki alzó una ceja, sin encontrarle lo gracioso. Después frunció el ceño, –¿mientras bebía?

–¿No te digo? Marcos se ha estado quedando en la casa desde el miércoles.

Iñaki desvió la mirada. Era obvio que no le gustaba en lo absoluto pero parecía estar pensando en una explicación lógica.

–¿Por qué no se va, Iñaki? ¿qué le da miedo que encuentre?

–¿No has pensado que solo te está cuidando de algún psicópata que quiera secuestrarte?

Abigail sonrió. –De hecho, creo que sospecha que fui yo.

Iñaki alzó la cara orgulloso. –Le doy un par de días para que se de cuenta de lo que está pasando, y ahora sí... aguas, Abi. No vayas a decir que no te lo advertí.

–No sé. A veces pienso que está solucionando sus problemas y quizá le convenga seguir sin ti. Si su mundo se deshace cuando desapareces, quizá se esté dando cuenta de que no puede depender de ti...

–Marcos no puede solucionar sus problemas. No conmigo aquí adentro.

–Está organizando la cena que cancelaste.

–¿El evento de la ULAP? –eso despertó el interés de Iñaki. –¿A qué estamos? ¿cuándo lo va a hacer?

–El viernes 30. Y quiere que sea su acompañante.

–Lo estás inventando.

–No, lo digo en serio.

–¿Por qué no me sueltas de una maldita vez? Esto se empieza a poner incómodo.

–¿Incómodo? Esto se va a poner insoportable.

–Estoy hasta la madre de que vengas aquí y no digas nada. No sé cómo quieres que te lo pregunte, ¿qué es lo que quieres? ¿qué ganas con tenerme aquí?

–Quiero que me digas sobre el capitán.

–¿Para qué? ¿qué vas a hacer cuando tengas tu valiosa información? ¿matarme?

Abigail se quedó en silencio, mirándolo.

–No finjas ser una blanca palomita, Iñaki. ¿Crees que no sé cuál era tu estúpida sorpresa? ¿crees que no sé que me llevaste al mirador para tirarme de ahí? –Abigail se levantó de la silla con las manos temblando, –tú me querías matar a mí, yo solo me adelanté a ¡tu estúpido plan! –Abigail aventó las cajas del otro lado de la habitación.

Iñaki miró por la ventana, los gritos de Abigail seguro llamarían la atención de alguien.

–No hay nadie afuera, –dijo Abigail limpiando una lágrima y sentándose de nuevo.

Iñaki se mordió un labio, pero se quedó en silencio.

–Sé más de lo que crees, y te mentiría si te dijera que no pensé en matarte en el mirador... podría haber sido en defensa propia.

–¿Por qué no lo hiciste?

Abigail alzó un hombro, –no me sirve de nada que te mueras si alguien más lleva tus planes acabo... Además yo no te odio.

Iñaki lo consideró por un momento, alzó la cabeza, recargándola en la pared. –¿Quién te ayudó?

Abigail lo miró sin responder.

–Es imposible que tú hayas descifrado todo esto sola, así que dime, ¿quién te ayudó?

–Me sigues subestimando.

Iñaki entrecerró los ojos, y suspiró. –Muy bien, te seguiré la corriente. Tú sola ideaste todo esto para... ¿sacarme información? –Se enderezó, –hagamos una cosa. Dime lo que sabes, y te diré si estás bien o mal. No te contaré nada más ni responderé otras preguntas, pero supongo que te lo debo.

Abigail lo miró irritada. –Lo que quieres es saber qué es lo que yo sé. – Iñaki no respondió pero quizá esa sería la única forma de sacarle algo. Se levantó nuevamente y caminó de un lado a otro, pensando.

–Cuando nos casamos trabajabas para tu papá, pero te independizaste un año después y vivíamos de la fotografía porque Marcos y tú apenas estaban empezando...

Iñaki asintió.

–Empezaste a trabajar muchas horas y dijiste que habías perdido todo mi dinero en una inversión... los pleitos casi nos cuestan el matrimonio pero unos meses después compraste la casa en Ocre, fingiendo que todo mejoraría... ¿Por qué no accediste al divorcio si ninguno de los dos nos tolerábamos?

–Esa no es una pregunta de sí o no.

–¿Te pedía tu jefe que estuvieras casado?

–¿Mi jefe? Me independicé, ¿no lo recuerdas?

–Federico Gaitán nunca fue tu cliente, Iñaki, desde el principio fue tu jefe. Aunque no lo quieras ver así.

–De acuerdo, la respuesta es no.

–¿No te pedía que estuvieras casado?

–Me pedía un ciervo. –Contestó frustrado, –eso eras tú. Y no me preguntes lo que es un ciervo, te dije que respondería sí o no.

Abigail tomó una nota en su mente. Después averiguaría lo que eso significaba. –¿El capitán trabaja con Federico?

–No.

–Entonces el capitán era tu salida... Tuya y de Marcos. Se hartaron de Federico y el capitán les ofreció una salida.

Iñaki sonrió, inseguro de responder.

–¿El capitán era su salida o no? –Abigail alzó la voz, desesperándose.

Iñaki asintió suspirando. –Muy bien, Abi. Muy bien.

–¿Él te pidió que me mataras?

Iñaki apretó los labios y sus mejillas se arrugaron, dudando. –La respuesta es complicada,

–Pensé que dirías si o no. Así que hazlo sencillo.

Iñaki la observó como si la estuviera viendo con nuevos ojos. No era la Abigail que conocía, tal vez era solo una fachada, pero no reconocía a su esposa en esa mujer. –No te odio.

–Entonces tienes una forma extraña de demostrar tu afecto. –Abigail sacudió la cabeza, –nada de eso importa, no estoy aquí para pedirte una disculpa. –El celular de Abigail la distrajo, al ver el número miró a Iñaki. – Regresaré después, esto es importante.

–¿Quién es?

Abigail le acercó una caja con botellas de agua. Miró sus manos atadas y lo consideró un momento, –tendrás que ingeniártelas. –Dijo y se dirigió al barandal.

A diferencia de las otras ocasiones, Iñaki no gritó desesperado. Él también estaba analizando su encuentro y evaluando si lo que sabía Abigail era suficiente para en efecto, echar a perder todo.

Abigail se aseguró de que no hubiera nadie cerca al responder la llamada. Del otro lado del teléfono, una mujer le habló en un tono urgente, diciendo que tenía información importante.

–Dos de las ocho organizaciones criminales del municipio pertenecen a Santa Lucía.

–Pensé que era solo una, ¿no están sus negocios en el exterior?

–Olvida eso, no vas a creer lo que te voy a decir. Las otras seis corresponden a un solo grupo. Los Talismanes.

Abigail sintió un escalofrío al pensar en quién podría ser tan grande como para mover tantas organizaciones, –¿Tienen algo que ver con Santa Lucía?

–No, pero creo que tienen que ver con el capitán.

–¿Por qué lo dices? Ni siquiera estamos seguros si el capitán está involucrado. Él podría ser una salida legal que accedió a ayudarlos de forma corrupta.

–Abigail, no creo que el capitán esté involucrado, creo que es la cabeza.

Abigail escuchó un sonido de cohetes explotando uno tras otro, seguido por el tono de desconexión de la llamada.

La llamada se había perdido de la forma más aterradora y ahora Abigail tenía información tan peligrosa como incierta. Si el capitán era quien su contacto pensaba, Federico Gaitán era su menor problema. Corrió a la casa, y se recargó en la puerta sin aliento.

–Te estuve esperando. –Marcos abrió la puerta, –tu coche estaba aquí, ¿en dónde estabas?

Abigail lo miró aún recuperando el aliento. –Creo que Seidi está muerta.

–¿La reportera? ¿cómo sabes?

–¿Cómo que cómo lo sé? ¡Trabajé con ella! –Abigail lo empujó para pasar a la casa.

–No sabía que eran amigas... –Marcos respondió caminando detrás de

ella.

Abigail se tiró en el sofá.

–¿Qué pasó?

–Me habló su mamá. –Abigail no supo que otra cosa decir. –Dice que estaban hablando cuando escuchó un tiroteo y se cortó la llamada.

Marcos asintió lentamente. –Lo siento mucho, –se sentó a un lado de Abigail. –Eso pasa cuando la gente se mete en asuntos de los que debería mantenerse alejada.

Abigail lo miró con furia. Marcos se aclaró la garganta y caminó a la oficina de Iñaki.

–¿No crees que es momento de irte a tu casa? –Lo siguió y detuvo la puerta de la oficina antes de que Marcos pudiera cerrar.

–Tengo que hacer una llamada. ¿Te parece si lo hablamos después?

–No tenemos nada de qué hablar. Esta es mi casa, Marcos. No lo olvides.

Marcos la miró atónito. –¿Dije algo que te hiciera enfadar?

Abigail notó la pistola que traía en el pantalón, era la primera vez que lo veía armado. Podría haber explotado, podría haber dicho todo, pero se mordió la lengua. –Mi amiga puede estar muerta, tu comentario me pareció completamente fuera de lugar.

–Tienes razón, lo siento mucho. Me conoces, Abi. No tengo filtro al decir lo que pienso. Déjame compensarte, –se acercó a ella, –prepararé algo especial para el evento.

Abigail sintió un nudo en el estómago que se coló a su rostro en forma de sonrisa nerviosa. Se aclaró la garganta, intentando recuperar su voz, –me tengo que ir. –Fue todo lo que pudo decir.

–Acabas de regresar.

–Iré a ver a tu papá. Sé que Seidi es amiga de Isabela, a lo mejor ella sabe algo, ¿quieres venir?

–¿A ver a Isabela? No, gracias.

–Entonces supongo que te veré después.

Marcos asintió con una sonrisa, y la miró marcharse.

Abigail vio un Civic plateado a la orilla de la carretera. Sacó su teléfono e intentó llamar a Isabela, pero la llamada se fue directo a buzón. Al ver el retrovisor, vio al Civic acercándose, y se hizo a un lado para dejarlo pasar, nuevamente intentando llamarla.

–¿Bueno? –Jorge respondió el teléfono.

–Hola Jorge, ¿está Isabela contigo? –Abigail preguntó, mirando al Civic en el retrovisor, se acercaba deprisa y seguía en el mismo carril detrás de ella. Instintivamente, Abigail apretó el acelerador.

–Te llamo después. –Abigail colgó sin escuchar la respuesta de Jorge, sintiendo sus piernas entumirse con pánico.

El Civic estaba polarizado, Abigail no alcanzaba a ver el interior, pero el golpe llegó pronto. La defensa del Civic la empujó haciéndola desviarse del carril, pero rápidamente Abigail tomó con fuerza el volante, controlando su dirección. Pisó el acelerador a fondo, sin darse cuenta que rebasaba los 200 kilómetros por hora. Aún a esa velocidad, el Civic seguía detrás de ella. Abigail comenzó a sudar, un impacto a esa velocidad la mataría con seguridad. Cambió de carril y el Civic también lo hizo. Se acercaba a la ciudad, estaba a unos cuantos kilómetros de la desviación y seguía sin poder bajar la velocidad. El Civic la rebasó, haciendo que el corazón casi se le saliera del pecho, y se alejó como si nada hubiera pasado.

Abigail exhaló sin darse cuenta de que había estado aguantando la respiración. No alcanzó a ver las placas, ni a la persona que iba dentro, ni nada. Solo sabía que un Civic plateado le había dado una advertencia.

Al llegar a la ciudad se metió al estacionamiento de un centro comercial mientras sus manos dejaban de temblar. La última vez que había sentido tanto miedo, había sido en la noche de su décimo aniversario, si no hubiera reaccionado a tiempo, su cuerpo estaría al fondo del mirador, probablemente sin ser encontrado aún.

Se sacudió el pensamiento y respiró profundamente, cerciorándose de que no hubiera ningún Civic plateado cerca. No quería ir a casa de Jorge, solo quería regresarse a su casa y encerrarse en su cuarto, pero sabía que eso era parte de lo que estaba haciendo. Su investigación probablemente había cobrado ya a su primera víctima, a Seidi, y quizá la segunda sería ella. Abrió la guantera para asegurarse de que las memorias seguían ahí. Cerró el compartimiento y arrancó nuevamente, siguiendo su destino a casa de Jorge.

Veinte minutos después se estacionó frente al edificio. Al bajarse, notó que el coche de Marcos estaba estacionado afuera. Alzó la vista, y en el balcón vio a Marcos y a Jorge asomados. Alzó una mano lentamente, como en gesto de saludo, pero estaba confundida de verlo ahí.

Subió por el elevador preguntándose qué hacía Marcos ahí, claramente había cambiado de opinión, pero no sabía si solo quería asegurarse de que Abigail no le hubiera mentado. Le pareció absurdo, una llamada habría arreglado el asunto. ¿Por qué querría estar ahí? ¿Marcos temía que su padre también le escondiera información?

–Me preocupaste en tu llamada, ¿pasó algo?

Abigail sacudió la cabeza, –hola Jorge, tenía poca señal. Pensé que no venías. –Agregó mirando a Marcos.

–Cambié de opinión. Fui un patán en tu casa y no quise que pasaras por esto sola.

–¿Pasar por qué?

Jorge preguntó al mismo tiempo que Isabela salía de la cocina con una charola y dos tazas de café.

–Abigail, no te escuché llegar, ¿quieres tomar algo?

–No, gracias.

Marcos cruzó los brazos, esperando a que Abigail sacara el tema. Abigail se aclaró la garganta, –Isabela, ¿sabes algo de Seidi?

Isabela miró a Marcos, y después a Abigail. –¿Mi amiga? –sonrió, –no, ¿por qué? Tiene mucho que no hablo con ella, –de una forma extraña, dejó la charola en la mesa y caminó hacia la cocina. –¿Un café? ¿té?

Marcos la miró extrañado, y Jorge la siguió a la cocina. Abigail miró a Marcos, –aprovechando que estás aquí, –dijo cambiando el tema, –¿conoces a alguien con un Civic plateado polarizado?

–¿Por qué lo preguntas?

¿No puedes solo contestar la pregunta? Pensó. –Me venía siguiendo en la carretera, no sé si trataba de asaltarme o si podía ser alguien conectado a Ñaki.

–¿Te atacaron? –el tono de Marcos parecía sincero.

Antes de que Abigail pudiera responder, el celular de Marcos sonó y se salió al balcón para contestar. Abigail lo miró de reojo, no parecía estar recibiendo buenas noticias. Caminó de un lado a otro y de pronto entró al departamento buscando el control del televisor, aún con el teléfono al oído.

Elementos de la Fiscalía General de la República y de la secretaría de Marina Armada de México detuvieron a Gerardo, alias el Despeinado, a Romina Gaitán, la hija del empresario Federico Gaitán, quien supuestamente desempeñaba como operadora financiera del grupo delictivo, y a veintidós sujetos más tras el cumplimiento de dieciséis órdenes de cateo en domicilios de la Ciudad.

Marcos colgó el teléfono, y miró fijamente la pantalla.

Siguen ataques de periodistas. La mujer encontrada sin vida a las quince horas de este día lunes a unos trescientos metros del cruce de

Istepán, municipio de Síbano, ha sido identificada como Seidi Majares, reportera y colaboradora de diferentes medios de comunicación, se desconoce la causa de su muerte, aunque de forma extraoficial se dijo que el cuerpo presenta al menos cinco impactos de bala, hasta ahora las autoridades no han brindado información al respecto.

Marcos apagó la televisión y salió nuevamente al balcón, marcando un número en su teléfono. Abigail se quedó parada pensando en lo que eso significaba.

–Así que está muerta. –Jorge estaba parado afuera de la cocina.

–Sí.

Jorge miró hacia el balcón, –¿con quién habla?

–No lo sé. –Abigail sacudió la cabeza, –¿Isabela está bien?

–Manteniéndose ocupada. –Jorge apretó los labios con la intención de una sonrisa.

–La llamaré más tarde.

–Está bien. –Jorge se frotó las manos. –¿Marcos se queda?

–No lo sé, pero cuando cuelgue, ¿le dices que me fui a mi casa?

–Sí, claro. –Jorge lo observó, –se ve preocupado.

–No le cayó muy bien el arresto de la hija de Federico Gaitán. –Abigail alzó las cejas.

–Germán se los advirtió, –Jorge alzó un hombro. –Esos clientes te llevan a la ruina, y no hablo de dinero.

–Lo sé. –Abigail se despidió de él, –nos vemos después.

Al entrar a la calle Ocre, Abigail vio una moto estacionada afuera de su casa. Eran las cinco con cincuenta pero parecía más tarde, las nubes

destellaban, anunciando la tormenta que se acercaba.

Abigail vio a un señor recargado en la puerta. Se bajó del coche y se frotó los brazos al sentir el viento.

–Nos conocimos antes, –el señor se acercó a estrechar su mano, Abigail lo reconoció como uno de los supuestos policías que la habían visitado. –Me dicen Capitán.

6

Marcos seguía al teléfono cuando vio a Abigail subirse a su coche. –¿A dónde fue? –se asomó para preguntarle a su padre.

–Dijo que iba a su casa. ¿Todo bien?

Marcos golpeó el barandal del balcón con el puño, y entró a la casa. –Sí, aquí sigo, –respondió cortante al teléfono, dirigiéndose a la salida.

–Marcos espera, –Jorge intentó detenerlo, –quédate, hablemos.

Marcos quitó el brazo bruscamente, y no se molestó en cerrar la puerta al salir.

–Maldita sea, –Jorge azotó la puerta. –No sé qué hacer. –Le dijo a Isabela, quien solo lo miró en silencio.

La voz de Federico retumbó en las bocinas del coche. –¡Me las va a pagar ese cabrón! ¿Me escuchas? ¡Quiero que lo hundas! ¿En cuánto tiempo llegas?

Marcos miró la hora; no pensaba ir a casa de Federico, sabía que Abigail le ocultaba algo y solo era cuestión de esperar cerca de ella a que cometiera un error.

–Estoy ahí en veinte minutos, –Marcos colgó el teléfono y golpeó el volante. –¡Me lleva!

El capitán tenía la cabeza rapada con patillas delgadas que parecían conectarse con la recién rasurada barba. Abigail podía oler el anís de su loción aún a varios pasos de dónde él estaba parado.

–¿Por qué no entramos? –El capitán abrió el saco, mostrándole el arma.

Sin poder correr o esconderse, miró al capitán a los ojos, imaginando cómo habría matado a Seidi y ahora seguía ella.

–No me quieres tener esperando, princesa. –Presionó el capitán con una sonrisa retorcida.

Abigail forzó a sus pies a moverse. Caminó hacia la casa, mirando de reojo hacia el capitán e intentando no darle la espalda. Dio vuelta a la llave apretando los dientes, algo tenía que hacer.

El capitán se sentó en el sofá y subió los zapatos a la mesa del centro, dejando manchas de lodo sobre la mesa caoba. Abigail se recargó en la pared y cruzó los brazos para ocultar el temblor de sus manos.

–Bueno, bueno, –suspiró el capitán. –¿Por qué no te sientas? Estás en tu casa, –sonrió, entretenido.

Abigail se sentó en la orilla del sofá frente a él, quería estar lista para correr si fuera necesario, aunque dudaba que eso le sirviera de algo.

–¿Sabes qué estoy haciendo aquí?

Abigail sacudió la cabeza, parecía haber perdido la voz.

–Oh vamos, vine hasta las montañas para tener una buena conversación, no me dejes hablando solo, o ¿es que todavía crees necesitar esa orden?

–Si no, –Abigail se aclaró la garganta, –si no eres policía, ¿quién eres?

–No, –rió incrédulo el capitán. –No pretendas hacerte la ingenua. Tienes una idea de quien soy o no habrías reaccionado así al verme aquí afuera. –Sacudió la cabeza, –¿sabes qué? No importa, estás a punto de descubrirlo.

El teléfono de Abigail sonó, y ambos se quedaron en silencio. La mirada del capitán era intensa, Abigail lo dejó sonar manteniendo su mirada en la de él.

–A lo que vine, –dijo el capitán cuando el teléfono dejó de sonar. –¿Qué sabes de tu esposo, princesa? ¿te dijo a dónde fue?

Abigail negó, apretando los dedos. –No tengo idea.

–Ts, ts, ts, Abigail, tenme confianza, seamos amigos.

–En realidad no lo sé.

El capitán se enderezó quitándose el saco, y puso su arma sobre la mesa. Abigail la miró.

–Eres muy inteligente. Si yo supiera lo que tú sabes, también intentaría hacerme el loco para mantenerme con vida... pero ya es muy tarde para eso, Abigail.

–Mi esposo y yo nunca hablamos del trabajo. Yo no sé nada sobre sus casos, ni-

–Tranquila. –La interrumpió poniendo una mano sobre la de ella. –Deja que yo haga las preguntas, y ya veremos si realmente sabes o no. –El capitán tomó su arma, levantándose. Se dirigió a la puerta y dejó entrar a dos sujetos.

–Ya está, jefe. Marcos no será un problema.

–¿Qué le hicieron?!

El capitán asintió, los dos hombres salieron y se pararon frente a la casa, vigilantes. El capitán caminó hacia ella, y puso una mano áspera en su barbilla, con la otra mano alzó la pistola y la puso sobre su sien. –Aclaremos una cosa, yo seré quien haga las preguntas. Tendrás que confiar en mí, dulzura.

Abigail sintió rabia, y en su mente lo llamó de mil formas, pero no hizo nada. Esperó a que el capitán bajara el arma y se sentara nuevamente.

–Como podrás imaginar, no hago tratos con cualquiera, pero Iñaki es bueno, es inteligente, y lo más importante, tiene un contacto que me interesa. En mi negocio hay muchas cosas que pueden salir mal, y su contacto tiene una visión que puede evitarme muchos problemas. –El capitán sacudió el arma, –

pero también puede crearlos.

–No sé en dónde está. –Repitió Abigail en voz baja.

–Te lo pondré de esta forma. Estás viva porque puedes ser útil. Si sigues intentando convencerme de lo contrario, no tendré motivos para mantenerte con vida. ¿Me entiendes? –El capitán se levantó y sacó un teléfono de su pantalón. –La reportera estaba hablando contigo cuando sufrió un altercado. –Dejó el teléfono sobre la mesa.

Abigail notó la sangre en el teléfono, y supo que era de Seidi.

–Seidi solo me estaba ayudando a encontrar a mi esposo.

El capitán frunció el ceño, –¿de veras? yo pensé que estaba eliminando a Santa Lucía.

–No sé que es eso.

El capitán suspiró irritado, alzó el arma hacia Abigail y jaló el gatillo con un estallido que hizo eco en las paredes. Inclino ligeramente la cabeza y bajó el arma nuevamente.

Abigail tenía los ojos cerrados y las manos en los oídos. *Estoy viva*, pensó. Por encima de su cabeza, la bala había hecho un hueco en la pared.

–¿Qué te dijo la reportera?

–Que había una banda más grande que Santa Lucía.

–¡Una banda! ¡Pf! Somos una organización, no una banda... –El capitán sacudió la cabeza, riendo. –¿Te dio el nombre de esta banda?

–No.

–¿Estás segura? –El capitán alzó el arma nuevamente.

–Estoy segura. –Respondió tensa.

El capitán asintió lentamente y miró hacia el bar. –¿Te importa? –caminó al bar e inspeccionó las botellas. –Santa Lucía es la segunda organización más importante del país... sin embargo, para mi son insignificantes, de hecho no me interesa lo que sepas de ellos.

Abigail miró hacia afuera, uno de los hombres estaba asomado por la ventana. Quizá el balazo le había dado curiosidad.

–Hice un par de tratos con ellos, –continuó el capitán, –pero con la reporterita se empezaron a convertir en una piedra en mi zapato. Te mentiría si te dijera que me ponen en riesgo, es como si un mosquito está rondando en la habitación mientras duermes, no es un riesgo, solo es increíblemente molesto... Ya sabes, primero van a hacerles preguntas a ellos, luego vienen a hacerme preguntas a mí, y es... incómodo. Francamente, no me gusta lo incómodo. –Le ofreció un vaso de tequila a Abigail.

–No entiendo, ¿para qué me estás diciendo todo esto? –Abigail se movió incómoda en el asiento, apretando el vaso entre sus manos.

–Nada se mueve en este país sin que yo lo sepa. Nadie sale ni entra, sin que yo lo sepa. Nadie esconde nada en una piedra, sin que yo lo sepa. ¿En dónde está tu esposo?

–Ya te dije que no lo sé.

–No te creo... –El capitán agitó un dedo. –Pensé que Federico Gaitán había descubierto su plan y lo había mandado a matar. Eso era lo más lógico... pero entenderás mi sorpresa al saber que ellos no habían tenido nada que ver con su desaparición.

–Quizá te mintieron.

–Nadie se atrevería a hacerlo. –El capitán negó con la cabeza. –No. Varios murieron por esa información, y de unas formas que tu cabecita no podría imaginar. –Su mirada se volvió amenazante.

–Iñaki se fue sin decir con quién, ni a dónde. No te puedo decir nada más.

–¿No puedes? ¿o no quieres? Hay una gran diferencia. Joel puede hacer que te acuerdes. ¡Potro!

El hombre que entró a la casa tenía un cuchillo en la mano. Abigail se levantó del sofá, alerta.

–Su especialidad es sacar información, así que, si no tienes idea de dónde está Iñaki, a lo mejor me puedes decir si te habló de su contacto. Murieron más de quince hombres de Santa Lucía por esa información.

La mirada de Abigail se iluminó con las palabras del capitán. Le había dado una salida. Abigail alzó una ceja, –no vas a matarme.

–Sabía que cooperarías.

–No, no vas a matarme porque no quieres que nadie se entere de Ernesto Paredes. No te preocupa que hayan matado a Iñaki, te preocupa que esté vivo, porque aunque Santa Lucía no es una amenaza, Ernesto Paredes sí lo es. ¿Me equivoco?

El capitán la miró boquiabierto. Tras unos segundos comenzó a aplaudir. –Bravo, bravo. Hace tiempo que alguien se atrevía a chantajearme.

Joel la empujó contra la pared y puso el cuchillo en su cuello. El capitán la miró.

–Tengo toda la información de Ernesto Paredes. No necesito a Seidi para que salga a la luz, ni necesito estar viva para hacerlo, tampoco.

El rostro del capitán se puso rojo. Le hizo una señal a su hombre para que se quitara.

–Acabas de firmar tu sentencia.

–Te haré un trato. –Abigail lo miró con seguridad. –El día del evento te daré la información.

–¿Cómo sé que no hay copias?

–Tendrás que confiar en mí, dulzura. –Abigail escupió las palabras tal y como las había dicho él. –El día del evento, te daré todo lo que hay sobre Ernesto Paredes y Josué Lavalle.

–¿Por qué esperar? ¿qué te hace pensar que no te mataré apenas lo tenga?

–Creo que te darás cuenta de lo útil que puedo ser.

El capitán sonrió, pero su sonrisa era tensa, nerviosa. –Tienes pantalones, mujer. Qué lástima. –El capitán miró a su hombre y movió la cabeza para que se fueran.

Abigail los miró marcharse. Uno de los coches se detuvo más adelante. Ella sabía que a partir de ese momento ese coche la seguiría a todos lados. Exhaló y cerró los ojos, apoyándose en la pared. ¿Qué había hecho? Ya podía darse por muerta.

–Ya hablé con Cruz, Romina no tendrá que esperar las setenta y dos horas, estará fuera mañana mismo. –Le informó Marcos a Federico, en cuanto le abrió la puerta.

–¿Quién les dijo?

–No lo sé.

–Renán dio la orden del operativo, pero quiero saber ¿quién chingados le dijo a Renán? –Federico caminó hacia la sala casi empujando al señor Jaime que cargaba la bandeja con bebidas.

Marcos lo siguió en silencio.

–Owen Pratt canceló. –Federico le informó a Marcos. –No viene a la cena.

–Recibí su mensaje. –Respondió Marcos, incómodo. –Pero enviará a su representante.

–No, creo que este año no lo haremos.

–¿Cancelarlo? Eso es una locura, Federico. Es lo único que está manteniendo la paz entre todos.

–Él cree que es un peligro con todo lo que está pasando. Dime Marcos. ¿Es un peligro?

–No, Renán ordenó un operativo, pero él no sabía que tu hija estaría ahí.

–Me importa un carajo lo que él sabía, me los voy a chingar.

–No quieres empezar una guerra contra los federales, el capitán no lo permitirá.

Federico soltó una risa histérica, –¿el capitán no lo permitirá? ¡El capitán asesinó a quince de mis hombres! ¡Los federales y el pinche Capitán se van mucho a la chingada!

–Federico, no estás pensando claramente. La cena es en unos días, y aunque Owen Pratt no esté ahí, va a estar su gente, ¿crees que querrán seguir haciendo negocios contigo si se enteran de que te fuiste a la guerra con todos?

Federico se sentó considerándolo. –Sube la cuota.

–¿Qué?

–Sube la cuota del evento. Cobra el doble. El capitán hace alianzas billonarias a nuestras expensas, esta vez le va a salir más caro.

–Federico-

–¡Solo hazlo, Marcos!

–Está bien, lo haré. –Marcos alzó una mano, tranquilizándolo.

–Y asegúrate de que esté ahí el capitán. Le tendré una sorpresa.

–¿Qué piensas hacer?

–Deja que yo me encargue. –Marcos miró hacia la puerta.

Marcos sacudió la cabeza y salió. Nada bueno podría salir de eso. *¿Qué haría Iñaki en su lugar? Se preguntó mientras se subía al coche, nada. Respondió, nada, porque nada de esto pasaría si él estuviera aquí.*

Abigail marcó un teléfono mientras revisaba la información de las memorias en la computadora de Iñaki. Una mujer le contestó enseguida.

–El capitán estuvo aquí. Seidi tenía razón, no es quien nosotros pensábamos, no hay forma de salir de esta.

–¿Qué quería? ¿le hablaste de Iñaki? –la mujer preguntó.

–¡Por supuesto que no! Pero le dije que sabía sobre Ernesto y Josué.

–¡¿Por qué hiciste eso?!

–Porque el capitán no es un matón cualquiera, es el maldito jefe de los Talismanes. Tienen que hacerse a un lado, esto está completamente fuera de nuestras manos, no teníamos idea de en qué nos estábamos metiendo.

–Creo que teníamos una idea.

–Escúchame. Compré unos días con lo que le dije al capitán. Yo ya no tengo salida, pero tú si. Cancela todo.

–No voy a cancelar nada, ¿estás loca? ¿cuál es tu plan? ¿soltar a Iñaki y entregarle tu cabeza en bandeja de plata a este imbécil?

–Le dije que le daría la información el día del evento, pero no creo que tenga la paciencia, no puede ser tan sencillo. ¿Has hablado con Renán?

–Sí, liberarán a la hija de Federico.

Abigail rio, –¿ves? Si no se quieren meter con él, menos se van a arriesgar con el capitán. Todo esto es una pérdida de tiempo.

–Renán no está solo. Hay más gente a la que le interesa mucho el caso, pero necesitamos más información, Abi. No podemos hacer nada con puros chismes, necesitamos evidencia.

–¿Lo que te mandé no es suficiente?

La mujer suspiró del otro lado del teléfono, –es algo... pero necesito fechas, planes, nombres... las identidades son fantasmas, con lo que tenemos hasta ahora a los únicos que podemos fregar son Marcos e Iñaki.

–Genial. –Abigail respondió sarcásticamente.

–Tienes que averiguar el puesto de Ernesto Paredes, Abi. Si logras averiguar eso, quizá tengamos una oportunidad, si no podemos darnos todos por muertos.

–No tiene por qué ser así.

–No seas ingenua, el capitán no se va a conformar con tu cabeza. ¿Quién crees que te seguirá a la tumba, Abi?

Abigail cerró los ojos, y mantuvo el teléfono a su oído aún cuando la mujer del otro lado ya había colgado la llamada. Miró hacia las cabañas, cuando alguien tocó a la puerta.

–Buenas tardes, –un policía estaba a la puerta con un papel en la mano. –
¿Señora Abigail Ventura?

–Sí, –Abigail lo miró insegura.

–Necesito que firme de recibido, por favor.

Abigail leyó el documento, se trataba de un citatorio del ministerio público. –¿Qué es esto?

–Ahí encontrará la información, solo firme aquí de recibido, por favor.

Abigail firmó el papel, y le envió una fotografía a Germán. Unos minutos después, Germán la llamó.

–Iniciaron una investigación, te están llamando en calidad de imputada,

–¿Van a detenerme?

–No, no es una acusación, es más como una oportunidad que te dan para escuchar lo que tengas que decir sobre lo que te están acusando. No te preocupes Abi, conozco al Agente que firmó la carta, lo llamaré ahora mismo.

–¿No me preocupo?

–No, tranquila. Te llamaré más tarde.

–De acuerdo, pues gracias.

–¿Ya llegó Marcos? Me dijo Jorge que salió muy molesto de su casa.

–No ha venido para acá.

–Marcos está actuando extraño, ten cuidado, Abi.

–Sí. Gracias, Germán.

Abigail se puso un suéter y se dirigió a las cabañas. Caminó mirando hacia el suelo, pensando en lo mal que se había puesto su día. Primero con el capitán y después con el citatorio.

Marcos reconoció el coche que estaba parado en la entrada de la calle Ocre, se estacionó frente a la casa, y vio a Abigail alejarse por el sendero.

Abigail bajó las escaleras, extrañada ante el silencio.

Iñaki estaba parado junto a la puerta que daba al baño. Se subió el cierre del pantalón.

Abigail notó que se había liberado, pero del pie corría sangre y la cadena se arrastró en el suelo conforme Iñaki caminaba.

–No te voy a atacar, –Iñaki la miró cansado.

Abigail se acercó a la silla, insegura ante las manos sueltas de su esposo.
–Necesito que me digas tu plan.

–No puedo. –Iñaki se sentó en el rincón de siempre.

–El capitán llegó hoy a la casa y quiere información.

Iñaki alzó las cejas pero no dijo nada.

–Ya sé que el que mi vida esté en riesgo no te hará hablar, pero no creas que voy a doblar las manos. Si te hice esto, fue porque no iba a doblar las manos.

–Lo sé, pero te equivocaste. Yo no quería que sufieras, todo iba a ser muy rápido... pero ahora, –Iñaki sacudió la cabeza, –ya nada puede ayudarte, Abi. El capitán lo sabe todo, siempre. No es alguien de quien puedes ocultar la verdad. Si el capitán fue a verte, me sorprende que sigas entera.

–¿Qué puesto iba a darte, Iñaki? ¿quién iba a ser Ernesto Paredes?

–¿Qué?

–Me escuchaste.

–¿Qué sabes de Ernesto? –Iñaki rio nervioso.

–Es muy guapo, aunque algo engreído, y un completo farsante.

Iñaki entrecerró los ojos. –¿Cómo-

–¿Te acuerdas de mi hermano el cerebritito? Me ayudó a entrar a tu computadora, tengo el pasaporte, y toda la información de Ernesto y Josué. Tú y Marcos. Sus nuevas identidades. Al capitán no le gustó nadita nadita que yo lo supiera.

–¿Qué le dijiste?

–Que le daría la información en la cena.

–Y así de fácil accedió.

–No tuvo mucha opción. Le dije que esa información podía salir... le

convenía hacer un trato conmigo.

–Iñaki sopló con fuerza. –Abigail... vete. Vete del país. –Miró hacia arriba, a la ventana, –tal vez no sea muy tarde, solo vete.

–¿Ahora te preocupa?

–¡Eres una estúpida! ¡Nadie amenaza al capitán! ¡Nadie! ¿No te das cuenta de en qué te metiste? ¿Crees que es tan fácil? ¡No te va a matar y ya!

–¿En lo que me metí? –preguntó indignada, –no, Iñaki, ¡en lo que tú me metiste! Todo lo que he estado haciendo es intentar deshacer el daño que tú me hiciste... ¿tu ciervo? ¡Me usaste! ¿Eso es, no? Un prestanombres... me llegó un citatorio del ministerio porque empezaron una investigación en mi contra, porque por supuesto, ¡nunca pensarían que fuiste tú!

–¡Está bien! ¡Cometí un error! ¿qué querías que hiciera? ¿Que te contara que estabas hasta el cuello de problemas y te convenía más morir?

–¡Ah me ibas a matar para hacerme el favor! –Abigail rio histérica.

–Federico Gaitán estaba arruinando Santa Lucía, cada vez teníamos más problemas y desafortunadamente tú eras la más involucrada en ellos. Cuando llegó el capitán nos ofreció una salida, Marcos y yo no teníamos que hundirnos con Federico. Teníamos que deshacernos de todo lo que nos vinculaba a Santa Lucía, ¡eso fue todo!

–Entre eso estaba yo, era tu conexión a Santa Lucía.

–Pero no ibas a sufrir.

–¿Quién ibas a ser? No creo que Ernesto Paredes fuera a ser el nuevo abogado del capitán.

–¡No puedo decírtelo!

–¡Le diré al capitán que tú me lo contaste! ¡Si caigo yo, tú caes conmigo, Iñaki!

–¡El capitán no lo creerá! ¡El capitán no me tocaría, Abigail!

–¿Por qué no te tocaría? ¡Quién es Ernesto Paredes!

–¡Ernesto Paredes es el nuevo dueño de los Talismanes, Abigail!!

Abigail se quedó paralizada. Sus labios temblaron, y sus piernas cedieron. Se tiró al piso comprendiendo la gravedad de la situación. –¿En qué rayos te metiste, Iñaki? –dijo en un suspiro.

Iñaki suspiró, intentando controlarse. No podía deshacer lo que había dicho, no tenía caso seguir ocultándole las cosas.

–El capitán creo una división para terminar con Santa Lucía. Hace unos años nos pagó a Marcos y a mí para sacarle información a Federico.

–No tiene sentido, el capitán dijo que Santa Lucía no era una amenaza.

–No quiere acabar con ellos porque sean una amenaza, quiere acabar con ellos porque no necesita intermediarios. –Iñaki sacudió la cabeza. –Es cuestión de negocios. Pero la relación entre Federico y Owen Pratt complicó las cosas.

–¿Owen Pratt?

–El dueño de la ULAP. La cena que se hace cada año, es solo un medio para lavar dinero y hacer negocios con otras cabezas.

–¿Qué tipo de negocios?

–Trata de personas, drogas, estafas, falsificaciones... todo lo que se te pueda ocurrir... Hice una buena relación con Owen, al grado de que decidió hacer negocios conmigo en lugar de Federico. De hecho, Owen quería hacer tratos conmigo, y ya.

–¿Con un abogado?

–Hice más de lo que tenía que hacer, Abi. No tienes idea de cómo me involucré. Santa Lucía, los Talismanes, y todos los demás, sabían que el que

realmente estaba empezando a mover las cuerdas en ambos lados, era yo. El capitán no se quiso quedar atrás, me ofreció una gran parte del negocio si lo acercaba a Owen, y eso hice.

–Entonces...

–Para hacer el cambio, nos desharíamos de Iñaki y Marcos. Ernesto Paredes sería el nuevo dueño de los Talismanes, junto con el capitán, con Marcos como mi segundo, y Owen Pratt ordenaría la caza de Santa Lucía.

Abigail sonrió, sorprendiendo a Iñaki.

–¿Qué es lo gracioso?

–Lo siento. Esto es demasiado.

–Ahora que sabes todo, vete. Yo saldré de aquí, pero ¿tú? no es la gente del capitán la que te encontró, Abi. Es mi gente.

Marcos se escondió detrás del generador al escuchar que se abría la puerta de la cabaña. Había seguido a Abigail y aún no estaba seguro si confrontarla ahí mismo sería una buena idea o esperar.

Abigail salió con un semblante pálido y casi corriendo. Marcos la observó marcharse, y salió una vez que estaba fuera de su vista.

Germán no contestaba el teléfono, y Abigail estaba desesperada. Le envió un mensaje mientras se apresuraba a su casa. *–Tenemos que hablar, es urgente.* Ignorando el coche de Marcos, entró a la casa y corrió escaleras arriba, hacia el baño de su habitación. Se miró en el espejo, sintiendo un hormigueo por todo su cuerpo, y su garganta cerrarse. Su respiración se aceleró con la sensación de asfixia. *Estoy teniendo un ataque de pánico,* pensó. Su corazón palpitaba tan fuerte que sentía que en cualquier segundo se detendría. Su teléfono sonó, pero no pudo voltear a ver quién llamaba, solamente sentía miedo. Se dejó caer junto a la taza del baño y apretó sus manos alrededor de sus piernas. Habían pasado diez minutos, pero había sentido como si hubieran sido horas.

Se levantó sintiendo un escalofrío, pero supo que lo peor ya había pasado. Su teléfono sonó nuevamente, esta vez respondió la llamada.

–Germán...

–Abigail, me espantaste, ¿qué pasó?

–Tenemos que hablar, pero no lo quiero hacer por teléfono y ya es tarde, ¿nos podemos ver a las nueve en el café París?

–Sí, está bien, pero, ¿qué fue lo que pasó?

–Te lo diré mañana.

Abigail se asomó por la ventana y observó el coche de Marcos,

probablemente estaría encerrado en la oficina de Iñaki. Puso el seguro de su habitación y se sentó en la cama, pensando.

Eran las cuatro de la mañana cuando Abigail abrió los ojos. Tenía el cuello torcido, se había quedado dormida sentada en una posición incómoda. Encendió la luz, y salió de la habitación intentando mover el cuello. Al bajar la escalera notó la luz de la lámpara encendida, en lugar de ir hacia la cocina, se desvió a la sala.

Marcos estaba sentando junto a la lámpara con una copa en la mano.

–Hola, Abi.

Abigail se frotó los ojos, –¿qué haces ahí?

–Con tantas cosas en la mente me es imposible dormir. ¿Tú?

Abigail asintió, no estaba dormida, pero tampoco estaba completamente despierta. –Voy por agua, ¿quieres algo de la cocina?

–No, qué amable. –La sonrisa de Marcos parecía sincera.

Abigail frunció el ceño ante la extraña actitud de Marcos, pero alzó un hombro y se dirigió a la cocina. Se sirvió agua y observó la luna desde la ventana, el cielo se veía hermoso, lleno de estrellas. De pronto, sintió aire caliente en su cuello, y una voz la asustó en la oscuridad de la cocina.

–Estuve pensando...

El vaso cayó al piso salpicándolos de agua, y partiéndose en pedazos.

–¡Marcos, me espantaste! –Abigail caminó hacia la pared para encender la luz, pero Marcos tomó su brazo, haciendo que sus pies se detuvieran entre los vidrios rotos.

–¡Auch! –exclamó al sentir el filo en sus pies. –¿qué haces? Suéltame.

–Hablemos.

–¿Qué? –Abigail se soltó, irritada. –Estoy descalza, y acabo de tirar un vaso, por si no te diste cuenta.

Al encender la luz, vio a Marcos entretenido, cruzado de brazos y observándola de forma curiosa.

–Estás tomado, –le dijo aún molesta. –¿Por qué no te vas a acostar?

–Creo que me equivoqué contigo, Abi.

–¿Por qué dices eso? –Abigail recogió los restos del vaso, sin mirar a Marcos, pero ya había despertado su curiosidad.

–Te prometí que te hablaría del despacho y de algunas cosas que aún no he hecho.

–No hay problema, –Abigail apretó los labios, y se sacudió las manos. –Entiendo. De verdad.

–No, no tienes que entenderlo, ven, vamos a la sala, platiquemos un poco. Dentro de unas horas va a amanecer y sospecho que será un gran día para ambos.

–¿Por qué?

–Porque es martes 13.

–¿Y?

–Ven, –Marcos tomó su mano y la guió hacia la sala. –Hoy serán seis días desde la desaparición de Iñaki, ¿no?

–Sí.

Marcos asintió, –no creo que regrese. Creo que se marchó y es hora de que empecemos a superarlo.

–Mmmm, ¿ok? –Abigail frunció el ceño, confundida. –¿Es el alcohol hablando?

–No bebí tanto, Abi... Tampoco bebí tanto esa noche, hasta podría decir que me drogaron. –Marcos rio.

Abigail forzó una sonrisa, y miró hacia las gotitas de sangre en la alfombra, alzó su pie, tenía un pedazo de vidrio atorado.

–El punto, es que faltan solo unos días para la cena.

–¿Cuál cena? –dijo quitándose el vidrio.

Marcos vio su pie y después la miró a ella. –El evento de la ULAP. Dijiste que me acompañarías.

–Ah, sí claro. –Abigail sacudió la cabeza, arrepentida de haberse levantado de la cama. –Por supuesto.

–Bien. Ahora, si quieres podemos hablar de los problemas del despacho y todo lo que estaba ocurriendo en el trabajo.

–Es tarde, será-

–O temprano. –Interrumpió Marcos.

Abigail tomó una servilleta del bar y se limpió el pie. –Será mejor que me acueste un rato si no perderé mi oportunidad de dormir.

Marcos sonrió, –como quieras, Abi. Aquí estaré para contestar todas tus preguntas.

Abigail caminó despacio hacia la estancia, intentando no apoyar el pie.

–¡Abi!

Abigail se detuvo sin voltear a verlo.

–¿Estuviste decorando?

–¿Cómo?

–La pared. Ese hueco no estaba ahí antes. –Marcos dijo desde el sofá.

Abigail dudó pero no contestó, dio la vuelta y subió a su habitación, poniendo el seguro. Se estaba dando un baño cuando escuchó un motor. Al salir, notó que el coche de Marcos ya no estaba, se preguntó a dónde podría haber ido a las cinco de la mañana pero decidió no pensar en eso, tenía cosas más importantes en mente. Pidió un taxi, y caminó hacia la calle de atrás para evitar a los sujetos que había dejado el capitán, desde donde estaban ellos podían ver el Mustang estacionado, era la única forma en la que no la seguirían.

Germán e Isabela entraron al café París a las ocho con cincuenta. Abigail llevaba un rato esperando, y tenía unas notas en la mesa.

–¿En dónde está Jorge? –preguntó al ver a Isabela.

Isabela se sentó frente a ella. –Dijo que nos alcanzaría, Marcos quería hablar con él, sonaba urgente.

–¿Marcos? ¿de qué?

–No lo sé, ya nos contará.

–¿Estás bien? Te ves como si no hubieras dormido. –Germán le dijo sentándose.

–No van a creer lo que les voy a decir.

–Me sorprendió tu llamada. –Dijo Jorge mientras desayunaba.

Marcos se limpió los labios. –Sí, lo siento. Quería que habláramos.

– No hijo, me dio gusto, solo me sorprendió. Sonabas... ansioso.

–Están pasando muchas cosas, papá, y pensé que quizá tú podrías ayudarme.

Jorge asintió, empujando al centro su plato sin terminar. –Me alegra.

–Tal vez tardé mucho en hacerlo. Creo que ya es muy tarde.

–No digas eso, Marcos. Nunca es muy tarde.

Marcos sonrió, –¿y tu mujer?

–No está, puedes hablar tranquilo.

–¿De verdad quieres ayudarme? ¿por qué siento que siempre has querido ponerme el pie? –Marcos preguntó empujando su plato también, pero su tono era calmado.

–Nunca ha sido mi intención. Siempre he hecho lo mejor que he podido, y sé que no soy un padre perfecto, pero-

–En eso estamos de acuerdo.

–Pensé que venías porque necesitabas ayuda.

–Tal vez sea una mala idea. –Marcos se levantó, –estoy aquí al borde de la desesperación y tú tienes otras prioridades.

–Pero, ¿qué estás diciendo? No es así, háblame.

–No tiene caso, de por sí ya es muy tarde y todo está perdido. Olvídalo, quédate con tu mujer y tu nueva vida...

–¡Marcos! ¿Es por Isabela? ¡Ella y yo no somos nada! ¡tu madre ha sido la única mujer en mi vida!

Marcos se detuvo y volteó a verlo con los ojos entrecerrados. –¿No son nada? ¿crees que soy un idiota?

–¿Germán la contrató hace unos años! No es mi novia, ¡es una investigadora privada! Si ella es la razón por la que no acudes a mí, ¡sí estás siendo un idiota!

Marcos lo miró boquiabierto pero sus ojos escondían una sonrisa, como si su desplante hubiera sido una farsa, una trampa en la que había caído su padre.

Jorge extendió una mano, señalando la sala. –Hablemos, por favor.

Marcos asintió despacio y lo siguió a un sillón. –¿Una investigadora?

–Te contaré todo, si prometes regresarme la sinceridad.

–Por supuesto, papá. Te lo diré todo... A eso vine.

Jorge lo miró extrañado pero asintió satisfecho. –No sabes cuánto tiempo esperé a que te abrieras conmigo.

–Te entiendo... –Marcos asintió compasivo.

–¿Quieres contarme a lo que venías? Prometo decirte absolutamente todo sobre Isabela y los demás.

A Marcos le intrigó el “los demás” pero apretó los labios. –Está bien. Confío en que lo harás, –se aclaró la garganta. –Iñaki y yo nos metimos con la gente equivocada papá, y ahora que Iñaki se fue... estoy perdido.

Jorge se tronó los dedos y suspiró antes de hablar, –¿todo esto es por Federico Gaitán? ¿ese criminal te está buscando?

–No, no es así, –Marcos sacudió la cabeza, –Federico no me preocupa. Hay alguien más... mira si Isabela- ¿es ese su nombre?

–Sí, –Jorge asintió.

–Si Isabela es una investigadora privada, quizá pueda ayudarme...

–Lo haré, hijo. ¿Por qué crees que la buscaron en primer lugar?

–No lo sé, ¿por qué no me lo dices? A menos de que... bueno, a menos de que no confíes en mí.

Jorge exhaló, –hace unos años, cuando tu mamá se puso mal, Abigail le escribió a Germán porque había encontrado un documento en donde Iñaki separaba las cuentas y los bienes de ambos. Acudió a Germán porque le pareció extraño que Iñaki hubiera hecho un acuerdo a sus espaldas y quería una especie de asesoría.

–¿Qué hizo mi tío?

–A Germán le pareció extraño pero se quiso mantener al margen, porque era la vida de su hijo, pero como sabía que Federico Gaitán los estaba visitando seguido, a Iñaki y a ti, se puso alerta.

Marcos asintió para que continuara.

Jorge apretó los dientes antes de hablar, no era sencillo decir eso. –Germán encontró una cuenta a nombre de Abigail. Una cuenta de la que ella no estaba enterada, y de pronto, el nombre de Abigail empezó a aparecer en muchos documentos.

–¿Cómo supo eso?

–Abigail se había vuelto a acercar a Germán, le contó que le había pedido el divorcio a Iñaki y que él se había puesto... violento. Más por curiosidad que por ayudar a Abigail, Germán usó sus contactos. Iñaki no le contaba nada y él quería saber qué rayos pasaba con su hijo.

Marcos cruzó una pierna, considerándolo. –¿Isabela?

–Yo no soy abogado, pero los documentos en los que figuraba Abigail no eran cualquier cosa, realmente lo preocuparon.

–¿Tanto la quería? –Marcos sonrió.

–En ese momento no. Le preocupó lo que estaba haciendo su hijo. Quizá tu

sepas de qué documentos estoy hablando...

–No tengo idea. –Marcos mintió, –Iñaki me contó sobre unos terrenos pero supuse que todo estaba a su nombre.

–No, no estamos hablando de terrenos. Estamos hablando de fraude.

–¿Y contrató a Isabela para averiguar sobre estos fraudes?

–Al no saber en qué rayos estaban metidos, pidió a un contacto que le consiguiera a un investigador que Iñaki no hubiera visto antes. Isabela apareció unos días después. La mejor forma de involucrarla era acercarla a la familia, y después de tu madre... Isabela asumió un papel que nunca fue real.

Marcos se llevó una mano a la frente. –¿Y qué descubrió?

–Marcos, todo esto es muy incómodo y si no te dije nada antes fue por temor.

–¿Temor a qué?

Jorge se aclaró la garganta, –a ti... a Iñaki.

–¿Pensaste que podía lastimarte?

–De pronto ya no sabíamos quiénes eran... se metieron en tantas cosas con Santa Lucía que... no lo sé, quise acercarme a ti pero cada vez te hiciste más distante. No temía que me hicieras algo, temía que te lastimaras a ti mismo.

Marcos rio, –¿lastimarme?

–Tu carácter es fuerte, tus arranques han provocado problemas en el pasado, a veces sales de control, Marcos. No sabíamos si podíamos hablar con ustedes como nuestros hijos, o si se comportarían como los dos criminales que tanto aparentaban ser.

Marcos asintió, –entiendo...

–¿En serio? –Jorge lo miró sorprendido.

–¡Por supuesto! Sé que a veces me cuesta controlarme y en tus zapatos yo tampoco me hubiera acercado. De verdad, papá. Entiendo por qué lo hiciste, y por qué contrataron a Isabela.

–Me hace muy feliz escuchar eso.

–¿Germán y Abigail? Obviamente Abigail sabe de Isabela.

Jorge asintió. –Tendrás que entenderla... su esposo parecía involucrarla en cosas extrañas y se negaba a separarse de ella. Durante mucho tiempo no pasó nada, hasta ahora con lo de Iñaki, apenas estamos consiguiendo respuestas...

–La entiendo, le dije mil veces a Iñaki que a ella no la involucrara.

Jorge frunció el ceño, –pensé que no sabías que los documentos estaban a su nombre.

–¡No, no lo sabía! Porque según yo Iñaki me hizo caso y la dejó fuera de todo esto. De haber sabido... –Marcos negó con la cabeza. –Pobrecita, lo que ha de estar viviendo ahorita. Qué suerte que los tiene a ustedes y a Isabela.

Jorge lo miró, inseguro.

–¿En dónde está ella? ¿Isabela?

–En el café Paris, con Germán y Abigail. Quedé de alcanzarlos después de hablar contigo.

–Si no te importa, prefiero hablar con Abigail en privado, después de todo, le debo una gran disculpa, pero me gustaría hablar con Isabela, ella puede ayudarme a salir de todo este desmadre.

–Sí, claro, eso es lo que todos queremos, que tú y tu primo salgan de todo esto.

–¿Dijiste café París? Dile que vaya a mi oficina, le queda más cerca.

–Podemos esperar a que venga, de todas maneras-

–Vamos, –Marcos se levantó. –Parece que tenemos mucho de qué hablar, esto no será fácil.

Jorge asintió y lo siguió a su coche.

En la última mesa del café París, Germán e Isabela escuchaban atentamente.

–¿Y se fue? ¿así nada más? –preguntó Isabela cuando Abigail terminó de contarles sobre la visita del capitán.

–Dejó un coche al final de la calle, no sé si estén ahí los dos tipos que llegaron con él o uno, pero tomé un taxi esta mañana... no quise que me siguieran. –Abigail miró a Isabela. –Siento mucho lo de Seidi. No pude hablar contigo el otro día pero...

–Es parte del trabajo, –Isabela apretó los labios, –trabajé con ella muchos años pero es un riesgo del que estamos conscientes cuando nos dedicamos a esto.

–Estaba hablando con ella cuando pasó.

–¿Fue el capitán?

Abigail asintió y sacó el teléfono que el capitán había dejado en su casa. – Tenía sangre cuando me lo dio, pero no pude evitar limpiarlo, no sé por qué.

Isabela tomó el teléfono, –de hecho esto nos será de gran ayuda.

–Me estaba diciendo quién era el capitán cuando pasó. Me estaba hablando de los Talismanes pero no estaba segura.

–Sí, me escribió esa mañana. Había estado siguiendo a Alfonso.

–¿Alfonso?

–El capitán. –Isabela aclaró. –Alfonso Romano.

Germán se aclaró la garganta. –Ya envié la información que conseguí sobre Santa Lucía y lo poco que mis contactos encontraron sobre los Talismanes, pero hay alguien más.

–Sí, Owen Pratt.

–¿Qué sabes de las identidades que nos mandaste? Iñaki y Marcos,

¿pensaban salir del país?

–No, no eran un escape. –Abigail miró hacia abajo. –Con su nueva identidad, Iñaki se volvería el jefe de todo el país.

–¿De qué estás hablando?

Abigail miró a su alrededor y habló en voz baja, –Owen Pratt es el dueño de la ULAP.

–¿La fundación? –Germán la miró confundido.

–No es una fundación, es una fachada.

–Lo sabía. –Isabela negó con la cabeza.

–Así está la cosa. Todos sabíamos que Santa Lucía opera en más de doscientos municipios del país, ¿cierto?

Germán e Isabela asintieron.

–Bueno, los Talismanes tienen la mitad del territorio. El capitán opera en más de mil municipios del país y su contacto con el exterior es Owen Pratt.

–¿Mil? –Germán alzó las cejas, –imposible.

–Todo está aquí. –Abigail sacó una bolsita café en donde guardaba las memorias.

Germán e Isabela voltearon alrededor instintivamente, para asegurarse de que nadie los estaba viendo.

–Lógicamente no vienen los nombres, por eso no sabía nada del capitán ni de los Talismanes, pero ahora que sabemos más, es más fácil entender lo que ahí dice.

Germán lo tomó asintiendo. –¿Qué hay aquí dentro?

–Mapas, contratos, no sé, muchísimas cosas, copié todas las carpetas de la

computadora y las puse ahí... no abrí todo, pero sospecho que ahí vendrá lo de la ULAP. Owen Pratt es el contacto más influyente que tienen, tanto Santa Lucía como los Talismanes, por eso le hacen ese evento cada año.

–Muy bien, si es información que podemos comprobar, quizá sea justo lo que necesitábamos. –Isabela respondió.

–Escuchen, no es fácil decir esto y me preocupa tu reacción, Germán. – Abigail lo miró, –Ernesto Paredes no era un escape, Iñaki se convirtió en una especie de mano derecha de Owen. Traicionó a Federico Gaitán, aunque él todavía no lo sabe, y el capitán no le ofreció un trabajo, sino una sociedad.

–¿Por qué le ofrecería eso?

–Por su relación con Owen. Iñaki supo ganárselos, no sé que habrá hecho, francamente no lo quiero saber... pero los Talismanes ya no le reportan al Talismán, al menos no todos.

–¿Se volvió loco? –Germán preguntó alzando la voz. –¿Se volvió completamente loco?

–¡Germán! –Isabela le reclamó en voz baja. –La verdad todo esto me hace sentido. Inclusive los que asaltaron la joyería, cuando Seidi me dijo que trabajaban para un tal Paredes pensé que se había confundido.

–¿Eso te dijo ella?

–Hay muchos cabos sueltos, pero creo que con lo que me acabas de decir puedo resolver muchas cosas, de entrada, Renán querrá saber que Santa Lucía-

El teléfono de Isabela interrumpió la conversación. –Hablando del rey de Roma. –Isabela miró a su alrededor, –es Renán, iré a un sitio más privado, – les dijo a Germán y a Abigail, quienes asintieron en respuesta.

Germán miró sus manos conteniendo el coraje. Sabía que su hijo había tomado malas decisiones, pero no sabía a qué grado se había dejado involucrar. Parecía que ya nada de lo que hicieran podría salvarlo... o a ella. Miró a Abigail, preguntándose si ella entendía lo que todo esto implicaba.

–Le dije a Isabela en el teléfono que deberíamos cancelar todo.

–¿Qué ganaríamos con eso?

–¿Seguir vivos? ¿al menos ustedes? –Abigail alzó una ceja, y empujó el salero de un lado a otro, sin mirar a Germán.

Germán desabrochó el botón de arriba de su camisa. –Tal vez todo se vaya a la chingada... o tal vez no.

Abigail lo miró.

–De acuerdo, pensamos que solo tendríamos que destruir a Santa Lucía para limpiar tu nombre y darle una salida a Iñaki y Marcos.

–Pensamos que Iñaki y Marcos querrían una salida. No es así. –Abigail le recordó.

Germán asintió.

–También pensamos que solo estábamos desmantelando la organización de Federico Gaitán. Y tampoco es así. –Continuó Abigail.

–La intención es la misma, Abigail. Vamos a limpiar tu nombre, y acabar con esa escoria de la sociedad.

–Esa *escoria* gobierna a la sociedad.

–No, –Germán sacudió la cabeza. –Eso quieren que creas. A eso se dedican... sus negocios son secretos pero son demasiado poderosos para mantenerse ocultos así que necesitan ganarse la opinión pública o a sus contactos influyentes para evitar caer ante la justicia.

–¿Y nosotros vamos a acabar con ellos? –Abigail alzó una ceja.

–Nosotros no, pero los que se dedican a eso lo harán.

–Romina quedará libre. ¿No crees que hagan lo mismo con Federico y el capitán después de capturarlos?

–No se trata de quitar a la cabeza, es como una empresa, sus organizaciones seguirán funcionando... pero si Ernesto Paredes es tan influyente como dices, quizá eso nos dé ventaja.

–Iñaki no va a cooperar. –Abigail sacudió la cabeza.

–Me llamó Jorge, –Isabela regresó a la mesa. –Dice que Marcos quiere hablar, al parecer está desesperado porque las cosas se salieron de control.

–¿Marcos? –Abigail preguntó extrañada.

–Iré a ver de qué se trata,

–Espera, esto está muy raro, ¿vas a tu casa? Iremos contigo. –Abigail sacó su cartera.

–No está en la casa, van para la oficina de Marcos, y al parecer quiere hablar en privado.

–¿Qué le dijo Jorge? –Germán ya estaba llamando a su hermano. –Contesta, contesta, –murmuró.

–¿Le dijiste en dónde estamos? –Marcos le preguntó a su padre en el semáforo que estaba frente al edificio del despacho.

–Sí, ya viene en camino.

Entró al estacionamiento y subió al tercer piso, que estaba vacío. El celular de Jorge sonó, y vio a Germán en la pantalla.

–Es Germán. –Dijo antes de contestar. –¿Bueno? ¿bueno?

–No hay señal. –Marcos murmuró.

–¿Germán? –Jorge insistió al teléfono, la llamada se perdió sin poder escucharlo. –Le llamo desde tu oficina. –Jorge se bajó del coche y se dirigió al ascensor, en donde un hombre vestido de guardia estaba parado, pero Marcos se quedó recargado en el coche. –¿No entramos?

–¿Isabela viene en camino?

–Sí, ya me lo preguntaste... Marcos, –Jorge miró hacia sus manos, apretándolas, –sé perfectamente lo que esto implica para ti, y estoy-

En un instante, Marcos sacó una pistola de su saco, alzó el brazo y jaló el gatillo, silenciando las palabras de su padre. Jorge cayó al suelo con los ojos abiertos y una mano en el pecho. Marcos esperó unos segundos, miró a su alrededor y después caminó hacia el cuerpo.

–Al menos lo sabes. –Lo observó durante unos segundos, y después le llamó con un dedo al vigilante. –Llévatelo.

–Señor. –El vigilante asintió.

Marcos subió al ascensor y miró su reloj, Isabela debía estar por llegar. Al llegar a su oficina, llamó al capitán y le pidió que fuera a verlo anunciando que le tenía buenas noticias. Con una sonrisa en su rostro, llamó a Owen Pratt. El evento sería un éxito después de todo, y todo lo que habían planeado para el aniversario de Iñaki, por fin se llevaría a cabo sin más distracciones. En solo diez días sería el fin de Santa Lucía, y si el capitán tomaba la postura de Federico, también se le acabaría el mundo a los Talismanes.

8

Los trabajos de pavimentación de la calle hicieron que esa parte de la ciudad se detuviera como si fuera la hora pico. Isabela miraba su reloj cada tres minutos. Su impaciencia no se debía al lento tráfico, o a la aguja del combustible que amenazaba con llegar al fondo, sino a la falta de respuesta de Jorge. Lo había llamado doce veces y no había tenido respuesta. Dio golpecitos al volante y volvió a tomar el teléfono.

–¿Hola? –Germán respondió tras el primer timbre.

–Jorge no me contesta.

–También lo he estado tratando de llamar, ¿en dónde estás?

Isabela se asomó por la ventana y exhaló, –creo que voy a estar ahí en una hora más. Apenas voy a doblar en la glorieta.

–¿En la glorieta? Saliste para allá hace más de cuarenta minutos.

–Están pavimentando, ¿llamaste a Marcos?

–Tampoco contesta, pero Abigail sigue insistiendo. –Germán miró de reojo a Abigail.

–Avísame si sabes algo.

–Oh, espera. Parece que Marcos contestó. –Germán puso el altavoz.

–Dice Marcos que su papá salió hace media hora de allá, parece que terminaron en pleito.

–¿Jorge ya no está con él? –Isabela preguntó confundida.

–No, él ya está saliendo de su oficina, pero dice que Jorge dejó su teléfono, que le avises cuando llegues a tu casa.

–Al menos eso lo explica. –Germán alzó una ceja. –Isabela, tu casa está a más de una hora, mi oficina está más cerca, ¿por qué no nos vemos allá y revisamos la información que tiene Abigail?

–No sé, si Jorge dejó su teléfono va a regresar a la oficina de Marcos. Lo esperaré ahí, sirve que escucho lo que tiene que decir.

–Pierdes el tiempo, Marcos no va a hablar. Por algo terminaron en pleito esos dos.

Isabela consideró las palabras de Germán, miró nuevamente al carril parado que la llevaría a la oficina de Marcos y después vio la lateral avanzando sin problema, podría estar en la oficina de Germán en diez minutos. –Voy para allá.

Marcos miró a través del cristal hacia la oficina vacía de Iñaki, que estaba cruzando el pasillo, y después volteó hacia la ciudad, recargando la mano en el ventanal. Le habían comprado el edificio Punta del Sur a Federico Gaitán, pero el despacho de Iñaki y Marcos ocupaba solo el tercer piso. Los otros seis se los rentaban a otros abogados.

–¿En dónde está Luna? Tiene varios días que no la veo. –El capitán preguntó desde la puerta.

–Se tomó unos días. –Marcos respondió con una sonrisa.

–Estás de buen humor. –El capitán estaba parado en la puerta.

–Digamos que ya encontré la luz al final del túnel. –Marcos extendió una mano ofreciéndole el asiento.

–Bueno, ¿me vas a decir o no?

–Primero quiero que me digas algo. Dos de los tuyos están parados en la calle Ocre y noté un impacto de bala en la sala. ¿La estás vigilando o la estás asustando?

–Esa mujer tiene los días contados. –El capitán miró detenidamente a Marcos, –tiene información de Ernesto, pero probablemente eso ya lo sabías.

Marcos apretó los labios considerándolo. –Sé que sabe más de lo que aparenta.

–Tienes que asegurarte de que la información que ella tiene no salga. Si ella habla-

–Estoy en eso. –Marcos asintió, interrumpiéndolo. –Pero tenemos algo más importante de qué hablar.

El capitán cruzó las manos. –Soy todo oídos. –Dobló una pierna y descansó el pie sobre su rodilla.

–La cuota del evento subió al doble, pero antes de que digas algo... – Marcos alzó una mano ante la protesta del capitán. –Owen va a ofrecer el

apoyo para terminar con Santa Lucía, él va a poner las armas, hombres, y cualquier cosa que falte.

El capitán rio, –¿quién lo convenció? ¿tú? no lo creo. Esto me huele a trampa.

–Iñaki y él ya lo habían acordado. Sí recuerdas que Iñaki y Owen son muy cercanos, ¿verdad?

–Sí pero tú parece olvidar que Iñaki no está. A menos de que haya regresado y yo no me haya enterado.

–Ese no es el tema. Hizo el trato con Owen y el plan está en pie.

–Owen no haría eso por mí. Aún no hemos cerrado ningún trato.

–No es por ti, lo sigue haciendo por Ernesto Paredes. –Marcos se levantó, –Capi, capi... Ernesto es solo un nombre, ¿no se necesita una cara! Owen Pratt sabe que está dejando ir mucho dinero, él quiere hacer negocios con los Talismanes.

–Federico le organiza su evento cada año.

–El evento es para todos los que tienen acuerdos con Santa Lucía. Tanto Owen Pratt como los Talismanes se benefician de esos eventos, ¿o no te fue bien los últimos dos años? Ganaste millones con esos acuerdos.

–Me importa un carajo, no pienso darle un peso más a Gaitán. No con las cosas como están.

–Te está faltando visión. –Marcos se recargó en su escritorio.

El capitán lo miró. –¿Sabes? Comienzas a hablar como tu primo. De hecho, podría jurar que esas son sus palabras.

Marcos lo miró con la intención de una sonrisa. –Sígueme la corriente. Owen Pratt te ayuda a quitar del medio a Santa Lucía, ustedes dos se dividen el territorio y negocio.

–¿En qué porcentaje?

–Eso lo negociaremos el día del evento con su representante.

–Iñaki hacía esas negociaciones... –El capitán se levantó y caminó hacia el ventanal. –¿Estás intentando ocupar el lugar de Iñaki? Tal vez Owen Pratt te esté dando la oportunidad pero yo jamás lo haría. Si no fuera por Iñaki, tus arrebatos ya me habrían costado una fortuna.

–¿Por qué no lo piensas? háblalo con tu gente. Owen Pratt está decidido a crecer su negocio en la zona, independientemente de que esté Iñaki o no, esta puede ser tu oportunidad de crecer con él.

–¿Qué insinúas?

–Solo digo que Santa Lucía le impide crecer y sabemos bien lo que va a pasar con ellos. Yo no te aconsejaría meterte en su camino.

El capitán sonrió, –¿en dónde estás parado? Entiendo que eras de Santa Lucía y después te cambiaste a los Talismanes... sabrás hacer negocios pero tu lealtad es tan pequeña como tu paciencia, y Owen no te va a ofrecer lo que yo te he dado.

Marcos sacudió la cabeza entretenido, –así es el negocio, capitán. La lealtad no genera intereses, pero saber hacer negocios sí. Eso es algo que Iñaki entendió desde el principio, por eso te fijaste en él.

El capitán asintió, –muy bien. Entonces lo negociaremos en la cena. Dile a Owen que estoy interesado, y págale a Federico lo que pide. –El capitán encogió los hombros, –lo consideraré una inversión que cobraré con intereses.

Marcos asintió complacido.

–No entiendo nada. –Abigail se desesperó mirando la pantalla.

Germán arrugó la frente. –La verdad yo tampoco, ¿Isabela?

Isabela estaba concentrada en la computadora. Sacó un cuaderno de su bolsa e hizo algunas anotaciones. –¿Ves esto? –le preguntó a Germán.

Germán se acercó a donde Isabela indicaba. –Fideicomisos...

–Hay muchísima información aquí, pero hay que saber buscarla. –Isabela siguió explorando las carpetas. –Informes de las autoridades, empresas...

–Espera, regresa un poco, –Germán sacó un folder de su escritorio. –Esas empresas.

–Empresas fantasma, –Isabela asintió. –Me llevaré esta información.

–¿Crees que ahí estén los nombres de los involucrados en todo esto? ¿sus planes? –Abigail se sentó en el sofá, con las palmas juntas.

–No hacen acuerdos por escrito, –Isabela sacudió la cabeza, –al menos no de cosas que los incriminen, pero Iñaki tiene toda la información legal, y si podemos vincular la mayor parte de esta información con actividad delictiva, estoy segura de que será suficiente.

Germán e Isabela intercambiaron una mirada al leer una lista de direcciones.

–¿Serán sus bases?

Isabela se levantó entusiasmada. –Esperemos que sí.

–¿A dónde vas? –Abigail se levantó también.

–Renán va a ayudarme. Los federales le traen muchas ganas a Gaitán, en cuanto se enteren del poder de los Talismanes, te aseguro que van a actuar de inmediato. Renán los convencerá de que autoricen el operativo.

–¿Y quién convencerá a Renán?

–Esto. –Isabela sacó la memoria y se dirigió a la puerta. –Además me debe una, podría jurar que va a actuar de inmediato.

–¿Y mientras, qué? –Abigail le preguntó a Germán.

Germán insertó otra de las memorias en la computadora. –Seguiré buscando, quizá Isabela me lleve ventaja en el tema de estas organizaciones, pero creo que yo puedo descifrar los casos que registró Iñaki.

–De hecho, prefiero llevarme toda la información.

Germán parpadeó un par de veces, –sí, por supuesto. Veré qué investigo por otro lado.

Abigail se levantó. –Bien, quizá deba irme... parece que eso tardará un buen rato y no me veo haciendo nada útil aquí.

–Preferiría que te quedaras. Después de tu encuentro con el capitán, quién sabe quién puede estarte buscando ahora mismo.

–No me va a hacer nada. Al menos todavía no. –Abigail se puso su chamarra.

–¿Por qué estás tan segura? Puede cambiar de opinión.

–Sí, supongo. Pero ¿qué voy a hacer? ¿esconderme del capitán?

Germán la miró. –No creo que tengas que esconderte solo del capitán. Abigail, eres la esposa del nuevo jefe de una organización criminal, por lo visto, una muy importante si no es que la más importante del país... Solo porque el capitán no ha dado la orden de matarte, no creas que nadie más lo ha hecho. Para colmo, ¡las autoridades ya te están investigando!

–Dijiste que no me preocupara por eso.

–Estoy con todos mis contactos en el tema, pero has cometido fraudes como para pasar toda tu vida en la cárcel.

–¡Yo no hice nada!

–Lo sé.

–¡Ese era el punto! –Abigail caminó por la oficina con las manos en la cabeza. –¡Tal vez Iñaki tenía razón! Si lo hubiera dejado hacer lo que iba a hacer en el mirador...

–No puedes decir eso...

–Germán, ve como están las cosas. En el mejor de los casos terminaré en la cárcel, en el peor... –sopló en sus manos, –en el peor escenario no tengo idea de lo que esos hombres harán conmigo y... ¿si buscan a mi familia? – sacudió la cabeza. –No estoy preparada para esto, solo teníamos que deshacernos de una banda, y tu hijo complicó todo. –Se cubrió los ojos con las manos.

Germán se acercó a ella y puso una mano en su hombro. –Entiendo por lo que estás pasando. –Negó con la cabeza. –Las cosas tampoco terminarán bien para Iñaki, y es mi hijo... siento como si estuviera cavando su tumba con cada cosa que hacemos. El plan original cambió, Abi. Pero tenemos que ser optimistas, tenemos que confiar en que podemos darle a las autoridades lo que necesitan para terminar con estas dos organizaciones, y creer que al final Iñaki, Marcos y tú tendrán un nuevo comienzo.

Abigail se limpió las mejillas, –parece que eso no va a suceder... pero si eso llegara a pasar, me iría al otro lado del planeta, me iría lo más lejos de Iñaki que pueda. Iñaki fue lo peor que pudo haberme pasado.

Germán apretó los labios. Le dolía, pero sabía que Abigail tenía razón.

–Te veré después, Germán.

–Te pediré un taxi. –Germán dijo en voz baja.

–No es necesario. Caminaré un rato. –Abigail salió de la oficina sintiendo un nudo en el estómago. No había dejado de pensar en su familia. Quizá se había distanciado de ellos pero eso no quería decir que les deseara ningún daño. Caminó intentando convencerse de que nada les pasaría.

Le hizo la parada a un taxi pero en lugar de darle la dirección de su casa, decidió visitar a Jorge, quería saber lo que Marcos le había dicho. A unas cuadras del departamento, se preguntó si Jorge siquiera estaría ahí, pero suspiró aliviada al ver su coche estacionado afuera.

Se bajó del taxi y tocó el timbre, pero pasaron varios minutos y no obtenía respuesta. Tras varios intentos llamó a Isabela. Isabela estaba reunida con Renán y su contacto de la Secretaría de Seguridad Pública, aún no había tenido noticias de Jorge. Le insistió a Abigail que pasara y la esperara en el departamento, extrañada de escuchar que el coche de Jorge estuviera afuera.

Abigail puso el código de seguridad del departamento y entró temerosa. –
¿Jorge?

En el comedor seguían los platos del desayuno sin terminar. Las habitaciones estaban hechas y el resto de la casa ordenada. Se sentó en la sala a esperar, y después de un rato se quedó dormida.

Una mano la sacudió lentamente. –¿Abigail?

–Isabela... –Abigail se enderezó. –Estaba esperando a Jorge... ¿alguna novedad?

–¿No está aquí? –Isabela miró hacia la entrada, buscando las llaves de Jorge.

–No sé, creo que me dormí toda la tarde. –Abigail vio que ya estaba oscuro afuera. –¿Qué hora es?

–Las nueve.

–Guau, –Abigail se levantó, bostezando. –Me iré.

–¿En dónde está Jorge? –Isabela caminó a la cocina y llamó al celular de Jorge, esta vez lo mandó a buzón.

–Llamaré a Marcos. –Abigail sacó el celular de su bolsa. –Ay no. Me quedé sin pila.

–Yo le hablo.

–Probablemente Jorge también se quedó sin pila. –Abigail encogió un hombro.

–¿Por qué está su coche afuera? Debería estar aquí. –Isabela colgó el teléfono. –No contesta.

Abigail la miró sin decir nada. Marcos dijo que su papá había salido de su oficina tras un pleito pero quizá había pasado otra cosa. Isabela se tocó la frente preocupada, parecía estar pensando lo mismo que Abigail.

–¿Germán sabrá algo? –Abigail preguntó.

–Ya nos habría dicho. No, esto no huele nada bien, iré a la oficina de Marcos.

–Te acompaño. –Abigail la siguió a la puerta.

Se subieron al coche en silencio. Marcos sería capaz de muchas cosas, pero no de lastimar a su padre. Jorge tenía que aparecer.

–No creo que esté en su oficina. –Abigail miró por la ventana, ya más despierta. –Debe de estar en mi casa.

–Entonces vamos a tu casa.

–Está bastante lejos, si quieres déjame en el sitio, tomaré un taxi y te avisaré en cuanto vea a Marcos.

Isabela lo pensó, –no, está bien. Te llevaré.

–Hay un coche del capitán parado en la calle Ocre. No creo que sea buena idea que te vean llegar.

–¿Por qué? No soy nadie importante, solo soy la novia de Jorge. –Isabela guiñó un ojo.

La canción romántica del radio se cortó con una llamada entrante. Eran

las once con veinte.

–Autorizaron el operativo. –Dijo un hombre en las bocinas del coche.

Isabela asintió complacida, Abigail la miró esperanzada.

–¿Cuándo?

–Ya están preparando a sus elementos, a las dos estarán en los sitios indicados, estoy seguro de que caerán bastantes.

–Gracias, Renán. Mantenme informada.

–Cuenta con ello. Te veré pronto, amor.

Abigail alzó las cejas, sorprendida. –¿Amor?

Isabela se sonrojó y miró hacia la ventana, bajando el volumen del radio.
–Es mi esposo.

–¿El Comisionado General es tu esposo? –Abigail no ocultó su sorpresa.

–¿Qué? ¿pensaste que después de tantos años Jorge y yo nos íbamos a enamorar y quedar juntos? –Isabela alzó una ceja.

–Eso pasa en las películas, –Abigail alzó un hombro y regresó la mirada hacia fuera.

Isabela rio en respuesta. Habían pocos coches y las luces de la carretera señalaban un largo camino delante de ellas. Abigail bostezó, arrullándose con un comercial en la radio. El presentador anunció una canción pero la señal se debilitaba hasta que solo quedó estática.

–¿Cómo terminaste con un hombre así? –Isabela rompió el silencio al acercarse a las montañas.

Abigail suspiró, –Iñaki no siempre fue malo, de hecho todas lo queríamos como pareja de graduación en la escuela.

–¿Estudiaron juntos?

Abigail asintió, –desde primaria. Cuando entramos a secundaria me empezó a gustar pero siempre estaba con Lucía... la buena y perfecta Lucía, –dijo en tono burlón.

–¿Una novia? –Isabela preguntó sonriendo.

–Sí. Se hubiera quedado con ella.

Isabela asintió sin dejar de sonreír.

–Pero yo sabía que le gustaba a Iñaki, siempre inventaba pretextos para sentarse junto a mi o estar en mi equipo. Era obvio que a mi me gustaba, pero durante toda la prepa supe que yo le gustaba a él.

–¿Salieron juntos?

–No, porque tenía novia.

–¿Lucía?

–Estela. –Abigail alzó la mirada. –Una cerebrita que también iba a ser abogada.

–Ah.

–Estaba en mi cuarto año, tomando dirección de arte audiovisual cuando conocí a Rogelio Hernández.

–¿El fotógrafo?

–Sí. –Abigail sonrió. –Le gustó mi trabajo y me invitó a Europa con él, estuvimos haciendo fotografía allá durante todo un año. Todos los gastos pagados.

–¿De verdad?

–No iba a ganar nada pero al final regresé con suficiente como para

comprarme una casa, un coche y un marido... Estaba al pie de una prometedora carrera como famosa fotógrafa.

–¿Qué pasó?

–Iñaki pasó.

Isabela esperó paciente a que Abigail le contara.

–Cuando regresé, Iñaki ya se había graduado y estaba empezando a trabajar en el despacho de Germán. En mi viaje, una amiga me contó que había terminado con Estela y había regresado con Lucía. Pensé que lo encontraría casado, pero por fin estaba soltero. Salimos casi ocho meses, era perfecto, ¿sabes? atento, educado, atractivo, se interesaba por lo que yo hacía y era el mejor amigo que podía tener...

–Parecía un buen tipo,

–Lo era. –Abigail asintió. –Aunque mis papás no pensaban lo mismo. Todo lo que yo hacía estaba mal, *la fotografía no es una profesión Abigail, si haces ese viaje no regreses, Abigail...* –dijo arremedándolos.

–¿No querían que te fueras a Europa?

–¿Con un hippie que ellos no conocían? –Abigail sacudió la cabeza, –ni siquiera se molestaron en investigar a Rogelio Hernández, dijeron que era una pérdida de tiempo y que ya había perdido años con la fotografía, que era momento de actuar con seriedad, si me iba de viaje tendría que buscar una casa al regresar.

–Guau.

–Busqué una casa al regresar. No tenía problemas de dinero, gracias a mis lindas fotos, –sonrió. –Y cuando Iñaki apareció corrí a presentárselos. Solo que como cualquier otra decisión mía, no soportaban a Iñaki...

–En eso tenían razón.

–En eso tenían razón. –Abigail repitió lentamente. –Pero yo no lo veía

así, ni siquiera escuché sus razones. Para mi esa fue la gota que derramó el vaso, me alejé de ellos, incluyendo a mi hermano.

–¿El programador?

Abigail asintió. –Él siempre fue perfecto. Mis papás nos comparaban tanto que no sé en qué momento me alejé de él también. Él no tenía la culpa de que mis papás lo hicieran ver como un dios, pero... así son las cosas. – Abigail señaló una desviación. –Ahí a la derecha, ya casi llegamos.

–¿Y cuánto duró el cuento de hadas?

–¡Pf! Nada. Nos casamos en 2009 y al año siguiente se independizó Iñaki. Todo el primer año lo escuché quejarse de su papá y de la poca ambición que tenía. Cuando se independizó pensé que sería el hombre más feliz del mundo pero de pronto me encontré con un hombre hermético, histérico y paranoico.

–Así suelen ser los que se involucran en este tipo de asuntos.

–No lo vi venir... ni siquiera cuando limpió mi cuenta, cuando encontré el acuerdo postnupcial en donde separaba todos nuestros bienes... solo le faltó poner ahí que si yo cometía un delito, él no sería responsable, –Abigail sonrió sacudiendo la cabeza. –Fui una estúpida.

–No lo sabías. –Isabela la miró.

–Ese es el coche, –Abigail lo señaló. Estaba estacionado afuera de su casa y las luces de la casa estaban prendidas.

–Espera. –Isabela sacó un arma de la guantera.

–No veo el coche de Marcos.

–Son casi las doce, ¿crees que llegue?

–Estoy segura. Ya es más su casa que mía. –Abigail se bajó del coche.

La lámpara de la sala estaba tirada en la entrada junto a los pedazos de cojines rotos. Los cuadros que decoraban las paredes estaban partidos y por

todos lados había caos.

–Entremos, –Isabela empujó a Abigail hacia el interior y cerró la puerta con llave.

–¿Y si están adentro? –preguntó Abigail.

Isabela tomó su arma y caminó hacia el interior de la casa. Abigail no podía creer lo que estaba viendo, ¿por qué habrían hecho eso? Al hacer la pregunta entendió la respuesta, habían estado buscando las memorias. Esos habían sido los hombres del capitán. Se asomó por la cortina, en el coche habían dos hombres.

–¡No hay nadie! –gritó Isabela, bajando la escalera.

–Fueron esos dos, estoy segura. –Abigail le dijo señalando a los sujetos de afuera.

–Pensaron que habías escondido la información... tu recámara está completamente boca arriba.

Abigail no sabía por dónde empezar.

–¿Por qué no preparamos un té y dejamos esto para mañana? –Isabela guardó el arma, preocupada por Abigail.

–Me parece bien.

Cruzaron la cocina haciéndose paso por los platos rotos. Isabela empujó la caja de cereal y rescató dos bolsitas de té. –¿Tazas? –preguntó.

La puerta de la alacena terminó por desprenderse cuando Abigail intentó abrirla. Isabela esperaba alerta a que Abigail estallara, pero Abigail dejó la puerta en el suelo y sacó dos tazas.

–Es una pregunta estúpida pero, ¿estás bien?

–Debo estar soñando. Nada de esto es real. –Abigail apretó los labios como si estuviera reprimiendo las ganas de reír, y bebió de la taza. –Háblame

de algo... cuéntame sobre tu esposo.

Isabela no solía hablar de temas personales pero accedió, preocupada por la salud mental de Abigail.

Eran las dos con quince y seguían en la cocina. Isabela le contó la historia de cómo conoció a Renán, y cómo los dos compartían la misma pasión por resolver crímenes y la justicia. Abigail estaba impresionada con su carrera como investigadora privada y los trabajos que había hecho.

Las dos se levantaron al escuchar un motor y las llantas de un coche derrapando. El coche de los Talismanes se había ido.

–El operativo. –Dijo Isabela, viendo la hora.

Abigail asintió. –Atrápalos, Renán, –susurró.

La puerta de la casa se abrió a los pocos minutos. Abigail se levantó de un brinco, e Isabela sacó su arma.

–¿Abigail? –Marcos entró perplejo ante el desorden.

Isabela guardó el arma, y siguió a Abigail hacia la sala.

–¿Tú que estás haciendo aquí a esta hora?

–Estoy muy preocupada por Jorge, –Isabela se quejó, –estuve con Abi todo el día y no logramos encontrarlo por ninguna parte.

Abigail se sorprendió de la facilidad con la que Isabela entraba en personaje. Hace un momento era una mujer segura, hábil y de carácter, y ahora regresaba a ser la ingenua y superficial novia de un hombre adinerado.

–¿Y lo estás buscando aquí? –Marcos continuó con su fachada del hombre enojado con la novia de su padre.

–No quería estar sola. –Isabela se acercó a él. –Tú fuiste el último en verlo. ¿Te dijo algo? ¿viste algo sospechoso?

Marcos rio, –¿sospechoso? no tuvo que haberle pasado algo, quizá solo se fastidió de ti.

–Su coche estaba afuera de su casa, pero él no. –Insistió Abigail.

Marcos la miró y movió ligeramente la cabeza, –¿ves? te dije que se había ido, tuvo que haber regresado a su casa si dejó ahí el coche.

–¿Por qué se pelearon? –Abigail preguntó.

–Perdón. –Marcos alzó un dedo, –tu casa fue violada y ¿me estás preguntando por qué me peleé con mi papá? A mí me gustaría saber qué fue lo que pasó aquí.

Abigail miró a su alrededor. –Llegamos hace un momento y la casa estaba así, yo estoy bien, pero no podemos decir lo mismo de Jorge, así que dínos, ¿qué pasó entre ustedes?

Marcos las miró y se aflojó la corbata. Caminó hacia el bar y quitó con la manga de la camisa los restos de una botella que habían roto sobre el bar, después sacó un vaso y se sirvió un tequila. –Le quería hablar sobre unos asuntos delicados, pero como siempre, se puso a defender a esta vieja y no pudimos llegar a ningún lado.

Abigail notó la mirada que intercambiaron. Isabela no parecía estar en papel, su mirada le hacía ver a Marcos que no le creía, y Marcos no estaba preocupado, su mirada le respondía que estaba mintiendo y no le importaba.

–Llegaste muy tarde, ¿todo bien en el trabajo? –Abigail le preguntó a Marcos, con la necesidad de romper el intenso silencio.

–Todo bien. –Respondió sin quitarle la vista a Isabela. –Me jugó chueco alguien del despacho pero ya no será un problema.

Isabela entrecerró los ojos.

Marcos sonrió, retándola.

El teléfono de Marcos sonó, y Abigail miró a Isabela preocupada. Debía

ser el capitán avisándole que los Federales habían irrumpido en sus locaciones. Isabela no la volteó a ver, su mirada seguía puesta en Marcos como si hubiera olvidado su papel.

Marcos sacó su teléfono mirándola, sin parpadear siquiera, y se lo puso al oído.

El capitán gritó del otro lado del teléfono. Abigail escuchaba los gritos pero no lograba distinguir las palabras.

–Isabela... –Abigail intentó distraerla.

–No me digas, me pregunto de dónde sacaron la información. –Marcos dijo en un tono condescendiente, sus ojos enterrados en los de ella.

La desesperación de Abigail crecía, la tensión no cedía y sentía que algo terrible estaba por ocurrir.

–Te veré en la mañana. –Marcos metió despacio el teléfono a su saco.

Abigail lo miró sacar el arma al mismo tiempo que Isabela sacó la suya. Los dos se apuntaron y Abigail esperó al primer disparo incapaz de moverse.

–Se acabó el show, Isabela. ¿Qué le dijiste a los Federales?

–Baja el arma. –Isabela dijo en un tono tranquilo, pero firme.

Nadie le apuntaba a Abigail, pero era la única que parecía sentirse amenazada. La casa comenzó a dar vueltas, todo se puso blanco, la sangre dejó de llegar al cerebro, y Abigail cayó al suelo inconsciente mientras dos disparos hicieron eco en la casa.

9

–¡No, no! –Abigail se levantó de un brinco de la cama.

–¡Ey! Todo está bien, –Marcos tomó su mano, tranquilizándola.

Abigail arrebató su mano, y lo miró con miedo. –¿En dónde está? ¿en dónde está Isabela?

–Se fue para su casa. –Marcos alzó un hombro como si todo lo que había pasado se tratara de una mala broma.

Abigail se orientó, estaba en su recámara, y el desorden le recordó al caos que había en toda la casa. –Escuché dos disparos.

–¿Disparos? –Marcos alzó las cejas como si estuviera diciendo locuras.

–Sé lo que escuché. –Abigail dijo entre dientes. –¿En dónde está ella?

–Te digo que se fue a su casa. –Marcos repitió paciente. –Mira, surgió algo y me tengo que ir, pero descansa, ya llamaré a alguien para que venga a limpiar este caos.

Abigail no podía creer la forma de actuar de Marcos. ¿Cómo podía estar tan tranquilo? –¿Qué le hiciste a Jorge?

Marcos la miró desde la puerta. –¿A mi papá? ¿por qué habría de hacerle algo? ¿acaso él me traicionaría? –Marcos se echó el saco al brazo y bajó la escalera.

Abigail conectó su teléfono y llamó a Isabela, escuchando una música que venía de la sala. –No, por favor, por favor, –susurró mientras bajaba. La música sonaba cada vez más cerca. Colgó la llamada al ver el teléfono sobre la mesa. Con los dedos temblando se asomó a la parte de atrás del sofá, aterrada de lo que iba a encontrar, pero no había nada. Recorrió todo el piso de abajo hasta que solo quedaba la oficina de Iñaki.

La oficina de Iñaki estaba intacta. Las personas que habían estado buscando, no habían tocado sus cosas. Abigail vio un papel en el escritorio, y se acercó a leerlo. Era un recibo de la compra de un boleto de avión, su rostro empalideció aún más al leer el nombre del cliente: Ernesto Paredes Luján. El vuelo saldría a las cuatro de la mañana a Italia, eran las tres con cuarenta.

Olvidando la casa, a Isabela y a Jorge, Abigail corrió a su coche y manejó a toda velocidad hacia las cabañas. Apagó las luces antes de entrar al estacionamiento y finalmente apagó el motor en la última cabaña. Corrió hacia la cabaña número tres y abrió la puerta desesperada, tropezando en el camino hacia las escaleras, iluminando su camino con el celular.

Las cajas seguían tiradas en la bodega, las que había tirado Iñaki y las que ella misma había aventado en su frustración. La cadena estaba en el suelo, abierta, junto a las botellas de agua vacías y las latas a medio comer. Iñaki se había ido.

Con las manos heladas abrió la puerta del coche. Llevaba días con altos niveles de estrés, miedo e inseguridad. Su vida no era perfecta antes y estaba lejos de ser predecible, pero nunca se había sentido tan perdida como lo estaba ahora. Salió hacia la carretera, y en un afán de distraerse para no tener otro ataque de pánico, encendió el radio.

En la madrugada de este miércoles catorce de agosto se desplegó un operativo federal en el que un cuerpo especializado registró dos locaciones donde presuntamente líderes de células criminales llevaban acabo operaciones delictivas. Estas operaciones están vinculadas a la organización conocida como los Talismanes. Lo que se creía como una célula de crimen organizado, se ha convertido en una de las principales organizaciones delictivas del país. El operativo duró tres horas aproximadamente y concluyó con cuarenta y siete arrestos, sin embargo todavía no se tiene información sobre los detenidos, aunque fuentes locales aseguran que ninguno de los líderes se encontraba en el momento del arresto. Más tarde regresamos con más noticias.

–Ya se los cargó la chingada, malditos soplones. –El capitán apretó el vaso en su mano hasta que terminó por romperse.

Marcos alzó las cejas pero no respondió.

Ignorando la sangre de su mano, el capitán continuó hablando entre dientes. –Ahora sí le va a llover fuego a Federico y a cada uno de ellos.

Marcos sabía que Federico no había tenido nada que ver con el operativo, pero no se molestó en corregirlo, no era necesario. Una guerra entre Santa Lucía y los Talismanes dejaría más ganancia que pérdidas.

Marcos lo miró cansando, –¿estás seguro de que no quieres esperar? Si los atacas ahorita se cancelará el evento, lo sabes.

–¡Me importa un carajo el evento!

Marcos alzó la mirada como si estuviera hablando con un niño. –El evento es lo único que te va a acercar a Owen, y de todas formas pensabas quitarlos de la mesa, ¿no?

El capitán se limpió la mano y caminó enfurecido de un lado a otro. – Tienes razón, tienes razón, –dijo alzando un dedo, hablando para sí mismo. – Pero les voy a pegar un susto, porque no me pienso quedar de brazos cruzados.

Marcos asintió, complacido.

–¿Abigail? –Germán abrió la puerta de la casa sorprendido al verla. – Pasa, pasa. –Se asomó hacia la calle, asegurándose de que no la estuvieran siguiendo.

–Iñaki no está y creo que Marcos mató a Jorge y a Isabela.

Germán la jaló hacia la cocina, no queriendo despertar a su esposa. – ¿Cómo que no está?

–Encontré un recibo de un vuelo... ese hombre ya está fuera del país.

Germán se llevó una mano a la boca y suspiró. –De acuerdo, de acuerdo, –dijo para sí mismo. –¿Qué dijiste de Isabela?

–Ayer me acompañó a mi casa, Marcos y ella pelearon y-

–¿Abigail?

Abigail volteó hacia la puerta de la cocina. Isabela estaba parada con una taza en sus manos. Abigail sintió alivio al verla, pero el alivio pronto se convirtió en algo más.

–Isabela está bien. Llegó esta mañana. –Germán frunció el ceño al explicarle.

–Escuché los balazos.

Isabela hizo el brazo izquierdo hacia delante, para que Abigail se fijara. Tenía una venda rodeando el brazo arriba del codo.

–Ese idiota me disparó.

Abigail la miró con los ojos entrecerrados. Recordaba la escena, estaban muy cerca el uno del otro, no habría fallado el tiro a esa distancia si Marcos hubiera querido matarla. –¿Qué fue lo que pasó?

Germán jaló dos sillas para que se sentaran. Después le ofreció una taza a Abigail, pero ella solo negó con la cabeza, rechazándola.

–Es té, te hará bien. –Insistió Germán.

–Prefiero saber qué fue lo que pasó en la casa. –Miró a Isabela esperando la explicación.

–Tiene a Jorge. –Isabela se sentó mirando su taza. –Me dijo que tú no corrías peligro por ahora, pero si no desaparecía lo iba a matar.

Abigail lo consideró sin dejar de observarla.

–Mi sobrino ha llegado muy lejos, –Germán sacudió la cabeza, – secuestrar a su propio padre... –su voz tembló con coraje, –de eso no hay vuelta atrás.

Isabela negó también, pero Abigail no estaba tranquila. –Le dijiste que bajara el arma, ¿qué pasó después?

–Me dijo que tenía a Jorge pero que no le haría daño, solo quería saber mi plan y qué tanto sabía.

–¿Y le dijiste?

–Le dije sobre el operativo, que había sido yo la que avisó a las autoridades. Le dije que ustedes no tenían nada que ver. Y prometió liberar a Jorge.

–¿Así nada más?

–Si yo desaparecía.

–¿Qué vas a hacer?

Germán miró a Abigail. Isabela se quedó callada.

–¿Qué vas a hacer? –repitió Abigail, alzando la voz. Germán se asomó hacia el pasillo, esperando que su esposa no se hubiera despertado.

–Tenemos que seguir con esto hasta el final. –Contestó en voz baja.

Abigail la miró durante un momento y después se levantó.

–¿A dónde vas? –Germán la siguió a la puerta.

Abigail salió sin responder, y encendió el coche sin ningún plan en mente. El bip del coche la hizo mirar el pequeño tanque encendido en el tablero. Se desvió a la gasolinera y el Audi negro se desvió detrás de ella. Abigail miró a Isabela por el retrovisor.

–¿A dónde vas? –Isabela bajó la ventana de su coche mientras Abigail cargaba combustible.

–No sé. –Abigail respondió sincera.

–Vamos a dejar tu coche, quiero que me acompañes a un lugar.

–¿A dónde?

–Las memorias que nos diste no tienen tanta información como pensábamos.

Abigail asintió apretando los labios. –Entonces podrás regresármelas.

–¿Para qué?

Abigail alzó un hombro.

–Estamos en el mismo lado, Abi.

El señor cargando combustible las miró de una forma extraña. Abigail forzó una sonrisa mientras pagaba. –Te sigo. –Dijo subiéndose al coche.

Isabela asintió complacida y subió la ventana, avanzando lentamente.

Para su sorpresa, Isabela se dirigía a las montañas. Abigail la alcanzó, haciéndole señas. Después de todo ella conocía mejor el camino a su casa.

Al llegar, Isabela le explicó que no sería buena idea ir a ciertos lugares en el Mustang. Mucha gente de la que se ocultaban conocía las placas y no era necesario llamar la atención de una forma tan obvia.

–Te noto extraña. –Isabela le confesó a Abigail después de veinte minutos en silencio.

Abigail tenía la cabeza recargada en su brazo, mirando por la ventana. –
Iñaki se fue.

–Eso escuché.

–¿Para dónde vamos?

Isabela suspiró, –en el centro hay una-

–No. –Abigail sacudió la cabeza, –¿para dónde vamos con todo esto?

Isabela se quedó en silencio.

–Es inútil. Lo que hagamos es inútil.

–Detuvieron a varios esta mañana, –Isabela la miró alzando una ceja.

–¿Y? –Abigail rio.

Isabela entrecerró los ojos y miró hacia adelante. –No pensaste que acabaríamos con el crimen, ¿o sí?

–¿Con el crimen? –Abigail se imaginó a Germán con antifaz y capa. Una risa salió de sus labios, provocando una mirada confundida de Isabela. –Lo siento, –dijo aún sonriendo. –No sé qué me pasa.

–Estás histérica. Es normal. Alguien como tú, metida en esto...

–¿Alguien como yo?

Isabela inclinó la cabeza, –no lo digo por ofenderte, pero seamos sinceras. Toda la situación te rebasa.

–¿No rebasaría a cualquiera? –Abigail murmuró.

–Sí, está completamente justificado, no esperarí que estuvieras de otra

forma.

–¿De qué otra forma podría estar?

–No lo sé, Abi. Solo estoy diciendo que es normal alguien como tú se sienta de esa forma.

Otra vez con alguien como yo, pensó Abigail. –¿Y qué hubiera hecho alguien como tú? –Abigail la retó mientras daban vuelta en una calle que ella desconocía.

Isabela la miró y sonrió, pero no dijo nada.

–No, por favor, insisto.

–Iñaki no estaría vivo si hubiera sido alguien como yo. Marcos tampoco.

Abigail sonrió incrédula, –los hubieras matado y ya... así de fácil.

–No, no así de fácil. Pero al enterarme de lo que estaba pasando hubiera hecho mis maletas, comprado un boleto que me llevara lo más lejos de aquí y me hubiera asegurado de que ni él ni su primo me pudieran seguir.

Abigail se aclaró la garganta y miró hacia delante. Sonaba mucho más lógica su solución. –Ese nunca fue tu consejo, –se justificó en voz baja, mirando hacia fuera.

–En primer lugar no eras capaz de hacerlo. Nunca habrías asesinado a tu esposo. Y en segundo lugar, Germán me contrató, ¿crees que sugerirle matar a su hijo era una opción?

–Supongo que no. –Abigail descansó la cabeza en el asiento.

–Ahí es. –Isabela señaló un restaurante de comida china a unas cuerdas.

–¿El restaurante?

–Hay alguien que quiere conocerte.

Abigail no quería admitirlo en voz alta pero Isabela tenía razón. No se imaginaba a Isabela en la esquina del baño teniendo un ataque de pánico. Pero una parte de ella se sentía valiente, después de todo había retado al capitán. *No*, la vocecita en su cabeza respondió, *eso no fue valiente, eso fue estúpido*.

Un hombre de buen aspecto las esperaba en una mesa al fondo del restaurante.

–Hola amor, –Isabela lo besó antes de sentarse. Renán se levantó con una gran sonrisa y le extendió una mano a Abigail.

–Ella es Abigail. –Isabela la presentó, –él es Renán, mi esposo.

–Eso pensé. –Abigail sonrió. Renán no era como lo había imaginado. Isabela no había hablado sobre lo atractivo que era.

–Encantado de conocerte, Abigail.

Abigail lo miró un segundo de más. Sus ojos eran como un mar turbio, verdes con un tono de gris, pero su mirada le daba confianza y seguridad. Abigail se aclaró la garganta, –el gusto es mío.

–Quiero que estés tranquila.

Abigail acomodó su servilleta y de reojo vio a Isabela mirándola. Alzó la mirada, no sabía que Renán le estaba hablando a ella.

–¿Yo? –Abigail alzó las cejas, –estoy siendo investigada, ni siquiera sé en qué estoy metida.

–Olvida la investigación, nadie hará nada en tu contra, todo ese material está vinculado a estas organizaciones.

–¿No debería llegarme un documento en donde se cancela el citatorio?

–¿Cuándo es?

–El catorce.

Renán alzó una ceja. Abigail lo miró extrañada hasta que reaccionó. –¡Oh por Dios! ¿Qué día es hoy? –respondió alterada.

Isabela sonrió, –ey, está bien.

–¡No puedo creerlo! –Abigail llamó a Germán, levantándose de la mesa.

Colgó satisfecha, después de ocho minutos en el teléfono, con Germán tranquilizándola y explicando en términos que Abigail no terminaba de entender.

–Al parecer no hay problema.

–Eso dije. –Renán le sonrió antes de darle un sorbo a su bebida.

Durante cuarenta minutos no se habló de ningún tema importante. Se compararon sabores entre el Chop Suey de camarón y el Chop Suey de pollo. Renán e Isabela discutían de forma amistosa sobre el pollo agridulce y el pollo Chi Maa que habían comido la noche anterior.

–Somos adictos a la comida china. –Explicó Isabela.

–Una sana adicción, –aclaró Renán antes de besar en la mejilla a su esposa.

Abigail no estaba muy interesada en su adicción a la comida china, sana o no. –Perdón, pero... ¿qué hacemos aquí? –finalmente reunió el valor para preguntar.

Isabela y Renán intercambiaron una mirada. Renán asintió antes de ver a Abigail. –Estoy al tanto de toda tu situación, y me da mucha pena que estés pasando por todo esto, pero estamos muy cerca de dar con las cabezas de estas organizaciones.

Abigail miró hacia las otras mesas, preocupándose ante el tono tan normal de Renán.

–Con la captura de estos líderes, sus organizaciones se debilitarán quizá al punto de deshacerse.

Abigail sonrió. –Es obvio que tú sabes mucho más de estas cosas que yo, pero... suena completamente ilógico.

–Lo que quiero decir, es que con la información que contamos podemos dejarlos sin fondos, sin recursos... y sin una cabeza, les será imposible continuar.

Abigail asintió lentamente, –pensé que la información no había sido de mucha utilidad.

Isabela miró a Renán, –ellos han conseguido otro tipo de documentos. Quizá con eso sea suficiente.

–Lo es. –Aseguró Renán.

Isabela se disculpó y se dirigió al baño. Renán observó a Abigail intentando descifrarla.

–No seas tan dura contigo.

Abigail alzó las cejas. –¿De qué hablas?

Renán miró hacia la calle, –he conocido a personas en tu situación.

–¿En serio?

–A menor escala, pero sí. Descubrir que tu pareja no es quien realmente crees... es un golpe bajo. Y las primeras preguntas que le vienen a uno a la cabeza son, ¿pude haberlo previsto? ¿pude hacer algo para impedirlo o alejarme antes? –Suspiró, –no es tu culpa, no pudiste hacer nada... y no tiene nada que ver con tus capacidades mentales, Abigail.

Abigail lo miró sin decir nada. Sentía que él era la primera persona que realmente la entendía.

–Si no te importa, me gustaría que me dieras tu número. Así puedo mantenerte al tanto de lo que pasa.

Abigail asintió, aunque no estaba segura de cómo lo tomaría Isabela. Le

dio su número y la conversación dio un giro, de regreso a cosas irrelevantes. Isabela se comportaba muy distinta a como la había visto siempre. Estaba más relajada y animada. Abigail no sabía cómo cortar la plática, llevaban más de tres horas hablando y aunque Renán hacía un esfuerzo por integrar a Abigail, se sentía como un mal tercio en un lugar donde ni siquiera le interesaba estar. Abigail miró hacia la calle, un Mazda negro se estacionó afuera del restaurante pero nunca se bajó nadie del coche. Después observó a las personas que caminaban tranquilas por la calle, pensando en que cambiaría su lugar con cualquiera de ellas en ese momento.

–Será mejor que nos vayamos, –Isabela miró la hora. –Son casi las seis.

Aleluya. Pensó Abigail levantándose. –De verdad me dio mucho gusto conocerte. –Se despidió de Renán.

–Estamos en contacto. –Le aseguró Renán.

–¿Estás bien? –preguntó Isabela en el coche.

–Sí. Es un gran tipo, tu esposo.

–Sí. –Isabela sonrió. –Lo es.

–Es optimista. –Agregó Abigail, observando al Mazda arrancar unos segundos después de ellas.

El sol descendió, y con él se encendían las luces de los coches. Abigail miró por el espejo, habían manejado durante varios minutos y el Mazda negro seguía a solo unos coches.

–Ese coche estaba en el restaurante.

Isabela miró por el retrovisor. –¿Cuál?

–El Mazda negro. No sé, a lo mejor solo estoy siendo paranoica.

Isabela aceleró, cambiando de carril. El Mazda cambió de carril detrás de ellas.

–Es gente de Federico. –Dijo Isabela.

–Menos mal que no traje el Mustang, –Abigail dijo sarcásticamente, sumiéndose en el asiento y apretando su cinturón con fuerza.

Isabela miró el espejo y dio una vuelta brusca hacia la izquierda, entrando a una calle con focos amarillos que apenas alumbraban la basura esparcida y un par de tenis atravesados en el centro.

Abigail se asomó al espejo y vio las luces del Mazda entrando a la calle.
–¿Sabes para dónde vas?

–Sí. –Dijo dando vuelta a la derecha, la calle tenía poca luz y estaba desierta, pero se sentía más peligrosa que la anterior. Apagó las luces y dio una vuelta más. –Bájate, bájate, –presionó Isabela en voz baja, apagando el coche.

La calle era alargada y no tenía luces ni gente. Abigail la siguió por una pequeña entrada cubierta de grafiti. Isabela empujó el pedazo de reja que alguna vez había sido una puerta.

El Mazda entró a la calle, y al mismo tiempo una camioneta blanca derrapó sus llantas en el otro extremo, bloqueando el final de la calle. La puerta de la camioneta se abrió y tres sujetos abrieron fuego.

Isabela y Abigail los observaron desde una ventana rota en el segundo piso de la deshabitada casa. Los destellos y estallidos de las detonaciones una tras otra, tensaban cada músculo de Abigail. –¿Mandaron a tanta gente solo para matarnos?

–No nos están disparando a nosotras. –Isabela se agachó, observando el tiroteo. –Le están disparando a los de Santa Lucía.

Abigail puso los dedos en la ventana, y se asomó discretamente. –¿Talismanes? –preguntó con voz temblorosa.

–Nos acaban de salvar la vida, –susurró Isabela.

Unos minutos después, se hizo un silencio inquietante. Abigail se recorrió

al rincón y apretó los ojos. –¿Qué está pasando? ¿qué está pasando? –preguntó sin querer escuchar la respuesta.

–Shhh. –Isabela la silenció.

La puerta de un coche se abrió, y se escuchó la voz de dos sujetos. Isabela le hizo señas a Abigail para que se mantuviera agachada.

–¿Están muertos? –preguntó uno de ellos.

El balazo hizo gritar a Abigail. Isabela le echó una mirada de advertencia. Abigail se tapó la boca con ambas manos.

Isabela alcanzó a ver al sujeto voltear hacia la casa, pero se agachó rápidamente, y miró a Abigail implorando que ignoraran el ruido.

–Ahora sí, –rio el otro sujeto.

–Ponlos boca abajo. El jefe quiere que entiendan el mensaje. –Ordenó el otro, regresando a la camioneta.

Isabela y Abigail se quedaron en silencio hasta que escucharon la puerta de la camioneta cerrándose. Isabela se asomó y los vio partir, relajándose contra la pared.

–¿Se fueron?

Isabela asintió. –Estuvo cerca.

Abigail quería salir de ahí pero Isabela la convenció de que esperaran unos minutos. La camioneta no había ido por ellas, habían ido por los de Santa Lucía, pero no tenía caso encontrarse con ellos.

Isabela dejó a Abigail en su casa. Le insistió que se quedara con Germán pero Abigail se negó. Necesitaba estar sola.

Durante toda la noche se dedicó a ordenar la casa. La voz de Isabela retumbaba en sus oídos... *una persona como tú*, la escuchaba decir una y otra vez. ¿Qué podría hacer distinto? Pensó al empujar los sillones de la sala a su

lugar. Pero cada nueva idea era rápidamente descartada. No tenía muchas opciones. Al menos había gente ayudándola, Renán la había intentado tranquilizar pero solo le había dicho que capturarían a las cabezas. Abigail pensó en Federico y el capitán. Atraparlos no debería ser tan difícil si ya tenían evidencia de sus delitos, ¿no? Abigail sabía que lo que complicaba las cosas eran las conexiones que tenían esos dos con el gobierno, debían tenerlas. Si no Romina no hubiera salido tan fácil.

Con la casa maltratada, pero recogida, Abigail arrastró los pies a su cama. Eran las cuatro con veinte. Estaba cansada, pero no solo del día. Cansada de vivir con miedo, de parecer una tonta y de sentirse indefensa e impotente. Al día siguiente se le ocurriría algo mejor, pensó mientras cerraba los ojos y se fundía en un sueño profundo.

El jueves llegó demasiado pronto. Abigail se levantó con una gran pesadez. –Guau, te ves terrible. –Se dijo al verse al espejo. Le importaban poco las ojeras. Le costaba enderezarse, y le dolían los pies. Todo su cuerpo le pedía a gritos unas vacaciones. Su cabeza comenzaba a amenazar con una migraña.

Manejó mirando por el retrovisor. Parecía que sí había comprado días con el capitán, al parecer tenía una semana para hacer lo que pudiera. Con todo y el dolor de su cuerpo, se sentía más tranquila. Su mente se había despejado un poco en la mañana, y había encontrado una idea que por primera vez no había sentido la necesidad de descartarla sin ponerla a prueba.

Tras dos horas de camino se estacionó frente a un edificio que no había visitado en mucho tiempo. Miró hacia el balcón del segundo piso en donde una cortina blanca parecía saludarla. Bajó la maleta de su coche y respiró un par de veces antes de tocar el timbre.

La voz de un hombre respondió por el interfono. –¿Sí?

Abigail se tronó los dedos mientras respondía. –Necesito ayuda.

Tras unos segundos de silencio, Abigail cerró los ojos y recargó la frente en la pared. Un zumbido la hizo alzar la cabeza. Abrió la puerta, y subió consciente de cada escalón que la acercaba al departamento.

La puerta estaba abierta. Abigail se asomó, tocando un par de veces.

–Hola Mauricio. –Su hermano traía unos jeans puestos. Estaba descalzo y sin playera, con el cabello todavía mojado.

–¿Una cerveza? –le preguntó desde la pequeña cocina, abriendo el refrigerador.

–Claro. –Abigail apretó los labios cerrando la puerta detrás de ella.

10

–Cambiate los muebles. –Abigail se sentó en la sala observando el departamento. Era pequeño pero acogedor.

Mauricio asintió, bebiendo un sorbo de la lata.

–Me gusta. –Abigail también bebió.

–¿A qué viniste realmente?

Abigail se aclaró la garganta, –estoy en problemas. Me quiero ir unos días, desaparecer.

Mauricio asintió, –¿desaparecer? eres buena en eso.

Abigail cerró los ojos y se pasó una mano por la cara. –Sé que nuestra relación es complicada, pero...

–¿Cuál relación?

Abigail miró sus dedos intentando hacer un esfuerzo por hablar con su hermano.

Mauricio suspiró y extendió las palmas. –Perdón, Abi. Termina.

–Solo vine a despedirme.

Mauricio se recargó en el sofá y dobló una pierna. –¿A dónde vas?

–Pensaba ir a la casa de los abuelos, al menos unos días, después salir del país.

–La casa de los abuelos está en ruinas, nadie ha ido para allá en muchos años.

–Por eso quiero ir ahí.

Mauricio frunció el ceño. –¿Qué tipo de problemas?

–Serios.

Mauricio vio la maleta en la entrada. –¿Te quieres quedar aquí unos días?

–No, esas son cosas que te quería dejar. –Abigail se levantó para abrir la maleta pero Mauricio la detuvo.

–Puedes contarme.

–Lo haría, –Abigail negó con la cabeza, –no es falta de confianza, créeme. Pero tal vez el simple hecho de venir a verte sea un grave error...

–La casa de los abuelos está a más de seis horas. ¿Estás segura de que estás en condiciones de manejar todo el día?

–No tengo mucha opción.

–Te diré qué. –Mauricio bebió de su cerveza hasta terminar con la lata. Después se levantó y tomó otra del refrigerador. –He tenido ganas de ir a montar a caballo, quédate aquí esta noche y mañana iremos los dos.

Abigail rio débilmente, –¿quieres ir al pueblo?

–Sí, me encantaría.

–No tienes que hacer esto.

–¿Es broma? Mañana es viernes, justo me estaba preguntando en dónde pasaría el fin de semana. Además son vacaciones pagadas. ¿Tú invitas, no?

Abigail soltó una risa. –Extrañaba tu sentido del humor.

Mauricio alzó una ceja. –¿Qué dices?

–Sí, está bien. –Abigail alzó un hombro. –Por mi encantada.

–Iremos en mi coche y pararemos en el hotel lujoso que abrieron antes de

llegar al pueblo.

–¿En serio?

–No te preocupes, yo invito. –Mauricio guiñó un ojo. –¿Comiste algo?

–No.

Mauricio se asomó al refrigerador, pero solo habían latas de cerveza y restos de la comida del día anterior. –¿Pizza?

Abigail disfrutó a su hermano toda la tarde. La pizza llegó rápido y mientras le mostró lo que había metido a la maleta. Había guardado fotografías de los dos de cuando eran niños y ahora que habían revuelto su casa las había encontrado. También había echado a la maleta todos los objetos de valor que poseía, desde joyas que le había dado Iñaki, hasta pinturas carísimas que había comprado en subastas. Mauricio insistió en que no era necesario que se las diera, Abigail no tenía idea de lo bien que le estaba yendo con sus temas de programación.

–¿Qué es realmente lo que haces? –preguntó Abigail finalmente. –Sé que eres un cerebritito en las computadoras pero, ¿a qué te dedicas?

–Hago pruebas de penetración.

–Ah órale...

–No es lo que te imaginas, –Mauricio sonrió, –digamos que hago ataques a los equipos de mis clientes para detectar fallos o vulnerabilidad en su seguridad.

–¿Los hackeas? –preguntó Abigail sonriendo.

–No es hacking si ellos te contratan. –Mauricio alzó las cejas, –pero sí, básicamente. Los hackeo y me pagan por ello.

–Órale. –Abigail asintió sorprendida.

Tras pasar todo el día poniéndose al día con la serie que estaba viendo su

hermano, Abigail decidió llamar a Germán para ponerlo al tanto de su decisión. Germán no se sorprendió cuando Abigail le dijo que desaparecería unos días. Entendió por lo que Abigail estaba pasando y ni siquiera intentó hacerla cambiar de opinión. Le dijo que él le avisaría a Isabela y que no se preocupara por nada. Que ellos seguirían con el tema de la investigación, aunque le sugirió que no intentara salir del país hasta no terminar de cerrar su caso con el ministerio, mismo que Germán estaba dando seguimiento. Abigail lo sabía, por ese motivo había optado por la casa de sus abuelos, ya Germán le diría cuando fuera seguro salir del país.

A la mañana siguiente, Mauricio se colgó una mochila al hombro y tocó en el cuarto de huéspedes.

–Empaqué para tres días, el lunes tengo que estar de regreso, igual y te animas a regresar conmigo.

–No lo creo, –Abigail ya estaba lista para partir. –Pero gracias por hacer esto.

–No lo hago por ti, –Mauricio bromeó.

–Si no te importa... no me gustaría que fuéramos juntos en mi coche. Estoy pensando que puedo dejarlo en mi casa y alcanzarte en un taxi en algún punto.

–¿Qué?

–Sé que suena ridículo pero necesito que confíes en mí.

A Mauricio no le gustó el plan pero accedió. Abigail salió para su casa, el plan era ver a su hermano a las tres de la tarde en el restaurante que estaba en la salida a la carretera.

Le tomó casi tres horas a Abigail llegar a su casa. No vio coches siguiéndola ni estacionados en la calle Ocre, así que se animó a pedir un taxi desde ahí mismo. Al quince para las tres llegó al restaurante, Mauricio ya estaba ahí.

–¿Lista? –le preguntó al verla.

Abigail asintió y se subió a su coche.

–Pensé que irías por tu maleta o algo así.

–Prefiero viajar ligera. –Abigail apretó los labios. Lo que no quería era que entraran a su casa y pensarán que se había fugado. Ya en el pueblo compraría ropa y cosas personales.

Mauricio conectó su celular y subió el volumen de la música. Abigail lo escuchaba cantar a todo volumen, Mauricio insistió tanto en que ella también cantara que al final Abigail se olvidó de todo y se concentró solo en la música.

–¿Has hablado con mis papás? –preguntó Mauricio en la gasolinera.

–No. ¿Cómo están? –se sintió obligada en preguntar.

–Bien, mi papá se retira este año. Mamá por fin lo convenció.

–¿En serio? –Abigail preguntó con genuino interés.

–¿Quién sabe? En una de esas te iremos a visitar todos a la casa de los abuelos.

–Ja, Já. Muy gracioso.

Mauricio rio mirando hacia la ventana. Sus papás no irían a verla. Reparar esa relación tenía que empezar por Abigail, eso era un hecho para todos.

Un letrero les daba la bienvenida al pueblo de San Pedro del Lago. Después de tres horas manejando, se detuvieron en el mirador del puente para estirar las piernas y conocer el famoso lago. El lugar era impresionante. Abigail respiró profundamente y observó el paisaje sintiéndose verdaderamente tranquila.

–No traje mi cámara. –Se reclamó a sí misma.

Mauricio le ofreció su teléfono. –Bienvenida a la tecnología, hermana.

Abigail lo empujó con una mano, riendo. –No es lo mismo.

Al regresar al coche, Abigail se sintió nerviosa. Sacudió los pensamientos, estaba fuera de la ciudad, ni el capitán, ni Federico, ni Iñaki ocuparían ni un rincón de su mente, al menos no durante el fin de semana.

–Qué idiota. –Mauricio miró por el espejo.

–¿Qué pasa?

–Casi atropella a la señora. –Mauricio sacudió la cabeza, mirando el retrovisor.

Abigail volteó a ver al grosero conductor pero para su sorpresa, era un Civic plateado. –No los veas. –Dijo sumiéndose en su asiento.

–¿Por qué? ¿quién es?

El Civic se emparejó y le hizo una señal a Mauricio para que diera vuelta a la derecha. Mauricio levantó el dedo de en medio, y le piso al acelerador.

–No, Mau, no. –Abigail se congeló ante la seña de su hermano.

Delante de ellos, una camioneta Lobo negra les cerró el paso, haciendo que Mauricio entrara a la calle de la derecha, como le había indicado el del Civic.

Aún sin saber qué estaba pasando, Mauricio intentó regresarse en la siguiente calle, pero dos sujetos se bajaron de un Nissan, bloqueando el paso. No había para dónde ir. Abigail apretó los ojos, odiándose por haberle hecho eso a su hermano.

–¿Qué está pasando? –preguntó Mauricio sin sucumbir ante el pánico.

–Me encontraron. –Dijo Abigail antes de que una mano abriera la puerta de su lado.

Una camioneta negra blindada, que Abigail no vio de dónde salió, se paró a

un lado de ellos. El capitán se bajó mientras un sujeto bajaba a Abigail del coche. Mauricio se bajó pero un hombre puso una AK-47 frente a él.

El capitán rio tocándose la barbilla. –Abi, Abi, Abi. ¿Pensabas escapar?

Abigail lo miró con una súplica. –Déjalo ir, él no tiene nada que ver con esto.

–Si tiene que ver contigo, tiene que ver conmigo. –El capitán señaló al hombre que le apuntaba a Mauricio con dos dedos.

Su agresor lo empujó hacia el capitán.

–¿Quién eres?

Mauricio alzó la cabeza, imponente. –Su hermano.

–Ah, el hermano... –el capitán rio, y sus hombres rieron con él. –¿Sabes quién soy?

Mauricio contó doce hombres en total.

–¡Ey! ¡Te estoy hablando cabrón! –el capitán golpeó a Mauricio con el puño. –¿Qué? ¿No quieres saber el nombre de la última cara que vas a ver? – Le hizo una seña con la cabeza a sus hombres y tres de ellos comenzaron a golpear a Mauricio, cuando él se defendió, entraron dos más hasta dejarlo en el piso.

–No, por favor, él no tiene nada que ver con esto. –Suplicó Abigail viendo las navajas en sus manos.

–¿Por qué me traicionaste así, flaquita? –el capitán miró a Abigail.

–¡No te traicioné, te dije que te daría la información y te la voy a dar pero puedes olvidarlo si no le quitan las manos de encima! –Abigail exclamó, sin saber de dónde venía la fuerza. Nunca se había sentido tan enojada como en ese momento.

–¿Sabes qué creo? Creo que no me vas a dar ni madres. Creo que me

quieres jugar chueco, y estoy aquí para que veas que conmigo no se juega chueco. –El capitán sacó una pistola de su pantalón y apuntó a Mauricio.

Abigail instintivamente se puso entre su hermano y el arma. –Si haces esto mejor cava tu propia tumba de una vez. Ernesto no se va a quedar con las manos cruzadas. –Abigail no sabía ni qué estaba diciendo, pero en su desesperación podía inventar cualquier cosa para salvar la vida de su hermano.

–Otra vez el nombre importante. –El capitán bajó el arma. –¿Qué tienes tú con Ernesto? ¿es que acaso han logrado ocultarme su sociedad?

–Te daré todo lo que quieres de él en la cena. Eso acordamos. Esto es un viaje familiar, del que tú no tienes absolutamente nada que ver.

El capitán tomó la mano de Abigail. –Como siempre me dejas con ganas de más, dulzura. –El capitán alzó un dedo y sus hombres regresaron a sus coches.

–Sé en dónde estás, sé lo que haces, sé con quién lo haces. Te veré en la cena.

Abigail lo miró marcharse, y una vez que la camioneta dio la vuelta en la esquina, estalló en lágrimas y abrazó a su hermano. Mauricio seguía en el suelo, con sangre en la cara, en las piernas y en la playera. En su ropa habían partes rasgadas dónde las navajas habían hecho su trabajo.

–Estoy bien, –dijo intentando levantarse.

–Vamos al hospital.

–¡Estoy bien! –gritó Mauricio. –Eran navajas, no cuchillos. –Se recargó en el coche, recuperando el aliento.

–Yo manejo, –Abigail le ayudó a subir al asiento del copiloto. Mauricio no objetó. –¿Quieres regresar a tu casa?

Mauricio negó con la cabeza. –Vayamos a un hotel. Ve por ahí. –Señaló hacia el letrero que llevaba al lago.

Abigail manejó hasta un pequeño hotel a la orilla del lago. Mauricio se bajó del coche adolorido pero insistía en que estaba bien, así que Abigail dejó de ofrecerle ayuda.

La habitación que compartían tenía una gran vista pero Abigail ni siquiera la volteó a ver. Mauricio salió al balcón, queriendo estar solo, y ya que estaba más tranquilo, le pidió a Abigail que lo acompañara.

—¿Qué tipo de problemas? —Mauricio le hizo la misma pregunta que le había hecho el día anterior.

Abigail se lamentó de no haberle dicho antes, al menos su hermano podía haber decidido mantenerse alejado de ella, consciente de los riesgos.

—Te dije que Iñaki había sido secuestrado.

Mauricio asintió.

—Yo lo secuestré, —dijo con un nudo en la garganta.

Mauricio alzó las cejas, sorprendido, y miró a su hermana desahogarse entre lágrimas sobre todo lo que había pasado. Abigail le contó todo. Mauricio la escuchó atento, asintiendo y motivándola a continuar cuando Abigail parecía no querer hacerlo.

—¿Y tu plan era marcharte? ¿así nada más?

—Alguien como yo no puede hacer nada en esa situación, Mauricio.

—¿Alguien como tú? —Mauricio preguntó sorprendido. Miró hacia el lago y pensó cuidadosamente en sus palabras. —¿Te acuerdas del día que le dijiste a papá que ibas a estudiar fotografía?

Abigail resopló, —sí, dijo que no era una carrera.

—Me acuerdo que los dos intentaron convencerte de que no lo hicieras.

—Sí...

–Te dieron una larga lista de razones por las que serías una fracasada si estudiabas fotografía, cuando la lista no funcionó, te amenazaron con retirar su apoyo.

Abigail miró hacia el lago.

–La Abigail que conocía siempre supo quién era y qué quería. Siempre tenía un plan, y aún cuando el mundo parecía estar en contra, hacía lo que tenía que hacer para salir adelante. –Mauricio se inclinó hacia adelante, –alguien como tú no se echa para atrás cuando las cosas se ponen difíciles.

Abigail sonrió, –esto no es lo mismo que irme a un tour de fotografía o casarme...

–De acuerdo, las circunstancias cambiaron, pero tú no. –Mauricio frunció el ceño, –han pasado muchos años pero veo en ti a la misma de antes. Llámalo cosa de hermanos pero te sigo conociendo.

–Si me quedo... me estaré echando la soga al cuello.

–No quiero decepcionarte pero la soga ya la traes bien puesta. Si te vas estoy seguro de que te van a encontrar.

Abigail asintió, –entonces, ¿qué hago? ¿qué harías tú?

–Creo que ya sabes la respuesta.

Abigail asintió lentamente. Después de lo que había pasado con su hermano, no dudaba en que el capitán le hiciera una visita a su familia. –¡No sé cómo hacerlo!

–Creo que yo sí. –Mauricio entrecerró los ojos. –Pero necesito mi computadora.

Abigail lo miró con una discreta sonrisa. –¿En serio me ayudarías?

–¿Es broma? No saben con quién se metieron.

Un suspiro borró la sonrisa de su rostro. –Sabes de qué son capaces, no es

contigo la bronca, no tienes que involucrarte.

–¿No es conmigo la bronca? Olvida esto, –Mauricio alzó su playera mostrándole las partes rotas. –Ausente o no, sigues siendo mi hermana.

Abigail sonrió, –¿pensarás que perdí la cabeza si te digo que estoy un poco emocionada?

Mauricio sonrió, –la cabeza la perdiste hace muchos años. –Se levantó y tomó las llaves del coche.

El regreso fue rápido. Una nueva energía invadía a Abigail. El miedo no se había apartado de su mente, pero su hermano le había dado una fuerza extraña: esperanza. Los resultados no habían cambiado, aún era probable que su vida llegara a un abrupto final pero no la agarraría escapando, si llegara, ese final la encontraría luchando con uñas y dientes. Iñaki le había robado su identidad en el pasado, pero nadie la haría olvidar quién era en el futuro.

Al llegar a la casa, Mauricio se apresuró a su computadora. Abigail lo siguió y jaló una silla junto a él.

–¿Dijiste que había estado usando tu nombre?

–Sí.

Mauricio escribió el nombre completo de Abigail.

–No se me hubiera ocurrido buscarlos en internet.

–No hubieras encontrado nada, bueno quizá algo, pero solo el cuatro por ciento del internet es visible para el público en general. Es complicado pero el internet es mucho más de lo que te imaginas.

–¿Y no van a saber que los estás buscando?

–Lo estamos haciendo de forma anónima. Bienvenida a la Dark Web.

Mauricio daba clics y pasaba de página en página de forma tan rápida que Abigail no entendía lo que estaba haciendo.

–Aquí no solo podemos entrar a las páginas que tú conoces, podemos entrar a archivos de Dropbox, correos guardados en los servidores, y ¡uf! No te imaginas.

Abigail se aclaró la garganta, atónita ante lo que estaba viendo. –¿Y eso es la Dark Web?

–La Deep Web es en dónde está el noventa por ciento de la información. La Dark Web es solo un muy pequeño porcentaje pero oculta los motores de búsqueda, y las direcciones IP.

Abigail asintió sin comprenderlo todo. –Mientras tú sepas lo que estás haciendo...

En solo unos minutos, Mauricio tenía más de cuarenta ventanas abiertas con el nombre de Abigail en cada una de ellas.

Mauricio silbó al ver todo lo que estaba relacionado a su hermana. –Has estado ocupada.

Abigail leyó sobre la compra de un terreno pero antes de que pudiera ver en dónde, Mauricio ya había abierto otra página. –Vas muy rápido.

Mauricio la volteó a ver alzando una ceja y con una pequeña sonrisa. Claramente quería que lo dejaran trabajar.

Abigail se aclaró la garganta. –¿Te traigo un café?

–¿Cerveza?

Mientras abría el refrigerador, escuchó la música electrónica desde la habitación donde trabajaba su hermano. Se preguntó cómo podría concentrarse con el volumen tan alto. Tomó dos latas y regresó a su silla de acompañante.

–Gracias, eres la mejor. –Mauricio tomó la cerveza, le dio un trago y regresó a la computadora. Frente a él había un cuaderno con números y puntos en una letra casi ilegible. Abigail le dio un sorbo a su cerveza y se recargó en el asiento escuchando la música.

Cuatro cervezas después, Mauricio había llenado tres páginas de información. Solamente dos veces habló Abigail, cuando su hermano le pidió el nombre del capitán y cuando Abigail vio una cuenta a su nombre con nueve dígitos.

La música se detuvo de pronto y Abigail abrió los ojos. Mauricio estaba en la misma posición que había estado antes de que Abigail se quedara dormida. Miró las hojas sobre el escritorio, habían páginas y páginas con más de lo mismo. Se enderezó en la silla, y miró el reloj, eran las cuatro de la mañana.

–¿No has parado?

–Fui al baño hace rato, –Mauricio respondió concentrado en lo que estaba leyendo en la pantalla.

–Deberías descansar, podemos seguir mañana. –Abigail se levantó y estiró los brazos.

–Solo terminaré esto, encontré a Alfonso Romano Pallares.

–¿El capitán?

–Ese hijo de puta sabe esconderse. –Mauricio dio un sorbo y aventó la lata.

Abigail vio la lata caer en un cesto con al menos diez latas más.

–Al menos te traeré algo de comer.

Mauricio la volteó a ver, –buena idea. Creo que todavía hay pizza.

Abigail sacudió la cabeza, quería hacer algo por su hermano. Había estado horas metido en la computadora y ella dormida, al menos podría hacerle algo más sofisticado.

Diez minutos después regresó con tres pedazos de pizza. –Mañana iré al súper. Tienes la cocina de un adolescente.

–Prioridades, Abi. Prioridades.

Abigail frunció el ceño, no sabía lo que su hermano había querido decir con eso pero estaba tan absorto en la pantalla que decidió dejarlo comer y trabajar en paz.

Alguien tocó a la puerta del departamento a las once de la mañana. Abigail ya había ido al súper de la esquina y estaba preparando un espagueti con champiñones y calabazas como le gustaba a su hermano de chico.

Mauricio se levantó al escuchar el timbre. –Huele bien, –dijo al pasar por la cocina hacia el interfono.

–¿Estás listo? –preguntó un hombre.

–Te escribí el miércoles, no voy a ir.

–¡Pensé que bromeabas!

–No.

–¡Tienes que venir! ¿Qué es más importante que la expo?

Abigail miró a Mauricio extrañada. Mauricio sacudió la cabeza. –¿Sabes qué? Creo que hay algo en lo que puedes ayudarme. –Apretó el botón para dejarlo pasar.

–¿Estás seguro de lo que estás haciendo?

–Te aseguro que Beto no corre ningún riesgo, le va a encantar ayudar y a mi me serviría la ayuda.

Abigail encogió un hombro, confiaba en su hermano y sabía que por mucho que ella lo intentara, no le sería muy útil.

Un joven con el cabello teñido de güero y anteojos entró a la casa. –¿Y tú eres? –Beto la miró extrañado.

–Es mi hermana. –Mauricio lo dejó pasar.

–No sabía que tenías una hermana. –Beto lo miró extrañado, pero entró

directo a la cocina, saboreando el olor. –Ya me caíste bien.

Abigail alzó las cejas ante el extraño personaje. –Hola.

–¿Cómo estás? –Beto estrechó su mano. –Así que no irás a la expo... –se volteó con Mauricio.

–No y tú tampoco. Necesito tu ayuda en algo.

Beto lo miró confundido, –¿en qué? –miró a Abigail, –tu hermano nunca me ha pedido ayuda, esto debe ser realmente complicado, –susurró.

–Ven, te pondré al tanto. –Mauricio lo guió a la computadora.

–¿Qué te pasó en el cuello? –Beto preguntó mientras caminaban a la habitación.

–¿Vienes Abi? –preguntó Mauricio.

–Sí, dame un segundo. –Abigail miró hacia la ventana.

Abigail respiró un par de veces. No era lo mismo decirle a su hermano lo que había pasado que a un completo extraño. Ser juzgada por él no era su mayor preocupación, si él abría la boca, todo se iría a la basura. Se repitió que confiaba en Mauricio y que todo saldría bien. Apagó la estufa y sirvió tres platos.

–¡No mames! –Beto no ocultó su sorpresa al ver a Abigail.

Abigail dudó por un momento si su expresión era debido a los platos que llevaba en las manos, a algo que Mauricio había dicho, o si el tipo estaba simplemente loco.

Ofreciéndole un plato, Abigail se aclaró la garganta, –¿qué?

Beto y Mauricio probaron el platillo. –Delicioso. –Mauricio dijo con la boca llena. Beto asintió entusiasta.

–Entonces, ¿cuál es el plan? ¿les ponemos virus? ¿les quitamos sus

contraseñas? ¿intervenimos sus coches? ¿sus redes?

–Primero quiero que encontremos su fuente de recursos. Esto es lo que tengo de Alfonso y Federico...

–¿Federico es tu esposo? –Beto preguntó.

Abigail tomó una hoja, –quizá así lo tengas más claro. –Escribió el nombre de Owen Pratt y ULAP hasta arriba con un guion y el nombre de Iñaki a un lado. –Él es mi esposo, –circuló a Iñaki. Dibujó dos líneas hacia abajo, una llevaba a Santa Lucía y otra a los Talismanes. Debajo de Santa Lucía escribió Federico Gaitán y debajo de los Talismanes escribió Alfonso Romano, entre paréntesis: capitán.

–Germán es el papá de Iñaki. Él contrató a Isabela hace unos años para investigarlo, ella tiene mucha información y su esposo es Renán Guerra, el Comisionado General.

–¿Y ellos saben sobre esto? –Beto señaló las hojas que había llenado Mauricio.

–No, piensan que me fui de la ciudad. Pensaba tomarme unos días.

Beto asintió. –Quizá sea mejor así.

Mauricio miró a Beto y después a Abigail. –Vamos a necesitar de su ayuda en algún momento. Podemos hacer un gran ataque y lo que sea pero a esta gente hay que llegarle por todos los frentes.

Abigail asintió, –cuando llegue el momento me dices y los llamo.

Mauricio asintió. –Bueno, tenemos mucho qué hacer. ¿Traes tu compu?

–Como si la fuera a dejar en cualquier lado, –Beto respondió, levantándose, –voy por ella.

Beto y Mauricio consiguieron toda la información ese mismo fin de semana. Para el domingo en la noche ya tenían lo que necesitaban para comenzar los ataques.

Abigail quería llamar a Germán, saber lo que estaban haciendo ellos, pero Mauricio le había pedido que esperara. Absolutamente nadie podía enterarse de lo que estaban haciendo en esas computadoras.

El lunes diecinueve de agosto escucharon en las noticias que habían hecho otro operativo, esta vez los Talismanes habían abierto fuego contra los oficiales y el resultado habían sido varios heridos y ningún detenido. Abigail se imaginó las reacciones de Germán e Isabela al enterarse de la noticia.

–¿Puedes llamar al Comisionado?

–Sí, ¿qué necesitas? –Abigail tomó su teléfono.

Mauricio no apartó la mirada de la computadora. –Saber en dónde piensa atacar después.

–¿Por qué?

–Por que lo están esperando.

Beto se asomó a la pantalla de Mauricio. –También este está preparado. –Le dijo volteando su pantalla.

–¿Conversaciones de WhatsApp? –Abigail alzó las cejas. –¿De quién?

–Llámallo, pero dile que venga será mejor hacerlo en persona. ¡Ah! y solo.

Beto se aclaró la garganta, –¿lo piensas traer aquí?

Mauricio y Abigail intercambiaron una mirada.

–Le diré que nos vea en el café que está a dos cuadras. –Dijo finalmente Abigail.

Mauricio asintió.

–Mauricio insertó una memoria en la pantalla y fue a su habitación por la computadora portátil.

Renán contestó en el segundo timbre. –Abigail, qué sorpresa.

–¿Estás solo? –preguntó Abigail.

–Sí, estoy camino a una reunión, no sé si te enteraste pero el operativo fue un fracaso, estamos-

–De eso quiero hablarte. Es urgente, ¿te puedo ver en el café de la calle Palmeras en una hora?

Sorprendido, Renán accedió a verla y quedaron de verse en quince minutos en el café.

–¿Estás segura de que podemos confiar en él? –preguntó Mauricio.

Abigail lo pensó, –sí. Creo que sí. –Dijo cruzando los dedos.

Renán llegó diez minutos después de la hora acordada. La mesera lo llevó al segundo piso en dónde Abigail compartía la mesa con su hermano y Beto. Era un área privada en dónde podían hablar sin que nadie los escuchara. Renán se ajustó la corbata y se sentó, un tanto desconfiado.

Abigail los presentó, y después le contó que el capitán la había seguido cuando intentó marcharse. Renán asintió comprendiendo cómo se había involucrado su hermano, y se sorprendió al escuchar la cantidad de información que habían encontrado en internet. Parte de esa información la conocía por su centro de inteligencia pero mucha no, aunque no sabía si la falta de información se debía a corrupción o falta de habilidad de los trabajadores.

Beto y Mauricio le mostraron en la computadora una lista de direcciones, y señalaron los lugares en los que sabían que estaban preparados para recibir a la policía. Renán tomó nota de los lugares vulnerables, se prepararía para atacar ahí.

Abigail le envió un mensaje a Germán, diciéndole que había cambiado de opinión y ya estaba de regreso. Al menos tendría el canal de comunicación abierto y si habían novedades, Germán le diría. Germán contestó en unos

segundos, no habían visto a Marcos ni tenían noticias de Jorge. Por su parte, Germán e Isabela habían dado información a las autoridades y se había llevado acabo un operativo.

Abigail sabía de qué operativo hablaba. En lugar de escribirle sobre la razón del fracaso de ese operativo, Abigail solo le dijo que si tenía novedades se lo haría saber y que él hiciera lo mismo. Germán aceptó.

Renán, Mauricio y Beto dialogaban como si llevaran años trabajando juntos. Aunque Beto parecía tener sus reservas, Mauricio lo puso al tanto de lo que estaban haciendo y Renán a su vez les contó parte de los planes que él tenía para arrestarlos.

–Si los tuviéramos a todos juntos... –Beto se rascó la cabeza. –¿Te imaginas lo que podríamos hacer si lográramos que todos se conectaran a la misma red? –le preguntó a Mauricio.

–Técnicamente los vamos a tener a todos juntos el día del evento. –Dijo Abigail.

–¿Qué evento? –preguntó Beto.

–El viernes treinta hay una cena a beneficio de la ULAP. Es una fachada para lavar dinero y hacer acuerdos entre estas organizaciones, pero estarán ahí los importantes... Aunque no creo que lleven sus computadoras.

–No importa, todos llevan su celular. –Beto sonrió.

–Estoy planeando un operativo para esa noche pero aún no hay nada decidido. No puedo organizar un operativo sin conocer la lista de asistencia, no lo van a autorizar porque puede haber conflicto de intereses.

–¿Conflicto de intereses? –preguntó Abigail.

Mauricio miró a Abigail, –no querrían arrestar a uno de los suyos.

Renán apretó los labios asintiendo. –Hay gente importante ahí, si no tenemos evidencia clara sobre algunos de los asistentes no podemos arriesgarnos.

–Yo tengo la lista de asistencia. –Abigail exclamó de repente. –¡No! La tienes tú, estaba entre las memorias que Isabela te entregó, –se inclinó en el asiento hacia Renán.

Renán lo consideró por un momento, –de acuerdo, está en la oficina pero veré como rescatarla. La mayoría de esa información fue descartada.

–¿Por quién?

–Hello, –Beto alzó un dedo, –¿de dónde vino esa información? Nosotros podemos obtenerla.

–Bien. Ustedes consigan la lista de asistencia y consíganme evidencia clara contra al menos la mitad de los que asistirán. Si obtienen eso, yo me encargaré de armar un operativo del que ninguno de los que acudan al evento podrá escapar.

–¿Tenemos a alguien de confianza en el evento? ¿alguien que nos pueda meter? –preguntó Mauricio. –Tú estarás ahí, supongo. –Miró a Abigail, –el capitán te espera, pero no confía en ti.

–Se supone que Germán estará ahí.

–¿Confían en él?

–Más o menos. Por lo que entiendo es una figura pública que ellos utilizan para hacer de este evento algo creíble y loable.

–Muy bien. Él será nuestra voz en el evento, tú serás nuestros ojos. –Renán asintió mirando a Abigail.

–¿Dijiste que es el treinta? –Beto preguntó mirando su reloj. –Hoy es diecinueve.

–No tenemos tiempo que perder. –Mauricio se levantó y sacó su cartera.

–Yo invito, –Renán, quien no había ordenado nada, dejó un billete de quinientos sobre la mesa. –Habla con Germán, nos reuniremos el sábado

veinticuatro, te enviaré la dirección por mensaje.

Abigail asintió, Beto y Mauricio intercambiaron una mirada. Tenían el tiempo contado.

Todos se mantuvieron ocupados tras la reunión del lunes. Para el jueves veintidós, Mauricio y Beto ya habían encontrado una larga lista de fraudes cometidos por Federico Gaitán, el capitán, Iñaki y decenas de hombres y mujeres relacionados con sus empresas. Descubrieron una estafa de catorce millones de dólares a través del phishing en 2011. Iñaki había logrado robar la identidad de un banco internacional y había enviado miles de correos a usuarios, consiguiendo sus datos personales y bancarios.

Por su parte, Alfonso Romano, el capitán, tenía una lista de transacciones de dudosa precedencia, el rastreo de sus transferencias, llevaba a desvíos millonarios y aperturas de cuentas en el extranjero. En la mayoría de los casos, el dinero provenía de compañías anónimas o intermediarios, Abigail siendo el intermediario de distintas transacciones. Federico Gaitán no se quedaba atrás con las transacciones ilícitas. Tenía una lista de compras de autos de lujo, pinturas de valor de miles de dólares y propiedades por todo el mundo, y en sus servidores también se encontraban casos de estafas por phishing a nivel internacional en el año siguiente de las estafas de Iñaki.

Federico, Alfonso e Iñaki habían contribuido en largas cantidades a la fundación de la ULAP, y el nombre de Germán y Abigail también figuraba en esas transacciones.

Ese mismo jueves, Mauricio y Beto discutían sobre la interpol. Beto había logrado entrar a la fase y quería poner alertas rojas sobre Federico Gaitán y Alfonso Romano, pero Mauricio se oponía a hacerlo hasta no hablarlo con Renán y Abigail.

Abigail había sido el puente entre Germán, Renán y Mauricio. Renán, ahora que conocía algunos puntos vulnerables de los Talismanes, estaba atacando una base importante, Germán se había encargado de avisar a los medios para que los reporteros pusieran en la mira a los Talismanes. Si el operativo del jueves resultaba exitoso, los Talismanes estarían en todas las redes y en boca de toda la sociedad.

Abigail escuchó sobre lo que habían encontrado, las estafas de Iñaki coincidían con el año en el que pensaba separarse, eso explicaba cómo había conseguido tanto dinero en tan poco tiempo, y también que Federico y el capitán se interesaran en él. Abigail estaba segura de que Iñaki había ayudado a Federico en sus estafas del 2012.

–Llamaré a Renán en la tarde, después de su operativo. –Abigail tomó su chamarra. –La interpol suena a un gran golpe pero no sé si traiga más problemas que soluciones.

–¿A dónde vas?

–Isabela quiere verme, dijo que era importante.

Mauricio asintió y regresó a la pantalla. –Llámame si necesitas algo.

Abigail llegó al restaurante de comida china en dónde había conocido a Renán. Isabela estaba sentada al fondo, aún con la venda en el brazo.

–¿Cómo estás?

–Bien, ¿qué pasó? –Abigail fue directo al grano. No quería pasar más tiempo ahí del necesario.

–Quería hablar contigo porque desde esa noche en tu casa te noto distante.

Abigail la miró sin decir nada. ¿Era tan obvio?

–¿Qué crees que pasó? –Isabela entrecerró los ojos.

Abigail no supo qué hacer. Mantenerse indiferente, como si nada pasara, o confesarle sus sospechas. Si sus sospechas eran correctas, Isabela no confirmaría nada, solo inventaría pretextos o alguna historia, pero si Isabela era inocente, quizá debía darle oportunidad de explicarlo.

–Pensé que tenías información importante sobre lo que estamos haciendo.

Isabela hizo el brazo hacia delante, mostrándole la venda, molesta. –Me dio

un balazo, ¿crees que fue una actuación? –en su desesperación, Isabela se quitó la venda, mostrándole el hueco en su piel a Abigail.

Abigail volteó asqueada.

–¡Esto es real, Abigail! ¿No te preguntas por qué rayos me dejaría disparar si fuera socia de Marcos?

Abigail la miró aún con el estómago revuelto.

–¿Sabes cómo se siente que te disparen? –Isabela entrecerró los ojos, –lo primero que sientes es como si alguien te empujara de una forma violenta, con mucha fuerza, después viene el intenso dolor y sentir cómo la sangre sale hirviendo.

–¡De acuerdo! ¡ya entendí! Es desagradable. –Abigail alzó una mano deteniéndola.

–Desagradable. –Isabela repitió, colocándose la venda.

–Dime exactamente lo que pasó, porque algo no me cuadra. Escuché dos disparos, ustedes dos estaban a punto de matarse y cuando abro los ojos, Marcos está como si nada hubiera pasado y ¡tú también!

–¿Cómo si nada hubiera pasado? ¿así me viste?

–Sí. En casa de Germán. Fuera de esa venda, no te vi alterada en lo más mínimo. ¡Ni siquiera te importó que Marcos, el asesino, se quedara en mi casa!

Isabela abrió los labios pero los cerró, considerando las palabras de Abigail. Después de un momento, más tranquila, preguntó, –¿crees que te traicioné? ¿crees que me hubiera ido sabiendo que estabas en riesgo?

–Eso fue exactamente lo que hiciste.

Isabela negó y se inclinó hacia delante. –El capitán llamó a Marcos, ¿lo recuerdas?

Abigail pensó en esa noche. –Sí.

–Marcos ya sabía quién era yo, Jorge le ha de haber contado todo. Cuando colgó, le pedí que bajara el arma, su respuesta fue un no lo creo, le disparé pero él disparó un segundo antes, la bala atravesó mi brazo en el momento en el que apreté el gatillo, desviando mi disparo.

–No lo escuché responder... –Abigail se esforzó por recordar, pero después de que Isabela le había pedido que bajara el arma, todo se había puesto muy confuso. –¿Pensabas matarlo?

–Pensaba hacer lo mismo que él. Dispararle para hacerle saber que iba en serio, no para matarlo.

–¿Qué pasó después? Minuto por minuto. –Aclaró Abigail.

Isabela suspiró, –se acercó a mí después de dispararme y presionó su arma contra mi frente, solté el arma, y te miré de reojo, esperando a que hicieras algo... ahí me di cuenta de que te habías desmayado.

Abigail no lo había pensado de esa forma, –vaya ayuda que fui.

–Exacto, –Isabela alzó una ceja. –Le dije que había sido yo. Que había alertado a las autoridades, y le pregunté por Jorge. Me dijo que estaba bien, pero que no iba a seguir corriendo con suerte si no me hacía a un lado. Le dije que sí, bajó el arma y me dijo que me daba un día para desaparecer. Le dije que no me iría a ningún lado si te quedabas ahí, pero solo se rio y me dijo que tú estabas segura, al menos hasta el día del evento de la fundación. Le creí, Abigail. Solamente por eso me fui... –Isabela se puso el cabello detrás de la oreja, y miró hacia la calle. –Me hice un torniquete en el brazo para detener la hemorragia, no quería ir al hospital así que me fui a casa de un amigo que es médico, la bala había salido y no me había dado en ninguna arteria ni lugar importante así que me curó y me vendó. Pensaba hacer mis maletas e irme, pero en lugar de ir a mi casa fui a casa de Germán, llegué unos minutos antes que tú, aún no había tenido oportunidad de explicarle.

Abigail miró sus manos, sintiéndose mal por haber dudado de ella. –Siento no haberte ayudado.

–Quizá fue mejor así. –Isabela alzó un dedo para llamar al mesero. –Si hubieras estado consciente no sé si Marcos también te habría disparado.

Abigail lo pensó mientras Isabela ordenaba.

–Solo un vaso de agua, gracias. –Le dijo Abigail al mesero, y después miró a Isabela. –¿Por qué me habría disparado? ¿no se supone que no me puede tocar hasta el evento?

–No habría tirado a matar. Solo quiere asustarnos, –Isabela volvió a hacer para adelante el brazo. –Qué bueno que te asustas fácil. –Sonrió Isabela.

Abigail asintió lentamente.

–Entonces, ¿estamos bien?

–Sí, lo siento. No debí haber dudado de ti.

Abigail acompañó a Isabela mientras comía. No volvieron a hablar sobre esa noche ni sobre lo que estaba pasando, ya se pondrían al corriente el sábado con los demás.

–Me hubiera gustado que me contaras que te pensabas marchar. Te habría advertido que el capitán no te dejaría ir tan fácil.

–De haber sabido. –Respondió Abigail con un suspiro, –al menos ahora Mauricio nos está ayudando.

Isabela terminó de comer, –al menos conociste San Pedro del Lago, dicen que es hermoso.

Abigail asintió, –sí. Quizá algún día iremos sin ser perseguidas.

–Suena bien.

Isabela sorprendió a Abigail con un abrazo de despedida. No se había dado cuenta de que Isabela realmente la apreciaba. Sintiéndose aún peor por no haber ayudado esa noche y después desconfiado de ella, Abigail le aseguró que la mantendría al tanto de todo lo que pasara.

Abigail llegó al departamento a las siete. El operativo ya debía haber terminado a esa hora. Su hermano y Beto hablaban en la habitación de al lado, por primera vez no había música en el departamento.

–Ya regresé, –Abigail colgó la llave que le había dado su hermano.

–¡Ven! –Mauricio exclamó, subiendo el volumen de la computadora.

...Alias el Vasco, fue detenido hace unos minutos cuando los Federales irrumpieron en lo que se presume es una base principal de operaciones del grupo los Talismanes.

–Arrestaron a siete, y ese Vasco, es el segundo del capitán. –Mauricio le informó.

–¿En serio? –Abigail se sentó junto a ellos maravillada.

En el video mostraban la casa por afuera. Estaba en una zona residencial y los vecinos no parecían tener idea de las operaciones que se llevaban acabo en el interior. El sujeto que mostraban en la pantalla tampoco parecía un delincuente, vestía formal y tenía buena apariencia.

–El capitán ha de estar que se lo lleva la fregada. –Dijo Beto emocionado, llevándose una palomita a la boca.

Abigail se preguntó si el capitán tomaría represalias contra Federico otra vez, o si Marcos le habría confesado que Isabela estaba detrás de esto.

–¿Bueno? –Abigail recibió una llamada de Renán.

–Esto es un caos.

–Mmmm... ¿felicidades?

–El operativo fue un éxito pero si supieras lo que movió arriba. –Renán habló en voz baja y se oía agitado.

–¿Qué? –Abigail se tapó el otro oído para escucharlo mejor. Mauricio bajó el volumen del noticiero.

–Tengo a mucha gente inconforme con los arrestos. Gente importante.

Abigail se quedó en silencio, sin saber qué decir.

Renán suspiró, –no salgas de la casa de tu hermano, no contestes el teléfono y asegúrate de que no los encuentren. El sábado te enviaré la ubicación en dónde un carro los estará esperando para llevarlos a nuestro punto de encuentro.

–Está bien. –Abigail asintió nerviosa.

–¿Qué pasó?

–Al parecer no todos están felices con el operativo. Gente importante está presionando a Renán.

–Era obvio que eso pasaría, –Mauricio bebió un sorbo de cerveza. –Pero eso es bueno, –dijo alzando un dedo, –ahora Renán sabe quienes son los corruptos del gobierno que tapan a estos idiotas.

–No sé, –Abigail se sentó aún nerviosa. –Renán se oía preocupado.

Beto se levantó y juntó sus palmas. –Mira, el sábado que lo veamos, le pedimos los nombres de los que se pusieron nerviosos, los buscamos y les encontramos sus vínculos. ¡Bum! Todos se van al tambo.

–Sí, qué fácil. –Abigail alzó las cejas.

Mauricio le ofreció una cerveza, –relájate, estamos progresando. –Y tú, me sorprendes. –Le dijo a Beto.

Beto abrió los ojos por completo, –¿yo?

–Sabemos perfectamente quiénes son los que se oponen a este operativo. – Mauricio le empujó una hoja que tenía en el escritorio.

Beto se golpeó la frente. –Qué idiota.

–¿Qué es eso? –Abigail se levantó para ver la hoja de cerca.

–Vínculos. –Mauricio abrió una ventana en su computadora.

Abigail leyó una lista de nombres y fechas en la hoja. –¿De?

–Carlos Medina Herrera le vendió un terreno a Alfonso en 2016, y otros dos en 2017.

–¿El presidente municipal?

Mauricio asintió, abriendo otra ventana. –José Luis Cuevas hizo al menos seis transferencias el año pasado a una cuenta de Alfonso Romano. –Miró a Abigail, –sí, el Secretario de Hacienda.

–Encontramos veintidós funcionarios involucrados con los Talismanes. Altos funcionarios. –Beto alzó una ceja. –Hasta el momento. Y solo estamos rascando la superficie.

–Renán debe enterarse de esto.

–Le diremos el sábado, ya que tengamos más información. –Beto asintió.

–Llevaremos capturas de pantalla y correos impresos, pero toda la información se queda aquí. Necesitamos una especie de garantía por si algo sucede. –Mauricio la miró fijamente.

–Claro, –Abigail asintió.

Renán le envió la dirección a Abigail en un mensaje de texto el sábado a las ocho de la mañana. Caminaron siete cuadras en dirección al café Palmeras, y en una esquina un hombre estaba parado junto a un Nissan negro.

–¿Estás segura de esto? –Mauricio detuvo a Abigail del brazo.

–Es Renán, –fue la respuestas de Abigail.

Mauricio miró al sujeto, el coche y después a su hermana. Asintió y la siguió hacia el final de la calle. Beto los siguió mirando en todas las direcciones.

Llegaron a un portón negro que cubría media calle e impedía la vista hacia el interior. El conductor apretó un botón y se abrió el portón frente a ellos, mostrando solo un camino angosto de terracería. El conductor avanzó por el estrecho camino y el portón se cerró detrás de ellos. Beto lo observó cerrarse y tragó saliva, sintiéndose atrapado.

El coche dio una vuelta y el camino se convirtió en un sendero de piedra que rodeaba hermosas fuentes con jardines llenos de vida. Árboles frutales y flores blancas y púrpuras adornaban el exterior de una casa de tres pisos llena de ventanales.

Beto miró la alberca olímpica al final del camino. –Está bien, que me secuestren aquí.

Abigail sonrió pero Mauricio sacudió la cabeza sin encontrarle lo gracioso. El lugar estaba hermoso, pero aún no sabían quien los esperaba en el interior.

El coche se detuvo frente a la puerta de la casa. Abigail se sintió aliviada al ver a Renán esperándolos.

–Gracias Gonzalo. –Renán abrió la puerta de Abigail.

–Hicimos cuarenta minutos por calles desiertas, te mentiría si te dijera que no comenzaba a dudar de ti. –Mauricio dijo estrechando su mano.

–Le pedí a Gonzalo que se asegurara de que no los siguieran. Perdón por tanta vuelta.

Beto estiró los brazos bajándose del coche. –¿Listos?

–Los demás ya están aquí, vengan.

Abigail, Mauricio y Beto siguieron a Renán al interior. La casa no decepcionaba por dentro. Cruzaron una sala del tamaño del departamento de Mauricio y un comedor con muebles sacados de una revista de decoración. Después llegaron a un pasillo con piso de cristal, que reflejaba un río que pasaba debajo.

–¿Tienes un río? –Beto se detuvo contemplando el suelo y los postes de

madera que atravesaban el agua para detener la casa.

Renán rio, –no es real. Pero lo parece, ¿verdad?

–¿No? –Beto sacudió la cabeza maravillado. –Paga bien ser un comisionado.

Renán alzó una ceja, –paga mejor ser investigador privado.

–¿Tu esposa? –Mauricio preguntó imitando la expresión de Beto.

La puerta del final del pasillo estaba abierta. Isabela estaba recargada en una mesa de madera y Germán estaba sentado a un lado.

–Qué gusto verte, hija. –Germán saludó afectuosamente a Abigail.

–¿El papá de tu esposo? –Beto preguntó.

–Me temo que sí. –Germán asintió apretando los labios.

Isabela les ofreció bebidas y bocadillos, rápidamente se sentaron todos alrededor de la mesa. Beto sacó su computadora y Mauricio le dio el USB

–De acuerdo. ¿Qué tenemos? –Renán cruzó las manos y las apoyó sobre la mesa.

–Marcos e Iñaki salieron del país. –Isabela fue la primera en hablar. –Uno de mis informantes me dijo que tenían instrucciones de alejarse del conflicto.

–¿Instrucciones de quién? –preguntó Germán confundido. –Ni Federico ni el capitán sabían dónde estaba Iñaki.

–¿Owen Pratt? Es la opinión de él la que le interesa a Iñaki. Iñaki salió en la madrugada y Marcos salió un día después.

–¿Qué tan segura es tu información? –Renán no la miraba como un esposo, en ese momento su relación parecía estrictamente profesional.

–Es segura. Están en Europa y no tienen intención de regresar para el

evento. –Isabela dijo tranquila.

–Iñaki no tengo idea, pero estoy segura de que Marcos estará ahí. –Abigail sacudió la cabeza, –estoy completamente segura.

–¿Te ha escrito? –Isabela preguntó.

–No, pero el capitán y él me van a estar esperando, lo sé.

Isabela asintió, –si mis fuentes me informan de cualquier movimiento de esos dos, ustedes serán los primeros en saberlo.

Renán asintió satisfecho. –Después del operativo surgieron bastantes preguntas.

–Sobre eso, –Beto alzó un dedo.

Mauricio abrió un documento en la computadora y la empujó suavemente sobre la mesa. –Funcionarios involucrados.

Isabela y Germán se levantaron para ver mejor. Renán asintió al leer la lista, en algunos nombres alzaba las cejas y se pasaba una mano por el cabello.

–Algunos de ellos llamaron para quejarse. –Dijo finalmente. –Supuse que tenían alguna relación con ellos.

–¿Cómo consiguieron esto? –preguntó Isabela.

Beto sonrió, –somos profesionales.

–Esto es suficiente para ponerles una demanda, ¿no? –Isabela miró a Renán, esperanzada.

–También tenemos evidencia de los asistentes al evento, al menos de la mayoría. –Mauricio le mostró el resto de las carpetas en la computadora, –te dejaré el USB para que lo revises con calma. Es bastante.

–Se han mantenido ocupados. –Germán alzó las cejas complacido.

–¿Podemos comenzar a procesarlos? ¿puedes autorizar la detención de todos ellos? –Isabela preguntó.

Renán suspiró, –esto es muy bueno, lo que ustedes han hecho es... ¡Pf! No se imaginan. Pero no es tan sencillo, si ellos se enteran de dónde viene la evidencia...

–Dirás que tu equipo la sacó. Tú tienes un equipo de inteligencia que debería estar haciendo exactamente esto. –Isabela agitó un dedo a la computadora. –Ellos dos lograron darte en unos días lo que tu equipo fue contratado para hacer. Que ellos te den los enlaces o lo que necesites para que los saquen de tu oficina...

Renán asintió considerándolo. –¿Qué sabes de Federico?

–Federico está asustadísimo con todo lo que está pasando con los Talismanes. Si pueden hacer operativos contra el mismo capitán, es obvio que pueden hacer operativos contra él. Sabe que si cae en estos momentos, su hija por ejemplo, no correría con la misma suerte.

–¿Y el capitán?

–Por lo que escuché está tranquilo. Lo tomó por sorpresa el operativo pero está esperanzado en el evento.

–¿En serio? Se puso como loco esa noche cuando habló con Marcos. No sonaba muy tranquilo. –Respondió Abigail.

–Quizá está tranquilo porque Marcos no está. A lo mejor ya sabe del paradero de Iñaki y con eso es suficiente para que él piense que sus negocios tienen futuro. –Cruzó una pierna, –tampoco tenemos que preocuparnos por Owen Pratt, al ver todo el caos que hay con los Talismanes y Santa Lucía, él se hará a un lado.

–¿Así nada más? –Renán alzó una ceja.

–Digamos que no es un buen momento para hacer negocios en este país. – Isabela respondió con una sonrisa un tanto arrogante.

–Muy bien, y ¿cuál es el plan? –Germán preguntó. –Si Marcos no va a estar en el evento no sé si deba acudir.

–No es un hecho que no estará, –Renán comentó, –además por lo que entiendo conoces a la mayoría de estas personas y están acostumbrados a verte ahí.

–No los conozco, he ido a esos eventos cada año por mi hijo.

–Está bien, –Renán lo tranquilizó, –solo digo que te estarán esperando. Quieren que una persona de tu reputación salga en las fotos para que el público siga creyendo que el evento es real.

–Nosotros tenemos que estar ahí dentro, ¿podremos entrar contigo? –Mauricio le preguntó.

–Supongo que pueden ser familiares... –Germán frunció el ceño, –o socios míos del despacho.

Mauricio asintió.

Isabela se recargó en el asiento. –Yo llegaré por mi cuenta. En caso de que Marcos asista, no quiero que me vea con ustedes. No quiero que haga alguna locura y Jorge termine herido.

–En una de esas lo lleva Marcos al evento. –Germán se llevó una mano a la barbilla.

–Ojalá. Solo quiero saber que está vivo. –Isabela se tronó los dedos.

–Yo también. –Germán dijo en voz baja.

–Estábamos pensando, –Mauricio se aclaró la garganta viendo a Germán, –en el evento hacen donativos, ¿no?

Germán asintió.

–¿En efectivo?

–En cualquier forma.

–¿Tú podrías pedirles que en cierto momento de la noche hicieran una transferencia a tu cuenta?

–¿A mi cuenta? –Germán soltó una risa.

–O a la cuenta que sea, lo que quiero es que hagan una transacción a un enlace que tú les envíes... puedes decir que es para limpiar su dinero o lo que te dé la gana, lo que queremos es ponerles un cuatro. Tendremos de forma inmediata todos los datos personales de los asistentes.

–Hasta donde ellos saben yo no estoy enterado de esas cosas.

Renán asintió, –no, no tienes que decir literalmente que es para limpiar su dinero, pero puedes hacerles entender el mensaje.

–¡En ese momento pensarán que estoy involucrado!

–Y serás uno de ellos, –asintió Renán entusiasta. –Confiarán en ti. Después de todo, eres el papá del jefe. Es lógico que te hayas involucrado en algún momento, y si Iñaki no está... serás su portavoz.

Germán alzó las cejas y puso las manos detrás de su cuello. –Es complicado.

–¿Lo harás? –Renán lo miró fijamente.

Beto rompió el incómodo silencio. –También pensamos en poner una alerta roja en la interpol. Entramos al sistema, podemos hacerlo. Federico, el capitán... quien sea.

–La interpol le ofreció un trato a Owen, –Isabela se miró las uñas. –Yo no me metería con la Interpol, o sabrán que algo raro está pasando.

Renán miró a Isabela. –Háblame de ese trato.

–No estoy muy enterada todavía, pero Owen ha estado hablando con uno de ellos y parece que vendió a varias cabezas de otros países. No me

sorprendería que Owen esté al tanto de lo que pasa en la Interpol.

–¿Es un informante?

–No lo sé. –Respondió Isabela. –Luna también está de regreso.

–¿La asistente de Iñaki? –preguntó Abigail.

–Sí. Y justo viene llegando de Europa. Estuvo en Italia, me imagino que esperando a Iñaki.

Abigail se reprochó por sentir una punzada de celos en el estómago.

–De acuerdo, –Renán se inclinó hacia delante, –entonces ustedes dos, –dijo mirando a Mauricio y Beto, –se irán con Germán. Isabela y Abigail llegarán cada una por su cuenta y yo llegaré con mis hombres.

–Lo haré. –Germán dijo finalmente. –Les ofreceré comprar acciones de una nueva compañía o algo así que les permita limpiar su dinero. –Sacudió la cabeza, –ya pensaré en qué les diré, pero lo haré.

Mauricio y Beto asintieron. –Nosotros te daremos el link.

–Ustedes me dirán cuando esté hecho, en ese momento entrarán mis hombres a hacer el arresto.

–¿Y yo qué? –Abigail, que llevaba un rato callada, se movió incómoda en la silla. –¿Qué hago en el evento?

–Tú seguirás siendo nuestro enlace. –Renán la miró. –El capitán te buscará para que le des la información de Ernesto,

–Si es que no la tiene todavía, –Abigail encogió los hombros. –Seguramente ya sabe en dónde está Iñaki.

–No importa, tú cumple tu parte del trato. Lleva la información que le prometiste y asegúrate de que la vea.

–¿Qué le impedirá matarla al instante? –Mauricio preguntó.

Isabela se aclaró la garganta. –Para eso estaré yo ahí, para apoyarla.

Renán se hizo para atrás del asiento, pensando. –De acuerdo, evítalo lo más que puedas, ve preparada pero no lo busques. Quizá él espere hasta después de la cena, para entonces ya habremos entrado. –Se levantó de su asiento y recargó las manos en el respaldo. –Necesito ser muy claro en algo que todos saben. En el evento no habrá ningún lugar seguro al comenzar el operativo. Lo planearé de una forma en la que evitemos la violencia lo más posible, como siempre, pero si abren fuego... no garantizo que no resulten heridos en fuego cruzado.

–Eso es obvio, –Beto alzó la mirada, –todos los que vayamos podemos morir ahí, anotado.

–Entonces tenemos un plan. –Renán asintió complacido. –El próximo viernes será el fin para los Talismanes, Santa Lucía y cualquier organización criminal que asista al evento.

Renán les entregó micrófonos a todos. Estarían comunicados en el evento y podrían alertarse en caso de peligro. La única que estaría transmitiendo sin poder escuchar sería Abigail, estaría demasiado cerca de el capitán como para esconder el auricular, pero todos los demás estarían comunicados. Todos se levantaron despacio. El ambiente estaba tenso pero al menos todos sabían lo que tenían que hacer.

Durante la siguiente semana, Mauricio y Beto prepararon el link que serviría de carnaza para todos los asistentes. Beto bloquearía las redes para que independientemente de que hicieran transacciones, al entrar a internet tuvieran que hacerlo a través de su computadora.

Germán había desaparecido desde el domingo y no habían tenido noticias de él hasta el miércoles. Decidió pasar con su esposa un fin de semana fuera de la ciudad, había estado muy estresado y le había faltado poco para cambiar de opinión, pero el jueves les envió un mensaje a todos diciéndoles que estaba listo para el viernes.

Solo faltaban unas horas para el evento, y para bien o para mal, todo terminaría. Abigail se levantó al escuchar su teléfono, pero no llegó a contestar. Sorprendida, vio que la llamada se trataba de Marcos. Solo había sonado una vez, quizá se habría equivocado o arrepentido de llamarla. Abigail caminó hacia la sala con el teléfono en la mano, pensando en regresar la llamada.

–Me encanta ese lugar, fui una vez con Nancy... ¡qué noche!

–¿De qué hablan? –preguntó Abigail, distrayéndose.

Mauricio la volteó a ver mientras sacaba dos latas de cerveza. –Le contaba que fuimos a San Pedro del Lago.

–Le digo a tu hermano que llevé una vez a una novia, y bueno, quedé fascinado con el lugar.

–¿No sabías que habíamos ido? –Abigail miró a Beto.

Beto frunció el ceño, –¿no soy adivino?

Abigail miró a Mauricio.

–¿Qué? ¿qué pasa?

Abigail sacudió la cabeza. –No, nada.

–Me estás viendo como si fuera un extraterrestre. ¿Qué pasa?

Abigail sonrió ligeramente y sacudió la cabeza, apenada. –¿Le dijimos a Renán a dónde fuimos?

–¿Cómo?

–El día que fuimos al café, con Beto y Renán, ¿no les dijimos que estábamos en San Pedro del Lago cuando nos encontró el capitán?

–No... –Mauricio respondió extrañado ante la pregunta. –Dijiste que estábamos en un pueblo pero no dijiste dónde.

Abigail suspiró y cerró los ojos, llevándose una mano a la frente. Su teléfono volvió a sonar, esta vez la llamada era de Isabela.

–¿Hola? –Abigail respondió tranquila.

Isabela sonaba tan tranquila como Abigail. –¿Estás lista?

–Sí. ¿Tú?

–Sí. Estoy harta de jugar a las escondidas, por fin todo se terminará hoy.

–Sí, yo también. –Admitió Abigail.

–No te preocupes, ahí estaremos.

–Lo sé. –Respondió Abigail sin parpadear, como si le hubieran exprimido la energía del cuerpo. –Nos vemos más tarde.

–Adiós.

–Ey, –Mauricio la encontró recostada en el sofá. –Todo va a estar bien.

Abigail asintió. –Creo que me tardé mucho.

–¿En qué? ¿divorciarte? –bromeó Mauricio.

–En hablarle a mis papás. –Abigail apretó los labios.

–Oye, –Mauricio se sentó junto a ella. –Tendrás oportunidad de hacerlo. –Al no verla convencida, continuó. –Abigail, esta noche será complicada, pero para mañana todo esto habrá quedado atrás.

Abigail abrazó a Mauricio. –Gracias, gracias por todo.

Mauricio suspiró y acarició el cabello de su hermana. No pensaba perderla, pero Abigail parecía estar segura de que su vida estaba llegando a un fin.

Abigail tomó un taxi a su casa a las dos para arreglarse. Mauricio y Beto salieron a las cuatro de la tarde al punto en el que se reunirían con Germán.

Abigail no había entrado a su casa en varios días, el lugar le pareció extraño, ya no era su hogar. Se puso un vestido plateado con los hombros descubiertos y zapatos altos del mismo color. Se sujetó el cabello con un prendedor y se puso unos aretes largos, imaginando en el reflejo del espejo que Iñaki estaría parado en la puerta como lo había hecho la última vez.

Se subió al Mustang al diez para las siete, el evento comenzaría a las siete treinta. Manejó tranquila hasta el salón, y al llegar vio el coche de Marcos y se estacionó junto a él. *Sabía que vendrías*. Pensó. El coche de Isabela estaba más adelante, junto al de Germán. Se miró en el retrovisor, y se ajustó el micrófono en el vestido.

Al entrar al salón, no pudo evitar pensar en la noche de su aniversario. Lo primero que sus ojos buscaron fue la lámpara que se había roto ese día, y ahora ya estaba reparada. Germán la había roto esa noche para dejar la pistola que recogería Abigail antes de irse. Al igual que esa noche, habían planeado asesinarla, pero esta vez no sabía cómo lo harían o en qué momento.

Al frente había un pódium y sobre él un letrero de la ULAP en tres tonos de azul. Las mesas tenían manteles de un azul pálido que llegaban al piso y cubremanteles de azul oscuro. Las sillas tenían moños del mismo azul pálido que los manteles, y en el centro de cada mesa había un jarrón de cristal lleno de rosas blancas. Alrededor del salón habían antorchas con fuego azul.

Recorrió la mirada por las mesas, a muchos de esos hombres y mujeres los había visto muchas veces pero ahora que conocía sus pasados los veía diferentes. Finalmente encontró la mesa de Germán, y se dirigía hacia allá, cuando un hombre le cortó el paso.

–Te ves hermosa. –Marcos le ofreció una mano.

–Hola Marcos. –Abigail fingió una sonrisa, desviando la mirada hacia las paredes.

–Cloruro de calcio.

–¿Qué?

Marcos rio, –el fuego azul. El cloruro le da el color.

Abigail asintió, –qué interesante.

–¿Bailamos?

–Pensaba ir a saludar a Germán.

–Ya tendrás tiempo de platicar con él, ven. –Marcos tomó su mano y caminó hacia la pista.

Germán alcanzó a ver a Abigail y ella le hizo una seña de saludo. Germán señaló discretamente hacia arriba. Abigail alcanzó a ver a Mauricio y Beto en sus computadoras junto al sistema de luz y sonido. Sabía que Isabela había llegado pero no estaba junto a Germán.

Mientras Marcos comenzaba su rutina de baile, Abigail encontró la mesa del capitán, con algunas sillas vacías, probablemente los que faltaban habían sido detenidos, y para su sorpresa, Federico estaba con una mujer en la pista, disfrutando la velada.

Marcos bailaba sin ritmo, Abigail intercambió una mirada con el capitán, quien sonrió al verla.

Germán entró al salón con el rostro pálido. Mauricio fue el primero en notarlo. Se levantó, dejando la computadora en la silla y se apresuró hacia la escalera, pero un hombre lo detuvo. Mauricio lo reconoció, era un hombre de Renán.

–Estoy con Renán, déjame pasar.

–El señor Renán me dio instrucciones.

–¿Instrucciones de impedirme el paso? Muévete. –Mauricio insistió.

El hombre alzó su saco, mostrándole el arma a Mauricio. –Lo siento, no puedo dejarlo pasar.

–¿Qué pasa? –Beto se acercó.

Mauricio señaló a Germán, –algo no está bien. –Mauricio apretó el botón del radio, –Germán, ¿qué pasó?

Beto miró en la dirección que Mauricio indicaba. –Hace un momento estaba ahí sentado, –Beto frunció el ceño.

–Salió cuando llegó Isabela y apagó su radio.

–Probando, probando. –Beto dijo en su radio.

–No te escucho. –Mauricio frunció el ceño, –algo está mal.

Beto miró al sujeto que les impedía el paso. –¿Renán sabe de esto?

–Es su hombre. –Respondió Mauricio buscando a Abigail en la pista.

Después de un momento, Abigail miró hacia arriba y vio a Mauricio. Mauricio la miró y le hizo una seña, pero Abigail negó, haciéndole saber que no entendía. Marcos volteó hacia atrás pero no vio con quién hablaba Abigail.

–¿Todo bien? –preguntó Marcos entretenido.

–Sí, claro. –Abigail no quiso voltear a ver a su hermano para que Marcos

no sospechara, pero buscó a Germán. Su asiento estaba vacío.

–Llámale a tu jefe. Tengo que salir de aquí y no quieres que haga una escena. –Mauricio amenazó al de seguridad.

El hombre llamó a Renán, quien respondió que estaría ahí en un minuto.

Cada paso del baile los acercaba al pódium. Marcos se abrió paso entre la gente sin necesariamente seguir el ritmo de la canción, hasta que finalmente se quedó parado, chocando con la espalda de otro hombre. Abigail alzó las cejas apenas, pero el olor del hombre la hizo dejar de moverse.

Iñaki dio la vuelta y le sonrió a Abigail, mirándola de pies a cabeza. –Hola amor.

–Primaso, qué gusto tenerte de regreso. –Mauricio lo abrazó. –Te veré después.

Iñaki asintió, y regresó la mirada a Abigail.

Abigail lo miraba incrédula, inmediatamente buscó al capitán, pero su lugar estaba vacío en la mesa.

–¿Buscas a alguien?

–¿El capitán sabe que estás aquí?

–¿En dónde más voy a estar? –Iñaki frunció el ceño sin perder la sonrisa. – Después de tener a tu esposo ahí como animal, ¿esto es lo primero que me preguntas?

–¿Cómo saliste de ahí?

–Marcos te siguió... Te dije que se daría cuenta, ¿no? –Iñaki se acercó a su oído. –Te dije que te fueras, ya no puedo ayudarte, –dijo en voz baja.

Abigail vio a Isabela acercarse a ellos, su expresión seria pero relajada. Se preguntó si Marcos ya la había visto, y si sería buena idea que se acercara en ese momento.

–Ya está listo.

Abigail se tardó un momento en comprender que no era a ella a quien le hablaba.

–¿Le gustó la sorpresa? –Iñaki le preguntó a Isabela.

–No se lo esperaba. –Isabela le guiñó un ojo a Iñaki sin voltear a ver a Abigail. –Jefe. –Dijo en despedida antes de alejarse, dejando una expresión perpleja en el rostro de Abigail.

12

Isabela se sentó junto a Germán y cruzó una pierna mientras el mesero llenaba sus copas de vino.

–Ya le avisé al que está en el pódium que tengo una oferta que hacer. Al menos las cosas parecen estar de acuerdo al plan. –Germán miró nuevamente a Mauricio y Beto, asintiendo. –Todos estamos aquí.

Isabela asintió y bebió de su copa.

–Mi sobrino también. –Dijo sin verla a los ojos. –¿No te preocupa que te vea? No quiero que vaya a echar todo a perder.

–También Iñaki está aquí. –Isabela dejó la copa sobre la mesa, y se levantó. –Ven, tengo algo que mostrarte.

Germán se levantó detrás de ella buscando a Iñaki entre las mesas. Sin encontrarlo, siguió a Isabela hacia la puerta.

–¿Qué encontraste?

Sin responder la pregunta, Isabela caminó hacia el coche de Germán. La luz interior estaba encendida.

Germán caminó más despacio con un malestar en el estómago que rápidamente se esparció por todo el cuerpo. Al llegar al coche, sintió el olor antes de poder ver lo que había en el interior. Se cubrió la nariz mientras abría la puerta trasera. Un sonido agonizante salió de su garganta y sus rodillas se doblaron tirándolo al suelo. –No, no, no, –murmuró entre lágrimas.

El cuerpo de Jorge estaba extendido en el asiento de atrás a medio descomponer. Una mancha de sangre se esparcía en su camisa y habían huellas de zapatos y polvo en el resto de su ropa. Pero lo que más impactó a Germán fueron sus ojos. Estaban abiertos con la aflicción de una muerte inesperada.

Al mirar a Isabela, no encontró lástima, tristeza ni compasión, solo una mirada fría y una sonrisa arrogante.

–Los dejaré solos un momento. –Dijo ella antes de dar la vuelta y marcharse.

–¡¿Por qué?! –exclamó Germán.

Isabela respondió sin dar la vuelta. –¿Por qué? ¿Qué esperabas? ¡Tu hijo paga mejor que tú!

Sosteniéndose con la puerta, Germán dio media vuelta y recargó la espalda en el coche, lamentando profundamente la muerte de su hermano.

Iñaki siguió bailando pero Abigail no se movía, se había paralizado desde el anuncio de Isabela. En su cabeza corrían ideas una detrás de otra, correr detrás de ella y confrontarla, avisarle a su hermano y Germán, buscar a Renán...

Un señor con un traje azul, con cabello blanco a los costados y barba larga se paró en el pódium, y se presentó como el anfitrión, disculpándose por el retraso del representante de la ULAP. Les pidió que continuaran disfrutando la velada, y después llamó a Germán al micrófono, anunciando que en un momento les haría una oferta que nadie resistiría.

–¿Todo bien jefe? –un hombre que había estado sentado en la mesa de Federico se acercó a Iñaki.

Iñaki asintió y el hombre siguió caminando.

–No te detengas, no sabes en qué momento llega el capitán a cobrar su deuda.

–Lo sabía, lo sabía. –Abigail apretó los labios enfurecida. –Sabía que me ocultaba algo de esa noche, ¡lo sabía! Claro, ¿de qué otra forma se habría enterado del nombre del pueblo donde me encontró el capitán?

–Shhh... No querrás llamar la atención. –Iñaki miró a todos por encima de

la cabeza de Abigail. Algunos comenzaban a notar el cambio de ánimo, el primero ya se había acercado, los demás no tardarían en hacerlo. La jaló hacia el otro lado de la pista y se volteó de forma que no lo viera nadie. –Ten. Es un regalo de despedida.

Abigail tomó la pastilla. –¿Qué es esto?

–Te ahorrará mucho sufrimiento. Será muy rápido, te lo prometo, no sentirás nada.

Abigail dio un paso atrás. –Gracias por el gesto, pero esto no se ha terminado, Iñaki.

Iñaki sacudió la cabeza, –siempre tan optimista. Mira a tu alrededor, todos ellos trabajan para mí, y todos saben que fuiste tú. ¿Cómo piensas salir de esta? ¿secuestrándome?

–No estoy sola.

–Isabela nos contó todo. No solo nos contó, tiene evidencia de que las pruebas que sacaron son ilícitas, no lo hicieron de la forma correcta así que no valen... todas las acusaciones que hicieron contra Federico, el capitán, contra todos nosotros, todo fue en vano.

–Y no pueden juzgarte por un delito dos veces. –La voz de Marcos venía de atrás de Abigail. –Así que nos han hecho un gran favor.

–Digamos que tenemos nuestra defensa preparada, tú crees que en cualquier momento van a entrar los Federales por esa puerta, –Iñaki miró hacia la entrada y bajó nuevamente la mirada a los ojos de Abigail. –Pero el Secretario no va a mandar a los Federales sabiendo que no hay ni un solo caso que perseguir aquí. De hecho, el Secretario fue el primero en querer impedir el operativo.

–Bueno, sí hay un caso. –Marcos se paró junto a Iñaki. –A tu hermano y a su amigo, les espera un buen rato en prisión, –se acercó al oído de Abigail. – Mejor diles que huyan...

Abigail miró a Germán atravesar el pasillo deprisa, dirigiéndose hacia la escalera. Arriba estaban Renán, Mauricio y Beto. Se preguntó si Renán también los había estado engañando, o si todavía pensaba que llegaría su operativo.

–¿Qué es esto, Renán? –Mauricio le reclamó al verlo subir la escalera. –Dile a este tipo que se haga a un lado.

–Era por su seguridad, –Renán asintió mirando al de seguridad, haciéndolo quitarse del medio. –¿Están todos conectados?

–Sí. Tú también. –Mauricio respondió aún molesto. –Creí que ese imbécil estaba en Europa. –Miró hacia donde estaba Abigail con Iñaki y Marcos.

Germán subió la escalera, su rostro aún pálido y su mirada ausente. –Nos tendieron una trampa. Isabela está con ellos.

Renán los jaló a todos hacia la escalera para hablar sin que los vieran desde abajo.

–¿Con quién? ¿de qué habla? –Beto miró discretamente hacia el salón buscando a Isabela.

Mauricio, que ya no podía ver a su hermana desde donde estaba parado, vio por primera vez detenidamente a Germán. –¿Qué te pasó? ¿qué viste?

–Pusieron en mi coche el cuerpo de Jorge, mi hermano, –su labio tembló y sus ojos se cristalizaron nuevamente. –Lleva muerto varios días. –Miró a Renán. –Isabela lo supo todo el tiempo.

–Lo sé. –Renán desvió la mirada.

–¿Lo sabes? –Mauricio y Beto preguntaron al mismo tiempo

–No estaba seguro, pero lo sospechaba. –Renán miró a su alrededor asegurándose de que no lo escucharan y continuó hablando en voz baja y deprisa. –Es por eso que le mentí a Isabela sobre las acusaciones. Ustedes dos tienen un contrato en dónde han estado trabajando para mí desde hace dos meses.

–No entiendo nada. –Beto se llevó las manos a la nuca. –¿Tu esposa es el enemigo y te preocupas por nuestro pago?

Mauricio lo miró entrecerrando los ojos, –no es por el pago tarado, es por la evidencia que encontramos... ¿Cuándo supiste de Isabela?

–No estaba seguro de que fuera una doble agente. –Renán los miró y después a Germán. –No era así cuando la contrataste, en el camino le ha de haber ofrecido algo Iñaki.

–¡Bueno, como sea! Estamos perdiendo el tiempo. Mi hermana está allá abajo con esos dos psicópatas que de por sí saben todo el plan.

–No, no todo.

La música se detuvo y el anfitrión le pidió a todos que lo siguieran al patio en donde el representante de la ULAP les diría unas palabras. No dijo nada más de Germán o su oferta.

Los invitados se dirigieron lentamente a la salida sosteniendo sus copas y absortos en sus conversaciones. El capitán caminó hacia Abigail. Ella miró hacia arriba, en donde estaba su hermano un momento antes, pero ahora estaba vacío, ¿ya los habrían capturado? Miró la pastilla en su mano.

–El capitán tiene un matadero preparado allá atrás. Ya lo vi. –Marcos sonrió entusiasta. –Para ti solita.

–Hazlo, Abi. –Iñaki miró la mano en dónde aún sostenía la pastilla.

–¿Qué es eso? –Marcos frunció el ceño al ver la pastilla. Al darse cuenta de lo que era, intentó arrebatársela, pero Iñaki le detuvo el brazo. –¿Estás loco? –preguntó Marcos indignado.

Iñaki no respondió ni se inmutó ante el arranque de Marcos. –Hazlo ahora. –Presionó al ver al capitán a solo unos pasos.

Marcos miró a Iñaki atónito, –¿después de todo le estás dando una salida?

Abigail fijó su mirada en Iñaki mientras abría la mano y dejaba caer la pastilla al suelo, sin ninguna expresión en su rostro.

Iñaki sacudió la cabeza al mismo tiempo que el capitán puso una mano en el hombro de Abigail.

–Te he estado esperando toda la noche, flaquita. –El capitán miró a Iñaki. – ¿Estamos bien?

Iñaki asintió, apretando los labios.

El capitán asintió con una sonrisa. –Bien, entonces si nos disculpan. En unos minutos va a empezar el show allá afuera.

Abigail miró a Iñaki por última vez, parecía dolido. Ignoró la sonrisa de Marcos mientras daba la vuelta para caminar junto al capitán.

–Encontraste a Ernesto, ¿todavía tenemos asuntos pendientes? –preguntó, incómoda con la mano que tenía el capitán en su espalda baja.

El capitán sonrió sobándose la barbilla, –nuestros asuntos ya van más allá de un intercambio de información, dulzura. Te mentiría si te dijera que no estaba preocupado, la forma en la que hablabas... en verdad me hiciste pensar que había algo entre Ernesto y tú.

–Es mi esposo, –Abigail alzó las cejas.

–No, tu esposo es Iñaki Gallardo, tal vez no lo sabías pero ese hombre ya está muerto. Aquél con el que estabas, él es el bueno, y si puedo ser honesto contigo, el cambio le sienta bien. –Se frotó las manos. –Hoy sentí un gran alivio al saber que entre él y tú no hay asuntos pendientes. Así que eres toda mía.

Abigail caminó más despacio al ver que se dirigían al fondo del patio, en donde estaban dos hombres del capitán parados frente a una cortina negra. Abigail no quería descubrir lo que había detrás, Marcos lo había llamado un matadero.

Renán vio a Isabela recargada en la salida, revisó la hora y se abrió paso rápidamente hacia ella. No importaba que los invitados se dieran cuenta de que estaba ahí, en unos minutos todo habría terminado.

–¿Disfrutando la velada? –Isabela sonrió cruzando los brazos.

Renán se aclaró la garganta, –le había dicho a Abigail que la entendía. Me fue muy fácil ponerme en sus zapatos, después de todo, mi vida no es tan diferente a la de ella.

Isabela frunció el ceño entretenida. –Siempre fuiste muy ingenuo. –Alzó los hombros, justificándose, –necesitaba vivir mejor, lo que me ofrecías no era suficiente.... Pero te voy a extrañar.

–¿Vas a alguna parte?

Isabela rio, –yo no, pero el Secretario no está muy contento después de todo lo que hiciste.

–Amor, el Secretario fue arrestado esta mañana.

La expresión de Isabela se congeló con las palabras de Renán. –No. Estás mintiendo.

–Yo no miento, Isa. –Renán dijo con voz cortada, –pero sí admito que te oculté algo. Contraté oficialmente a Mauricio Ventura y Alberto Vázquez, toda la evidencia que recaudaron se procesó de forma legal. –Renán alzó las cejas y silbó, –si hubieras visto la cara del Secretario al enterarse de esto. Si no lo hubieran arrestado ya estaría fuera del país.

Isabela se alejó pero Renán la detuvo. –No te vayas. Esto se va a poner bien.

Isabela se quitó la mano de Renán de forma brusca, y se apresuró a buscar a Iñaki. Renán miró a Mauricio, quien esperaba su señal en el interior del salón.

–¡Ya! –Mauricio exclamó.

Beto estaba escondido detrás de la barra con su computadora en el regazo. El joven de la barra estaba amordazado a un lado de él, con las manos y los pies atados.

–Perdón, –Beto se volvió a disculpar con él.

–¡Beto! –Mauricio presionó.

Con un clic, el salón se quedó a oscuras y en silencio. Los reflectores del patio parpadearon un par de veces y después se apagaron.

El capitán sacó su arma y no fue el único. Todos se armaron en un instante, y un murmullo de incertidumbre se esparció por todo el lugar. Hacia el interior del salón, solo se lograba ver el fuego azul que provenía de las antorchas, dejando una atmósfera inquietante.

–Por favor no se alarmen. –El anfitrión dijo con una risa nerviosa en medio del patio. El micrófono no funcionaba y alzó la voz para que lo escucharan. – En un momento se activarán los generadores y todo regresará a la normalidad. Por supuesto no volveremos a rentar este salón para futuros eventos. –Dijo con una risa nerviosa.

Nadie se relajó, pero el anfitrión continuó hablando, haciendo tiempo mientras el representante de la ULAP aparecía. Desesperado decidió improvisar y comenzar el espectáculo.

Germán estaba parado en la entrada del salón, intercambiando miradas entre la hora y la carretera. *Apresúrense*, murmuró, y a lo lejos escuchó sirenas. Unos segundos después apareció una fila de camionetas de policías y reporteros acercándose a toda velocidad.

–Ya están aquí. –Le escribió por mensaje a Renán.

El anfitrión maldijo en voz baja. El representante de la ULAP había desaparecido. –¡Escuchen todos! ¡En este momento damos inicio al espectáculo! –le hizo una señal al empleado del salón para que encendiera los fuegos artificiales. Eso le daría tiempo para ver qué rayos estaba pasando con la luz.

Dos bolas de humo se dispararon hacia la nubes, seguidas por siete cohetes que estallaron en el cielo con distintos tonos azules, los colores de la ULAP.

Algunos alzaron la mirada, pero otros miraron hacia la entrada, en dónde los Federales irrumpieron armados con ametralladoras. Beto se ocultó junto al joven de la barra, pero Mauricio corrió a buscar a Abigail, ignorando los gritos de Beto que se quedara. Germán y Renán también se hicieron a un lado, sabiendo que los Federales entrarían con todo.

Federico Gaitán y sus hombres estaban parados en el patio, frente a los ventanales del salón. Ellos fueron los primeros en abrir fuego. Los Federales siguieron avanzando, regresando el fuego y exigiéndoles que tiraran las armas. Los disparos aumentaron conforme los demás se daban cuenta de lo que estaba pasando, un hombre de Santa Lucía lanzó una granada que estalló en el interior del salón haciendo volar a varios policías.

Los Federales lanzaron granadas de gas lacrimógeno al patio provocando que los criminales dispararan con poca visibilidad. Entre la nube de humo, hombres y mujeres de Santa Lucía, de los Talismanes, de las otras organizaciones y policías, caían al suelo heridos, con estallidos amarillos y morados en el cielo, amarillos y naranjas entre el humo del salón. No había forma de distinguir los disparos de los fuegos artificiales, ni a los buenos de los malos. El infierno se había desatado para todos por igual.

El capitán les ordenó a sus hombres que llevaran el coche a la parte de atrás, en donde él esperaría, agarrando a Abigail con fuerza para que no escapara en el caos. Varios intentaron huir por atrás, al ver que la entrada había sido bloqueada.

Abigail intentaba ver a través del humo y con los ojos ardiendo alcanzó a distinguir a su hermano corriendo por la orilla del patio. Intentaba soltarse de Alfonso cuando vio a su hermano caer.

—¡Mauricio!

El capitán la jaló hacia afuera, pero un disparo en la pierna lo hizo detenerse. —¡Hijos de puta! —exclamó sin dejar de avanzar, hasta que otro balazo en la espalda lo tiró al suelo. Abigail corrió al soltarse, pero un brazo

la alzó del suelo antes de poder dar el tercer paso.

–¡Suéltame! –le gritó a Marcos, intentando liberar sus manos.

Iñaki estaba afuera con el coche encendido, Marcos se subió a la parte de atrás con Abigail y azotó la puerta. –¡Vamos! ¡vamos! ¡vamos!

Iñaki dio una vuelta brusca en el Mustang, y aceleró hacia la carretera, golpeando la defensa de una patrulla en su huida, dejando atrás la balacera, los fuegos artificiales y a su gente.

Marcos sacó su arma y le apuntó a Abigail en la frente. –No mames, cabrón. –Le dijo a Iñaki recuperando el aliento. –¿Dónde está esa vieja?

–Isabela no causará más problemas. –Respondió Iñaki con la mirada en la carretera y apretando las manos al volante. Estaba tan enfurecido como Marcos.

Abigail escuchó una sirena y alcanzó a voltear hacia atrás, las luces de un coche se acercaban, y detrás de él una patrulla. No alcanzó a ver quién los estaba siguiendo. Iñaki también vio las luces y aceleró sin reconocer el vehículo.

–Ya no tienes nada que hacer Iñaki. Se acabó.

–¡Cállate! –Marcos presionó el arma sobre su sien. –¡¿Ahora quién se lleva a quién, Abi?!

Las luces del vehículo se acercaron. Marcos volteó al mismo tiempo que Iñaki.

–¡Es que no puede hacerse a un lado por una puta vez! –exclamó Iñaki cerrándole el paso a Germán.

–Por eso maté al mío, a veces no saben respetar los límites. –Marcos dijo lleno de odio.

–¿Jorge está muerto? –Abigail intentó alejarse de él, pero Marcos tenía un brazo alrededor de su cuello.

–Sí, está muerto. –Marcos respondió, mirando hacia atrás. –Y ya casi lo alcanzas.

El Mercedes se puso a un lado del Mustang de Iñaki. Germán estaba al volante y Renán en el asiento de al lado. Iñaki giró el volante golpeando al Mercedes, intentando sacarlo del camino. El Mercedes se desvió de la carretera pero Germán retomó el control.

Iñaki bajó la ventana de atrás, –no está blindado, voy a dejar que se emparejen.

Marcos dejó de apuntar a Abigail, y alzó el arma esperando a que el Mercedes se pusiera a un lado de ellos.

Abigail intentó quitarse el brazo de Marcos del cuello pero por más que se esforzaba Marcos no cedía. Desesperada, Abigail pasó una pierna hacia delante y pateó el volante con toda su fuerza, girando el coche hacia el muro de contención.

–¡¿Estás loca?! –Iñaki exclamó intentando regresar el volante a su lugar, pero era muy tarde.

Con la velocidad que llevaban, Abigail había logrado hacerlo perder el control. El Mustang se derrapó hacia un lado y después hacia el otro, el ruido del coche se silenció cuando las llantas se despegaron del pavimento.

Germán pisó el freno mientras el Mustang daba vueltas sin control.

La bolsa de aire se abrió un segundo tarde, la frente de Iñaki se había abierto al golpear el volante en el primer impacto dejándolo inconsciente, mientras los vidrios volaban en pedazos en todas las direcciones. El asiento que detuvo a Marcos y Abigail se desprendió en el segundo impacto, haciendo que Marcos atravesara el parabrisas y aterrizara en el concreto. Abigail no había tenido tanta suerte, el coche se había convertido en un arma que la tenía atrapada, azotándola contra la arrugada carrocería que se hacía más pequeña con cada abolladura. El impacto final fue seguido de quietud y silencio.

Germán detuvo el coche y con las piernas casi entumidas caminó hacia el

Mustang. La patrulla que venía detrás de ellos también se detuvo.

Uno de los policías se apresuró a la escena. –La ambulancia está en camino, por favor manténganse alejados del vehículo.

Lo que quedaba del Mustang estaba al otro lado de la barrera de contención. Uno de los policías se acercó al cuerpo de Marcos, que yacía a más de diez metros del Mustang.

–¡Tiene pulso! –exclamó.

Las sirenas de la ambulancia se escuchaban cada vez más cerca. Uno de los policías continuaba poniendo conos de seguridad mientras otro se acercaba al vehículo. Hasta el momento no había movimiento en el interior. Renán puso una mano en el hombro de Germán, tras aparatoso accidente, era obvio que ninguno saldría caminando de ese vehículo.

Una corona de rosas blancas yacía sobre el ataúd. Más de cien personas acudieron al Jardín de Oro para asistir al funeral. Entre sollozos se lamentaban la pérdida de una gran persona que había muerto injustamente y de una forma violenta.

Germán se ajustó el saco y se acercó al ataúd para despedirse. Tenía ojeras y desde esa noche tenía el rostro pálido, cómo si una parte de él tampoco hubiera sobrevivido. Su esposa lo acompañó, consolándolo.

–Mi hermano fue un buen hombre. No merecía esto. –Dijo antes de partir.

Le abrió la puerta del coche a su esposa y después de subir encendió la radio. A pesar de que habían pasado varios días, en todas las estaciones seguían hablando del mismo tema:

Regresamos con más noticias sobre el operativo Montaña Azul. Este viernes 30 de Agosto, tras el arresto del Secretario, se realizó el operativo Montaña Azul, en donde elementos de la policía Federal entraron armados al evento realizado a beneficio de la ULAP, una fundación de origen extranjero. Se ha comprobado que esto era solo una fachada que le servía a distintas organizaciones para lavado de dinero y hacer nuevos acuerdos delictivos. El resultado fueron 78 detenidos, 14 muertos y 36 heridos, de los cuales 4 fallecidos y 9 heridos eran elementos de la policía Federal. Entre los detenidos está el empresario Federico Gaitán, y se ha confirmado que entre los fallecidos se encuentra Alfonso Romano, alias el Capitán, cabeza de los Talismanes.

Marcos Gallardo Setián, abogado y cómplice de al menos dos de estas organizaciones, en su intento de huida a bordo de un Mustang rojo, sufrió un aparatoso accidente y murió al ser trasladado al hospital. El conductor y dueño del vehículo, Iñaki Gallardo, hijo del reconocido abogado Germán Gallardo, y su esposa, Abigail Ventura, fueron trasladados de emergencia al hospital con heridas graves y aún no se sabe las condiciones en las que se encuentran.

Abigail abrió los ojos y parpadeó un par de veces orientándose. Con un dolor de cabeza recordó vagamente el accidente, y lo que había pasado en el salón antes. Como si estuviera viviendo en cámara lenta, notó el yeso en su brazo izquierdo y su pierna derecha colgando, también enyesada. Le dolía la muñeca derecha, miró los moretones pero al menos no habían vendas ni yeso sobre ese brazo.

–¿Abi?

–¡Estás bien! –Exclamó Abigail al ver a su hermano. –¡Te vi caer, no sabía si te habían disparado!

–No, estoy bien, solo me desmayé con el gas, –Mauricio le aseguró llamándole a la enfermera. –Tienes visitas. –Dijo alzando la mirada.

Abigail siguió la mirada de su hermano y se sorprendió de ver a sus papás sentados en el sofá.

–¡Abigail! ¡Gordo, ya despertó! –su mamá corrió hacia la cama. –Hija, qué susto me metiste.

–Vinieron a verme... –Abigail sonrió extrañada. –Qué rápido corren las noticias. –Miró a Mauricio.

–Llevas doce días en el hospital. –Mauricio respondió.

En ese momento Abigail notó las ojeras que tenía Mauricio. Sus papás también se veían muy cansados.

–¿Doce días? –preguntó sorprendida. –¿Estaba en coma?

–No, pero estabas tan medicada que no me sorprende que no te acuerdes de nada.

–¿Qué me pasó?

–¡Uf! ¿la lista completa? Huesos rotos, lesiones internas... tienes suerte de tener una cabeza dura. Sufriste contusiones pero no hay daños permanentes. Con un poco de suerte se arregló tu locura.

–Muy gracioso, –Abigail dijo en voz baja, pero sonrió ligeramente.

Su papá tomó su mano, –no te preocupes por nada. Estamos aquí.

–Sí. –Su mamá asintió. –Te ayudaremos hasta que te recuperes completamente, no importa cuánto tiempo tome, aunque sea para toda la vida.

Lejos de consolar a Abigail, se sintió alarmada. Al parecer no había comprendido la gravedad de su condición –¿Qué?

Su mamá se sentó en la orilla de la cama. –No sabíamos si ibas a volver a caminar, dijo el médico que tenías la columna fracturada.

–Te vas a recuperar. –Le afirmó Mauricio rápidamente, echándole una mirada de desesperación a su madre. –No está fracturada, lo que le preocupaba era tu pierna. El hueso se rompió en varias partes,

–No entiendo, ¿no voy a poder caminar?

–Te hicieron tres cirugías y el médico está optimista con los resultados. Así que nosotros también deberíamos de estarlo. –Miró a sus padres y después a su hermana.

Abigail asintió, después miró a Mauricio. –¿Los demás?

–Marcos murió en la ambulancia. –Mauricio se detuvo antes de hablar sobre Iñaki, no sabría cómo lo tomaría. –Iñaki está en coma. Tiene un pulmón perforado y recibió fuertes golpes en la cabeza.

Abigail asintió despacio sin saber cómo sentirse al respecto. Ella había provocado el accidente, ella les había hecho eso a Marcos e Iñaki.

–Iban a matarlos, –le dijo a Mauricio con lágrimas, –le iban a disparar a Germán y a Renán...

–Tranquila, está bien.

–Yo provoqué el accidente, –Abigail intentó levantarse pero un dolor en todo el cuerpo le impidió hacerlo.

–Cálmate hija, por favor. –Su papá la miró afligido.

–Abi. Hay algo que no te he dicho. –Mauricio la miró seriamente. –Es sobre Iñaki.

–Está en coma, ¿qué mas hay que decir?

Renán estaba sentado en la mesa que solía usar con su esposa en el restaurante de comida china. Miró su teléfono y buscó una imagen en donde no estuviera Isabela para cambiar su fondo de pantalla.

–Perdón por la demora. –Germán se sentó, aflojándose la corbata. –El tráfico está de locos con todos regresando del puente.

–Feliz día de la Revolución, –Renán lo miró entretenido. –¿Cómo estás? –preguntó, dejando el celular en la mesa.

–Bien, supongo. ¿Y tú?

–Bien, supongo. –Renán sonrió repitiendo sus palabras. –Ponme al corriente, ya pasaron casi tres meses.

Germán suspiró, –Iñaki salió del coma, se está recuperando.

–Eso escuché. ¿Has hablado con él?

–No, solo llamo al hospital de vez en cuando. –Germán se frotó las manos entrando en calor. –No ha recibido visitas, supongo que eso es bueno.

–Ha de estar feliz, me imagino. –Renán se llevó una mano a la barbilla, analizando la reacción de Germán.

–Fue muy listo. Todo lo que habían encontrado estaba ligado a Ernesto Paredes pero no figura el nombre de Iñaki en ninguna parte, no hay forma de conectarlos.

Renán sonrió, –estoy seguro de que encontraremos el vínculo. Tengo a gente

más hábil ahora.

Germán asintió con una sonrisa, –escuché que Mauricio y Beto se quedaron contigo.

–No podía dejarlos ir, son buenísimos en lo que hacen.

–No te lo discuto.

–¿Estás bien? ¿con el tema de Iñaki?

Germán suspiró, –no te voy a mentir, me alegra que su vida ya no esté en riesgo, después de todo, sigue siendo mi hijo. Pero que vaya a estar libre... como si nada, –sacudió la cabeza, –me hace preguntarme si debo comenzar a dormir armado.

Renán sonrió, –al menos Abigail se va del país.

–Veo que estás bien enterado.

Renán alzó un hombro, –tengo a Mauricio muy cerca. ¿La irás a visitar?

–Sí, su vuelo sale mañana a las seis. Iré a despedirme. ¿Isabela?

–Detenida, no aceptaron la fianza. No creo que salga en un buen rato. – Renán alzó las cejas.

–Eso es...

–Bueno. Es bueno. –Renán le aseguró. –Germán, lo que hicimos fue algo grande. Le dimos un buen golpe al crimen y ahora más que nunca tenemos que tener un frente unido.

–Yo no hice nada.

–Te equivocas. Hiciste más de lo que crees y tu hermano no murió en vano. Vienen tiempos difíciles, pero creo que estamos entrando a una nueva etapa en el país, quizá te buscaré pronto para que te sumes al equipo.

Germán sonrió. –Estaré listo.

Abigail se quedó en casa de sus papás tras ser dada de alta. Ella habría preferido quedarse con su hermano pero no podía estar subiendo y bajando las escaleras del departamento. Germán la había visitado frecuentemente y Renán también había ido en un par de ocasiones. Ahora que podía caminar sin ayuda de las muletas, era hora de partir. Compró un boleto de avión a Canadá sin regreso y su hermano compró el suyo ese mismo día. Su relación con sus papás era mejor cada día. No estarían para despedirla pero prometieron visitarla en Canadá.

La maleta estaba sobre el sofá, casi lista. Mauricio llegaría a recogerla en cualquier momento. Abigail se pasó su anillo de bodas entre los dedos. Escuchó que Iñaki había despertado del coma, ¿necesitaría pedir un divorcio? ¿volvería a ver a Iñaki? Se preguntaba cuando escuchó el timbre.

–Llegó la hora. –Germán le obsequió una caja. –¡Te ves muy bien!

Abigail sonrió tomando la caja, –gracias. –En el interior encontró una cámara de fotos profesional.

–¡Germán! ¡no te hubieras molestado!

–Es un regalo de despedida, además la necesitarás para tu viaje, –Germán la siguió al interior y observó la maleta. –Aunque no te mentiré, no quería despedirme.

–Solo me voy por un tiempo. –Abigail alzó los hombros, –no quiero estar aquí.

–Lo sé. ¿Mauricio va contigo?

Abigail sonrió, –solo unos días. Mauricio y Beto tienen mucho trabajo, –aventó el anillo de bodas a la maleta y la cerró.

Germán frunció el ceño, entretenido.

–¿No te enteraste? Firmaron un contrato con Renán, –dijo sin dejar de sonreír.

Germán sacudió la cabeza, –sí, sí, Renán me dio la noticia.

–¿Lista? –Mauricio entró a la casa. –¡Germán! ¡qué gusto verte!

Germán estrechó su mano sonriendo. –Solo vine a despedirme.

Mauricio tomó la maleta, –Claro. Tómense su tiempo, te espero afuera.

Germán abrazó a Abigail y suspiró. Habían pasado por tantas cosas y en verdad sentía cariño por ella.

–Sé que quizá quieres dejar todo atrás, pero si alguna vez necesitas algo, solo avísame.

–Sí quiero dejar todo atrás, pero eso no te incluye a ti. Gracias por ayudarme, gracias por todo.

Mauricio conectó su teléfono al coche y la música hizo vibrar las bocinas. –Esta si te la sabes. –Dijo subiendo el volumen del radio pero una llamada interrumpió la canción.

–Renán, ya sé que me necesitas pero te recuerdo que mis vacaciones empezaron hace dos horas.

–Lo sé, lo sé, –respondió Renán en el altavoz. –No te buscaba a ti, ¿estás con Abigail?

–Hola Renán.

–Abi, ¿pensante en lo que te dije sobre tu identidad?

–No me quiero cambiar el nombre.

–Escucha, tenemos a Iñaki vigilado pero mientras no consigamos evidencia no podemos detenerlo.

–Lo sé, Renán y te agradezco tu preocupación.

–No puedes pasar tu vida huyendo.

–No estoy huyendo, estoy tomándome un tiempo. Pienso regresar, y cuando lo haga, no seré otra persona, seré Abigail Ventura, la misma de siempre,

bueno quizá una versión mejorada.

–Esto es incómodo, con el altavoz y todo, pero estaba pensando en invitarte a cenar, cuando regreses, claro.

Abigail sonrió alzando las cejas.

–No sé, quizá te motive a regresar pronto.

Mauricio miró a Abigail claramente confundido. Abigail alzó las manos, tampoco entendía lo que estaba pasando.

–¿Estás coqueteando? –escucharon a Beto preguntar.

Renán rio, –no estoy-

–¡Eres pésimo coqueteando! –Beto insistió.

Abigail y Mauricio rieron mientras Beto y Renán peleaban del otro lado del teléfono.

–Me encantará salir a cenar contigo cuando regrese. –Dijo Abigail, intentando rescatar la dignidad que le quedaba a Renán.

–Eso es... estupendo. Cuídense y tengan un buen viaje.

–¡Adiós! –Mauricio colgó. –Bueno eso fue interesante. –Miró a Abigail, –una versión mejorada, ¿eh?

Abigail encogió los hombros. Parecía entusiasmada.

Mauricio sonrió, –¿En qué estábamos? Ah sí, –subió el volumen del radio.

Abigail rio escuchando a su hermano cantar a todo volumen. Sacó su cámara y le tomó una fotografía. Mauricio negó con la cabeza pero siguió sonriendo y cantando, y después de unos segundos, Abigail comenzó a tararear, dejando atrás una vida a medio vivir para comenzarla a vivir al máximo.

3 años después...

–Me la pasé muy bien. Como siempre. –Abigail se bajó del coche de Renán.

–Eso de recorrer restaurantes está bien, pero creo que quizá sea momento de elegir un solo estilo de comida.

–¿Tanto te gustó la comida hindú? –Abigail bromeó acercándose a la puerta.

Renán puso un mechón de su cabello detrás de la oreja. –No quiero que sigamos probando otros platillos... si tú estás dispuesta a quedarte con uno.

–De acuerdo, –Abigail miró sus labios antes de que tocaran los de ella.

–Te llamo mañana. Descansa. –Renán le dio un beso en la mano y esperó a que se metiera a su casa.

Abigail entró sonriendo, y se recargó en la puerta hasta que escuchó el coche alejarse. Dejó las llaves sobre la barra de la cocina y encendió la luz del pasillo, pensando en lo bien que se sentía cuando estaba con él.

–¿Así que ya es oficial? ¿tú y el policía?

El color se le fue de la cara al ver a Iñaki sentado en la sala. –¿Qué haces aquí? ¿cómo entraste?

Iñaki inclinó la cabeza, –ven, siéntate.

–¡Llamaré a la policía!

–Si quisiera lastimarte ya lo habría hecho. Ven... –Iñaki suspiró impaciente, –iría yo pero me cuesta un poco levantarme.

Abigail notó las muletas a un lado. Se ajustó la blusa, componiéndose, y se acercó despacio hasta donde estaba Iñaki.

–Encontré esto. –En su mano tenía el anillo de bodas.

–Olvidé tirarlo.

Iñaki sonrió, –si lo trajiste a tu nueva casa es por algo.

–¿Qué quieres Iñaki?

–Solo quería verte por última vez.

Abigail se sentó en el otro sofá, incómoda. Sabía que debía llamar a alguien pero Iñaki no parecía una amenaza. Ni siquiera parecía el mismo de siempre. Siempre había sido delgado pero ahora estaba flaco y débil.

–¿Te vas a algún lado? –preguntó Abigail aún cautelosa.

–¿No nos vamos todos? –Iñaki sonrió débilmente. Se movió buscando algo en su pantalón, el esfuerzo parecía agotarlo. Abigail no pudo evitar sentir lástima. –Me perdí, Abi. Pero no sé en qué momento.

–¿Qué buscas? ¿compasión? –Abigail sintió un nudo en la garganta. Tenía todas las emociones que hacía un tiempo no sentía. –Hiciste lo que hiciste, aunque no vayas a pagar por ello.

–¿Dices eso porque no iré a prisión? –sacudió la cabeza, –hay otras formas de pagar. De esta no podré recuperarme, bien jugado.

–No era un juego, Iñaki. –Abigail sintió un nudo en su garganta. –Aunque te mentiría si te dijera que no gané nada.

–Cuéntame, –Iñaki asintió.

–Me costó diez años saber quien era.

–Parece que pagaste un precio muy alto por conocerte.

Abigail negó con la cabeza, sin entender por qué estaba llorando. –No, las amenazas, las traiciones... el darme por muerta, con todo eso aprendí la mejor lección.

–¿Cuál es?

Abigail pensó en su hermano, en sus papás y en Renán. –Darme cuenta de lo

que realmente importa.

Iñaki asintió lentamente, con una pequeña sonrisa. –En ese caso, me alegro por ti.

–Para ti fue más fácil.

–¿Eso crees?

Abigail alzó un hombro, –por supuesto. Te diste cuenta de lo que te importaba al poco tiempo de casarnos.

Iñaki alzó una ceja y después asintió. –Solo hay una pregunta que no me ha dejado en paz.

Abigail lo miró, esperando.

–¿Por qué no me mataste en el mirador? Si estabas armada cuando intenté asesinarte, ¿por qué no usaste la pistola en ese momento?

–La pistola no estaba cargada. –Abigail admitió, intrigada por la curiosidad de Iñaki.

–¿No?

–No te iba a matar, Iñaki. No te podría lastimar, ni siquiera ahora.

Iñaki asintió, confirmando algún pensamiento en su cabeza. Abigail notó que sus dedos temblaban, pero al observar mejor, vio que no estaban temblando, si no sosteniendo algo.

–Me alegra que no la tomaras. –Iñaki alzó la pastilla.

El corazón de Abigail se aceleró observando la escena.

–Sí te amé, Abi. Solo me confundí en mis prioridades, y tardé mucho pero, –Iñaki se llevó los dedos a la boca, –ya las tengo más claras.

Abigail permaneció inmóvil, con lágrimas corriendo una tras otra, mientras

Iñaki se sumergía en un sueño profundo.

Noche del miércoles 07 de Agosto

Iñaki y Abigail bailaban al ritmo de una canción romántica en el salón Montaña Azul, la noche de su décimo aniversario de bodas. Iñaki le había dedicado unas palabras hermosas al micrófono y ahora se fundían en la pista como si estuvieran hechos el uno para el otro.

–Te tengo una sorpresa.

–¿Otra? –Abigail alzó las cejas. –Guau, me gusta esto de cumplir diez años.

–Ven. –Iñaki la tomó de la mano y se dirigió a la puerta.

–¿Nos despedimos? –Abigail se detuvo de pronto.

Iñaki miró a todos por encima de Abigail, y apretó los labios, moviendo ligeramente la cabeza. –No, al rato regresamos.

–¿Las llaves del Mustang? –le preguntó al joven que había recibido el coche. Podía ver el coche desde ahí.

–¡Se lo traeré!

Iñaki extendió una mano para recibir la llave. –No te preocupes, es más rápido así. Vamos, –apresuró a Abigail, emocionado.

–¡Espera! ¡Dejé mi bolsa!

–Traeré el coche. –Iñaki sonrió, –¡no corras!

Abigail regresó a la mesa y mientras tomaba su bolsa, miró a Germán. Germán la miró de reojo y después miró la lámpara partida de la pared, en dirección a los baños. Abigail asintió, aunque Germán ya no la estaba viendo, caminó hacia la lámpara y discretamente metió la mano y sacó una pequeña pistola.

Iñaki ya había movido el coche cuando Abigail salió. Con un nudo en el estómago, Abigail se subió al coche, apretando la bolsa entre sus manos.

Abigail vio el letrero, Iñaki se dirigía al mirador, al llegar, Iñaki apagó el

coche, y sacó un pañuelo de la guantera. –Voltea.

–¿Es en serio? –Abigail lo miró dudosa. *¿En serio estás haciendo esto Iñaki?*

–No sería una sorpresa si lo ves venir.

Abigail rio nerviosa, pero en realidad quería llorar. –Está bien, –dijo volteando la cara hacia la ventana, dejando que Iñaki vendara sus ojos, al menos eso le impediría ver las lágrimas. Apretando con ambas manos la correa de su bolsa.

–Quizá debería quitarme los zapatos, –dijo al bajar. Los tacones la hacían tropezar entre las piedras.

–Son solo unos pasos. Deja la bolsa, no la necesitarás.

–Prefiero traerla. –Abigail no soltaría esa bolsa por nada del mundo. Dejarla sería una sentencia de muerte. La funda del celular que le había conseguido Germán, se podía activar para liberar una descarga eléctrica.

–Feliz aniversario, Abi. –Iñaki puso sus brazos alrededor de ella.

La venda detuvo las lágrimas mientras Abigail sacaba su teléfono de la bolsa y lo presionó varios segundos en el brazo de Iñaki. Iñaki la soltó de inmediato, retrocediendo. Abigail volvió a presionar el celular contra él, y ya que estaba en el suelo, lo golpeó en la cabeza con una roca, de la forma en la que Isabela le había explicado.

Después de asegurarse de que nadie los hubiera seguido, Abigail arrastró el cuerpo de Iñaki hasta el coche y abrió la cajuela. Una vez que Iñaki estaba dentro, le ató las manos y le puso una mordaza por si llegaba a despertar. Puso una cadena en su tobillo, con esa cadena no podría escapar de la cabaña. No se preocupó en limpiarse la pintura que se había corrido de sus ojos, en el camino de regreso al salón, dejó que las lágrimas salieran incontrolables, mientras recordaba la explicación que iba a dar.

Isabela le pidió que actuara lo más dolida posible pero Abigail no tenía que

actuar. Su historia no era real pero el dolor sí. Parte de ella estaba segura de que Iñaki no seguiría el plan, Iñaki no la lastimaría, pero en el momento en el que sintió sus brazos alrededor de ella, lo supo. Iñaki no la estaba abrazando, la intentaba tirar del mirador.

Al llegar a la casa, Abigail esperó a que Marcos entrara a la oficina, y bajó en puntillas sabiendo que su siguiente parada sería dormir o el bar. Sin saber si bebería whisky o tequila, a los dos les echó la droga que lo haría dormir, y regresó corriendo a la habitación.

Después de unas horas, bajó a la sala y Marcos estaba despierto. Abigail le dijo que quería salir a caminar porque no podía dormir, aclarando que quería estar sola cuando Marcos se ofreció a acompañarla. Abigail esperó afuera a que Marcos se quedara dormido, y después llevó el coche a las cabañas. Al abrir la cajuela, vio a Iñaki despierto.

Abigail le apuntó el arma a la cabeza. –Muévete.

La mordaza no le permitía hablar, pero Iñaki la miró con una mezcla de irritación y asombro. Sacudió la cabeza y se bajó del coche, sus manos seguían atadas.

Abigail abrió la puerta de la cabaña número tres. –Entra. –Lo presionó, mirando a su alrededor. El único ruido venía de los grillos y las ramas de los árboles moviéndose con el aire.

–No hagas nada estúpido, te juro que apretaré el gatillo. –Abigail tomó la linterna que estaba sobre la mesa, y con la otra mano presionó el arma contra la espalda de Iñaki, guiándolo hacia la escalera.

Iñaki solo podía ver los escalones que alumbraba Abigail bajo sus pies, si tenía miedo no lo aparentaba, parecía más bien estar intrigado con lo que estaba haciendo su esposa.

Sin dejar de apuntarle, Abigail se agachó al suelo, asegurando la cadena al candado, y después caminó hacia la escalera. Iñaki dio cinco pasos antes de que la cadena lo detuviera.

Abigail le quitó la mordaza. Iñaki abrió los labios para decir algo pero lo pensó mejor y se quedó callado, dejando a Abigail terminar lo que fuera a hacer.

Pero Abigail no hizo nada, ni siquiera pudo verlo a los ojos, simplemente desapareció en la oscuridad de la cabaña, dejando en la lengua de Iñaki una pregunta: ¿por qué?

ACERCA DEL AUTOR

Visita www.fcarod.com para más títulos.